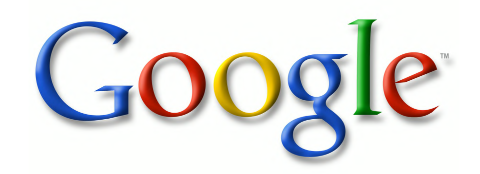
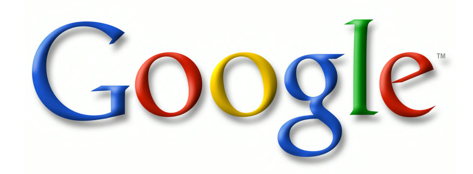
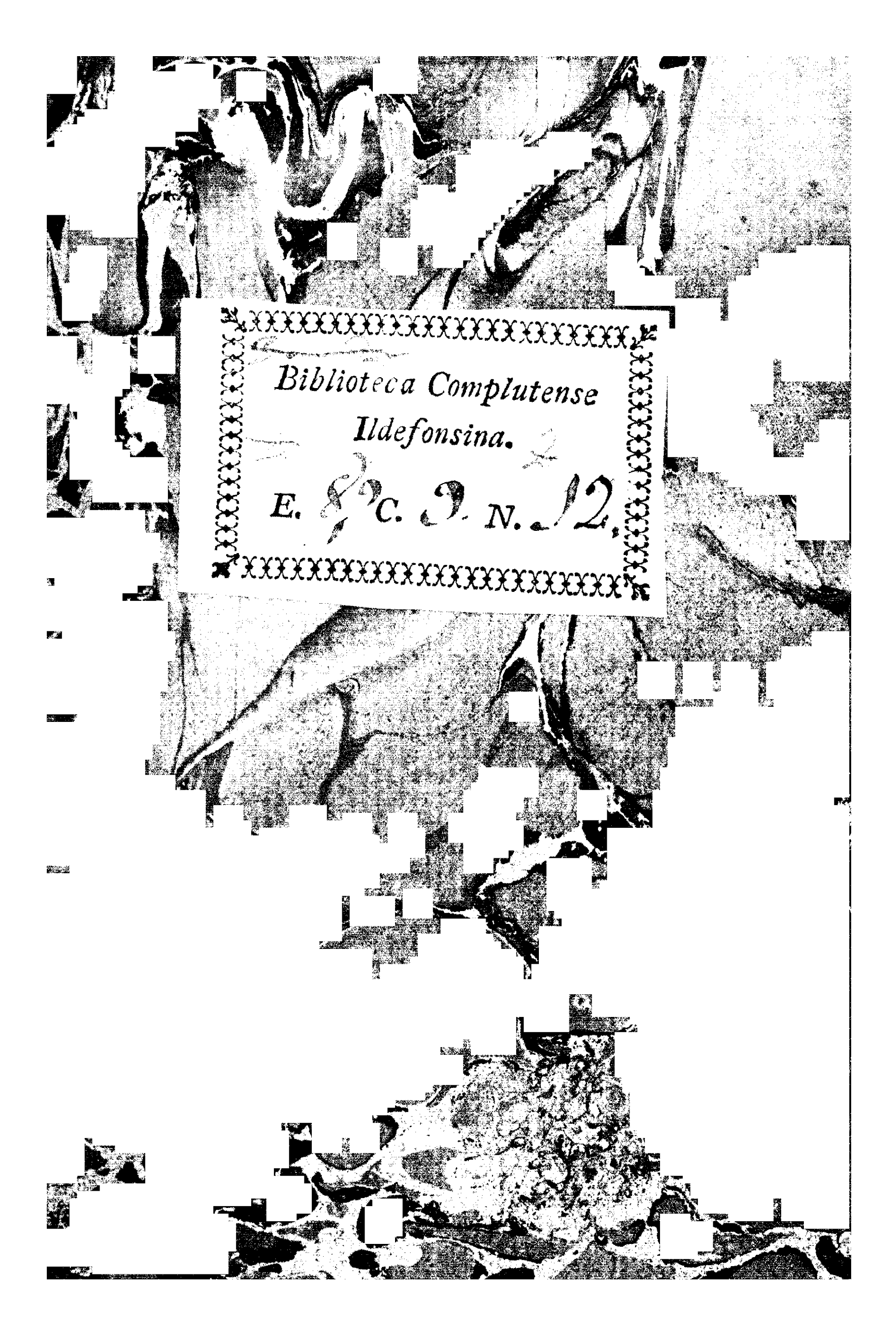





Biblioteca Complutense
Ildefonsina.
E. 8 C. 3 N. 12

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION

CORREGIDA DENUEVO, CON NUEVAS NOTAS, CON NUEVAS ESTAMPAS, CON NUEVO ANALISIS, Y CON LA VIDA DE EL AUTOR NUEVAMENTE AUMENTADA

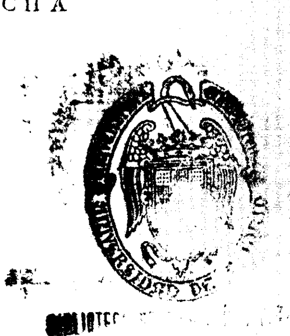
POR D. JUAN ANTONIO PELLICER
BIBLIOTECARIO DE S. M. Y ACADEMICO DE NUMERO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

PARTE PRIMERA.

TOMO III.



EN MADRID
POR D. GABRIEL DE SANCHA
AÑO DE MDCCLXXXXVII.



TABLA

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE

ESTE TOMO TERCERO.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO XXXIV.

DONDE SE PROSIGUE LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE.

„Asi como suele decirse que parece mal el exer-„cito sin su General y el castillo sin su Castella-„no, digo yo que parece muy peor la muger ca-„sada y moza sin su marido, quando justisimas „ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal „sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir „esta ausencia, que si presto no venis, me habre „de ir á entretener en casa de mis padres, aunque „dexe sin guarda la vuestra, porque la que me „dexastes, si es que quedó con tal titulo, creo que „mira mas por su gusto, que por lo que á vos os „toca: y pues sois discreto, no tengo mas que de-„ciros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibio Anselmo, y entendio por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba: y alegre sobremanera de tales nuevas, respondio á Camila de palabra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él

volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres; porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo: enfin se resolvio en lo que le estubo peor, que fue en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario por no dar qué decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribio á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo: y aun andaba buscando manera como disculpar á Lotario con Anselmo, quando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estubo otro dia escuchando á Lotario, el qual cargó la mano de manera, que comenzo á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tubo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lagrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le parecio que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y asi acome-

tio á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion: en efeto él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogo, ofrecio, aduló, porfió, y fingio Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dio al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que menos se pensaba, y mas deseaba. Rindiose Camila, Camila se rindio: pero qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? exemplo claro que nos muestra, que solo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tubiese en menos su amor, y pensase que asi acaso y sin pensar, y no de proposito la habia solicitado.

Volvio de alli á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en menos tenia y mas estimaba: fuese luego á ver á Lotario, y hallole en su casa: abrazaronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida, ó de su muerte. Las nuevas que te podre dar, ó amigo Anselmo, dixo Lotario, son de

que tienes una muger, que dignamente puede ser exemplo y corona de todas las mugeres buenas: las palabras que le he dicho, se las ha llevado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dadivas no se han admitido, de algunas lagrimas fingidas mias se ha hecho burla notable: en resolucion asi como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada muger: vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aqui los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan baxas, como son dadivas ni promesas: contentate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues á pie enxuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar denuevo en el profundo pielago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer esperiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navio, que el cielo te dio en suerte para que en él pasases la mar deste mundo; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aferrate con las ancoras de la buena consideracion, y dexate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguia humana que de pagarla se escuse. Contentisimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y asi se las creyo, como si fueran dichas por algun oraculo; pero con todo eso le rogo que no dexase la empresa, aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de alli adelante de tan ahincadas diligen-

cias, como hasta entonces; y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debaxo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama, á quien le habia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia: y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No sera menester eso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las Musas, que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los hare, si no tan buenos, como el sugeto merece, seran por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se marabillaba que no se lo hubiese preguntado: que fue le dixese la ocasion por qué le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondio que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que quando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Dixole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estubiera, no habia qué temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos: y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori,

y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogo Anselmo á Lotario dixese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondio Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen credito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice ansi.

SONETO[1].

En el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando:
Y al tiempo quando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando:
Y quando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envia,
El llanto crece, y doblo los gemidos:

1 *Este soneto le repitio Cervantes en la comedia de*: La Casa de los Zelos, *al principio de la jornada segunda.*

Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al cielo sordo, á Clori sin oidos.

Bien le parecio el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dixo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad? Enquanto poetas no la dicen, respondio Lotario; mas enquanto enamorados siempre quedan tan cortos, como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo: todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario; y asi con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogo que si otro soneto ó otros versos sabia, los dixese. Si sé, respondio Lotario; pero no creo que es tan bueno, como el primero, ó por mejor decir, menos malo, y podreislo bien juzgar, pues es este.

SONETO.

Yo sé que muero, y si no soy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus pies, ó bella ingrata, muerto
Antes que de adorarte arrepentido.
Podre yo verme en la region de olvido
De vida, y gloria, y de favor desierto,
Y alli verse podra en mi pecho abierto

Cómo tu rostro hermoso está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba mas honrado: y con esto todos los escalones que Camila baxaba acia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido acia la cumbre de la virtud y de su buena fama.

Sucedio en esto que hallandose una vez entre otras sola Camila con su doncella, le dixo: corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le di tan presto de mi voluntad: temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sinque eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondio Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en efeto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse; y aun suele decirse: que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dixo Camila, que lo que cuesta poco, se estima en menos. No corre por tí esa razon, respon-

dio Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela, y otras anda: con este corre, y con aquel va despacio: á unos entibia, y á otros abrasa: á unos hiere, y á otros mata: en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista: y siendo asi, de qué te espantas, ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo para que Anselmo le tubiese de volver, y con su presencia quedase imperfeta la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro para executar lo que desea, que es la ocasion, de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios: todo esto sé yo muy bien mas de esperiencia, que de oidas; y algun dia te lo dire, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: quanto mas, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promesas y dadivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes quan digno era Lotario de ser amado; pues si esto es ansi, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegurate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfacion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de

estima; y que no solo tiene las quatro *ss*[1] que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A. B. C. entero: si no, escuchame, y verás come te le digo de coro. El es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido*, *bueno*, *caballero*, *dadivoso*, *enamorado*, *firme*, *gallardo*, *honrado*, *ilustre*, *leal*, *mozo*, *noble* *onesto*, *principal*, *quantioso*, *rico*, *y* las ss que dicen; y luego *tacito*, *verdadero*: la *x* no le quadra, porque es letra aspera: la *y* ya está dicha: la *z* *zelador* de tu honra. Riose Camila del A. B. C. de su doncella, y tubola por mas platica en las cosas de amor, que ella decia; y asi lo confesó ella, descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad: de lo qual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apurola si pasaban sus platicas á mas que serlo. Ella con poca verguenza y mucha desenvoltura le respondio que si pasaban: porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la verguenza á las criadas, las quales, quando ven á las amas echar traspies, no se les da nada á ellas de coxear ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar á Leonela no dixese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen á noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondio que asi lo haria; mas cumpliolo de manera, que hizo

1 *Son estas*:

Sabio, solo, solicito y secreto.

Reduxolas á este verso Luis de Baraona, *que las esplica en el cant. 4. de las* Lagrimas de Angelica.

cierto el temor de Camila de que por ella habia de perder su credito; porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vio que el proceder de su ama no era el que solia, atreviose á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese, no habia de osar descubrille: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como acontecio con Camila, que aunque vio una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dabale lugar á que lo encerrase, y quitabale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar, que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el qual sin conocer quien era, penso primero que debia de ser alguna fantasma; mas quando le vio caminar, embozarse, y encubrirse con cuidado y recato, cayo de su simple pensamiento, y dio en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Penso Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordo si Leonela era en el mundo: solo creyo que Camila de la misma manera que habia sido facil y ligera con él, lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible credito á qualquiera sospecha que desto le venga: y no

parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer ninguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila que en ninguna cosa le habia ofendido, se fue á Anselmo, y le dixo: sabete, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mismo, haciendome fuerza á no decirte lo que ya no es posible ni justo que mas te encubra: sabete que la fortaleza de Camila está ya rendida, y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con proposito firme tratados los amores, que con tu licencia con ella he comenzado: crei ansimismo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensabamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recamara donde está el repuesto de tus alhajas [y era la verdad que alli le solia hablar Camila]; y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que deste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y asi ya que en todo, ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno

que ahora te dare, paraque sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recamara, pues los tapices que alli hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere; y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podras ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oir, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estubo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y alcabo dixo: tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad, en todo he seguido tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometioselo Lotario, y en apartandose dél, se arrepintio totalmente de quanto le habia dicho, viendo quan neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado: maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia qué medio tomarse para deshacer lo hecho, ó para dalle alguna razonable salida: alfin acordo de dar cuenta de todo á Camila, y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola. Y alli, asi como v

que le podia hablar, le dixo: sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere rebentar en el pecho, y ha de ser marabilla si no lo hace; pues ha llegado la desverguenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi credito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es que no la puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aqui ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyo Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viendola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyendola, acabó de estar confuso y arrepentido deltodo; pero con todo esto respondio á Camila que no tubiese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela: dixole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y cómo estaba concertado de esconderse en la recamara para ver desde alli alaclara la poca lealtad que ella le guardaba: pidiole perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto, como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determina-

cion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando quando de proposito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio; y dixo á Lotario que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad paraque desde alli en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle deltodo su pensamiento, le advirtio que tubiese cuidado que en estando Anselmo escondido, él viniese quando Leonela le llamase, y que á quanto ella le dixese, le respondiese como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dixo Camila, que no hay mas que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare; no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros que no podrian ser tan buenos.

Con esto se fue Lotario; y Anselmo otro dia con la escusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partio, y volvio á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto, que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer notomia de las entrañas de su honra, ibase á pique de

perder el sumo bien, que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recamara, y apenas hubo puesto los pies en ella Camila, quando dando un grande suspiro, dixo: ay Leonela amiga! ¿no seria mejor que antes que llegase á poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? pero no hagas tal, que no sera razon que yo lleve la pena de la agena culpa: primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia: ponte, Leonela, á esa ventana, y llamale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efeto su mala intencion; pero primero se pondra la cruel quanto honrada mia. Ay, señora mia! respondio la sagaz y advertida Leonela: y qué es lo que quieres hacer con esta daga? quieres por ventura quitarte la vida, ó quitarsela á Lotario? que qualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en perdida de tu credito y fama: mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mugeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal proposito ciego y apasionado, quiza antes que tú pongas en execucion el tuyo, hara él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida: mal

haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa: y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, qué hemos de hacer dél despues de muerto? Qué, amiga? respondio Camila, dexaremosle paraque Anselmo le entierre, pues sera justo que tenga por descargo el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia: llamale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; mas quando entendio que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detubole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardia y honesta resolucion, con proposito de salir á tiempo que la estorbase. Tomole en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojandose encima de una cama que alli estaba, comenzo Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aqui entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tubiera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penelope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dixo: ¿porque no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vio el sol, ó cubrio la noche? acaba, corre, aguija, camina, no se des-

fogue con la tardanza el fuego de la colera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dixo Leonela; mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa, entanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no hare, respondio Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tubo la culpa de su desgracia: yo morire, si muero; pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero enfin salio, y entretanto que volvia quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: valame Dios! ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo [si acaso llegare á saberlo] de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dio venganza

del que se atrevio á ofendelle; mas con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo: pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribi al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que alli le señalé, debio de ser que de puro bueno y confiado, no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber genero de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo crei despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto, que las manifiestas dadivas, y las largas promesas, y las continuas lagrimas no me lo manifestaran. Mas para que hago yo ahora estos discursos? ¿tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues traidores: aqui venganzas[1]: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere: limpia entré en poder del que el cielo me dio por mio, y limpia he de salir dél; y quando mucho, saldre bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo, que vio la amistad en el mundo. Y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvaynada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era muger delicada sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo, cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y

1 Aqui venganzas. *Asi las primeras ediciones, y las demas; pero en el original se diria acaso*: venid aqui venganzas.



oido, era bastante satisfacion para mayores sospechas; y ya quisiera la prueba de venir Lotario, aunque temeroso de algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detubo, porque vio que Leonela volvia con Lotario de la mano. Y asi como Camila le vio, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo: si adicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo: y antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderas lo que mas te agradare. Lo primero, quiero, Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo, quiero saber tambien si me conoces á mi: respondeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y asi correspondio con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad. Y asi respondio á Camila desta manera: no pense yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas lejos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga

el bien deseado, quanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga: poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene, que á no ser asi, por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondio Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel, en quien tú te debieras mirar paraque vieras con quan poca ocasion le agravias? pero ya caygo, ay desdichada de mi! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habra procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente: si no, dime: ¿quando, ó traidor, respondi á tus ruegos con alguna palabra, ó señal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? quándo tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprehendidas de las mias con rigor y con aspereza? quándo tus

muchas promesas y mayores dadivas fueron de mí creidas, ni admitidas? pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia; pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y asi quiero castigarme, y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses que, siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio, que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus malas intenciones: torno á decir que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en ti tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigandome otro verdugo, quiza seria mas publica mi culpa; pero antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo alla donde quiera que fuere la pena que da la justicia, desinteresada y que no se dobla, al que en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremetio á Lotario con la daga desenvaynada, con tales muestras de querer enclavarsela en el pecho, que casi él estubo en duda si aquellas demostraciones eran falsas, ó verdaderas, porque le fue forzoso valerse de su in-

dustria y de su fuerza para estorbar que Camila no le diese. La qual tan vivamente fingia aquel estraño embuste y falsedad[1], que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre; porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dixo: pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, alomenos no sera tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga: y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondio por mas arriba de la islilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dexó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atonitos de tal suceso, y todavia dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudio Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salio del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzo á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estubiera difunta, echandose muchas maldiciones, no solo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel termino; y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas, que el que le oyera le tubiera mu-

1 Falsedad. *En las ediciones originales se decia por yerro de imprenta* fealdad.

cha mas lastima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase: pediale asimesmo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese antes que estubiese sana. El respondio que dixesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese; solo le dixo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salio de casa, y quando se vio solo, y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, marabillandose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela: consideraba quan enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por muger á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada, que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones entanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntaronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamandose cobarde y de poco animo, pues le habia faltado, al tiempo que fuera mas necesario tenerle, para quitarse la vida que tan aborrecida tenia: pedia consejo á su doncella si diria, ó no todo aquel suceso á su querido esposo. La

qual le dixo que no se lo dixese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondio Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dexar de ver. A lo que Leonela respondia que ella, ni aun burlando, no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila: qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida; y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor sera decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora: de aqui á mañana, respondio Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quiza que por ser la herida donde es, se podra encubrir sinque él la vea, y el cielo sera servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos: sosiegate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demas dexalo á mi cargo, y al de Dios que siempre acude á los buenos deseos. Atentisimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan estraños y eficaces afectos la representaron los personages della, que parecio que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian: deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir á verse con su buen amigo Lo-

tario, congratulandose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tubieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese. Y él sin perdella salio, y luego fue á buscar á Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dio, las cosas que de su contento le dixo, las alabanzas que dio á Camila: todo lo qual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria, porque se le representaba á la memoria quan engañado estaba su amigo, y quan injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ya ser la causa por haber dexado á Camila herida, y haber él sido la causa; y asi entre otras razones le dixo que no tubiese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrirsela á él, y que segun esto no habia de qué temer, sino que de alli adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos, que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dixo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado, que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recibiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña: duró este

engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvio Fortuna su rueda, y salio á plaza la maldad, con tanto artificio hasta alli cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPITULO XXXV.

QUE TRATA DE LA BRAVA Y DESCOMUNAL BATALLA, QUE DON QUIXOTE TUBO CON UNOS CUEROS DE VINO TINTO, Y SE DA FIN A LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE [1].

Poco mas quedaba por leer de la novela, quando del camaranchon donde reposaba Don Quixote, salio Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: acudid, señores, presto, y socorred á mi señor que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. Qué dices, hermano? dixo el Cura, dexando de leer lo que de la novela quedaba: estais en vos, Sancho? cómo diablos puede ser eso que decis, estando el gigante dos mil leguas de aqui? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quixote decia á voces: tente, ladron, malandrin, follon, que aqui te tengo, y no te ha

1 *El epigrafe de este capitulo y del que sigue estan equivocados en las dos primeras ediciones: en las de la Real Academia Española estan distribuidos debidamente [veanse sus Variantes del cap. XXXV.] cuya distribucion se ha adoptado en esta.*



de valer tu cimitarra : y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sancho : no tienen que pararse á escuchar , sino entren á despartir la pelea , ó ayudar á mi amo , aunque ya no sera menester , porque sin duda alguna el gigante está ya muerto , y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida , que yo vi correr la sangre por el suelo , y la cabeza cortada y caida á un lado , que es tamaña , como un gran cuero de vino. Que me maten , dixo á esta sazon el ventero , si Don Quixote , ó don diablo , no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos , y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre : y con esto entró en el aposento y todos tras él , y hallaron á Don Quixote en el mas estraño trage del mundo. Estaba en camisa, la qual no era tan cumplida , que por delante le acabase de cubrir los muslos , y por detras tenia seis dedos menos : las piernas eran muy largas y flacas , llenas de vello , y no nada limpias : tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento , que era del ventero : en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama , con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el porqué ; y en la derecha desenvaynada la espada , con la qual daba cuchilladas á todas partes , diciendo palabras , como si verdaderamente estubiera peleando con algun gigante : y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo , y soñando que estaba en batalla con el gigante ; que fue tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer , que le hizo soñar que ya habia llegado al reyno de

Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo qual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetio con Don Quixote, y á puño cerrado le comenzo á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero truxo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo qual desperto Don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vio quan corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dixo: ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos moxicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aqui esta cabeza que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de una fuente. Qué sangre, ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dixo el ventero: ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa, que estos cueros que aqui estan horadados, y el vino tinto que nada en este aposento? que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó. No sé nada, respondio Sancho, solo sé que vendre á ser tan desdichado, que por no hallar esta

cabeza se me ha de deshacer mi condado, como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballeria para dexar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas, que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos á Don Quixote, el qual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy mas segura, sinque le pueda hacer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os di, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido. No lo dixe yo? dixo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante, ciertos son los toros, mi condado está de molde. Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian, sino el ventero que se daba á satanas; pero enfin tanto hicieron el Barbero, Cardenio y el Cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quixote en la cama, el qual se quedó dormido con muestras de grandisimo cansancio. Dexaronle dormir, y salieronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado

la cabeza del gigante, aunque mas tubieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros; y la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fue con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero [que mala aventura le dé Dios á él y á quantos aventureros hay en el mundo] y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que asi estaba escrito en los aranceles de la caballeria andantesca: y ahora por su respeto vino estotro señor, y me llevó mi cola, y hamela vuelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre si no me lo han de pagar un quarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudabala su buena criada Maritornes: la hija callaba, y de quando en quando se sonreia. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su perdida lo mejor que pudiese, asi de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consolo á Sancho Panza, diciendole que cada y quando que pareciese haber sido verdad

que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viendose pacifica en su reyno, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolose con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tubiese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo quanto en aquella casa pasaba, era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dixo que asi lo creia, y que no tubiese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca[1]. Sosegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaba poco. Cardenio,

1 A pedir de boca. *Antes que Lucio Apuleyo se convirtiera en asno, fue convidado á cenar por Birrena, su tia, en Hippata, ciudad de las mas famosas de Tesalia por la multitud de sus hechiceras; y al volverse á recoger á las tres de la noche á casa de Milon, su huesped, vio que tres hombres estaban desquiciando la puerta, pugnando por entrar: tienelos por ladrones, y los mata á cuchilladas: prendenle al otro dia: llevanle al tribunal: colocan tambien en él los tres cadaveres, cubiertos con una sabana, como el cuerpo del delito: levantase un viejo, y acusa publicamente al reo de homicidio: defiendese este; pero entra de refresco una vieja, llorando amargamente, como madre que decia ser de aquellos tres difuntos: acusale denuevo, y para mover á los jueces á mayor indignacion contra el homicida, pide que se descubran los cadaveres: mandan los jueces que los descubra el reo por su mano, el qual levantando la sabana, queda atonito y espantado al ver que los muertos eran tres odres, cueros, ó pellejos para llevar vino, abiertos con diversas cuchilladas por las partes y lugares, por donde él habia herido á los ladrones la noche antecedente. Prorrumpe el auditorio en una risa universal, porque esta invencion se habia dis-*

Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase: él, que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguio el cuento, que asi decia.

Sucedio pues que por la satisfacion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves de la voluntad que le tenia, y para mas confirmacion de su hecho pidio licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el engañado Anselmo le dixo que en ninguna manera tal hiciese: y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto

puesto en obsequio del dios de la risa, ó el dios Baco, cuyas fiestas celebraban aquellos gentiles anualmente. Desea saber Apuleyo el misterio de aquel encantamento, y se le revela una moza llamada Fótide, criada de Pánfila, una de las mayores magas de Tesalia y muger de Milon, diciendo: que en lugar de los cabellos rubios de un joven de Beocia, que su ama pedia, la llevó los de tres cueros ó pellejos de macho de cabrio, que vio trasquilar á un botero; y haciendo Pánfila sobre ellos un fuerte conjuro, en virtud de él se vivificaron los cueros, y echando á andar se encaminaron á casa de Milon, en busca de Pánfila su muger, y esforzandose por entrar, llegó á la sazon Lucio Apuleyo, que pensando eran ladrones, les dio de cuchilladas. Por esta aventura, que se refiere por estenso en el Lib. II. y III. del Asno de Oro, *se viene en conocimiento de que Cervantes parece la tubo presente para su imitacion en la de la quimerica batalla de Don Quixote con los cueros de vino, y se comprueba en parte lo que se dixo en el* Discurso Preliminar [§. *IV.*] *sobre que en esta Historia se propuso imitar á Apuleyo, como á Heliodoro en la de* Persiles.

el gozo que tenia Leonela de verse calificada en sus amores llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco recelo pudiese ponerle en execucion. Enfin una noche sintio Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba, sintio que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrio, y entró dentro á tiempo que vio que un hombre saltaba por la ventana á la calle: y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciendole: sosiegate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aqui saltó, que es cosa mia, y tanto, que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciendole que le dixese la verdad, si no, que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dixo: no me mates, señor, que yo te dire cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, si no, muerta eres. Por ahora sera imposible, dixo Leonela, segun estoy de turbada, dexame hasta mañana, que entonces sabras de mí lo que te ha de admirar: está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegose con esto Anselmo, y quiso aguardar el termino que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y asi se salio del aposento, y dexó encerrada en él

á Leonela, diciendole que de alli no saldria hasta que le dixese lo que tenia que decirle. Fue luego á ver á Camila, y á decirle, como le dixo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila, ó no, no hay para que decirlo; porque fue tanto el temor que cobró, creyendo verdaderamente [y era de creer] que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tubo animo para esperar si su sospecha salia falsa, ó no; y aquella misma noche, quando le parecio que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salio de casa, y se fue á la de Lotario, á quien conto lo que pasaba, y le pidio que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fue tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. Enfin acordó de llevar á Camila á un monasterio, en quien era priora una su hermana. Consintio Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dexó en el monasterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia. Quando amanecio, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fue adonde la habia dexado encerrada: abrio y entró en el aposento; pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sabanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por alli se habia

descolgado é ido : volvio luego muy triste á decirselo á Camila , y no hallandola en la cama , ni en toda la casa , quedó asombrado : preguntó á los criados de casa por ella , pero nadie le supo dar razon de lo que pedia : acerto acaso , andando á buscar á Camila , que vió[1] sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia , y en que no era Leonela la causa de su desventura : y ansi como estaba , sin acabarse de vestir , triste y pensativo , fue á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario ; mas quando no le halló , y sus criados le dixeron que aquella noche habia faltado de casa , y habia llevado consigo todos los dineros que tenia , penso perder el juicio : y para acabar de concluir con todo , volviendose á su casa , no halló en ella ninguno de quantos criados ni criadas tenia , sino la casa desierta y sola : no sabia qué pensar , qué decir , ni qué hacer , y poco á poco se iba volviendo el juicio : contemplabase y mirabase en un instante sin muger , sin amigo y sin criados , desamparado á su parecer del cielo que le cubria , y sobre todo sin honra , porque en la falta de Camila vio su perdicion : resolviose enfin acabo de una gran pieza de irse á la aldea de su amigo , donde habia estado , quando dio lugar á que se maquinase toda aquella desventura : cerró las puertas de su casa , subio á caballo , y con desmayado aliento se puso en camino : y apenas hubo andado la mitad , quando acosado de sus pensamientos le fue forzoso apearse y arrendar su caba-

1 Que vio. *A ver.*

llo á un arbol, á cuyo tronco se dexó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y alli se estubo hasta casi que anochecia; y á aquella hora vio que venia un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondio: las mas estrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice publicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á S. Juan, se llevó esta noche á Camila muger de Anselmo, el qual tampoco parece: todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgandose con una sabana por las ventanas de la casa de Anselmo: en efeto no sé puntualmente cómo pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban: *los dos amigos*. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vais, señor, dixo Anselmo. Con él quedeis, respondio el ciudadano, y fuese.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á terminos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantose como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vio llegar amarillo, consumido y seco, entendio que de algun grave mal venia fatigado. Pidio luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir: hizose asi, y de-

xaronle acostado y solo, porque él asi lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas. Viendose pues solo, comenzo á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conocio por las premisas mortales, que en sí sentia, que se le iba acabando la vida, y asi ordenó de dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor, que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, acordo de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallole tendido boca abaxo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegose el huesped á él, habiendole llamado primero, y trabandole por la mano, viendo que no le respondia y hallandole frio, vio que estaba muerto: admirose y congojose en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida; y finalmente leyo el papel, que conocio que de su mesma mano estaba escrito, el qual contenia estas razones: „Un necio é impertinente deseo me quitó la vida: si las nuevas de mi muerte llegaren „á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, „porque no estaba ella obligada á hacer milagros, „ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese: y pues yo fui el fabricador de mi deshonra, no hay para qué....” Hasta aqui escribio Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la

vida. Otro dia dio aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los quales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el termino de acompañar á su esposo en aquel forzoso viage, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dicese que aunque se vio viuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesion de monja, hasta que [no de alli á muchos dias] le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla, que en aquel tiempo dio Monsiur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Cordoba en el reyno de Napoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolias. Este fue el fin que tubieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dixo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad, y si es fingido, fingio mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa esperiencia como Anselmo: si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudierase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene de imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPITULO XXXVI.

QUE TRATA DE OTROS RAROS SUCESOS QUE EN LA VENTA SUCEDIERON.

Estando en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta, dixo: esta que viene es una hermosa tropa de huespedes: si ellos paran aqui, gaudeamus tenemos. Qué gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondio el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillon, ansimismo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pie. Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca, respondio el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea se cubrio el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quixote; y casi no habian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho; y apeandose los quatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear la muger que en el sillon venia; y tomandola uno dellos en sus brazos, la sento en una silla que estaba á la entrada del aposento, donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla dio un profundo suspiro, y dexó caer los brazos como persona enferma y desmayada. Los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el Cura, deseoso de saber qué gente era

aquella, que con tal trage y tal silencio estaba, se fue donde estaban los mozos, y á uno dellos le preguntó lo que ya deseaba; el qual le respondio: pardiez, señor, yo no sabre deciros qué gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto digolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. Y la señora quién es? preguntó el Cura. Tampoco sabre decir eso, respondio el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma: y no es de marabillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque habiendolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniesemos con ellos hasta el Andalucia, ofreciendose á pagarnoslo muy bien. Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el Cura. No por cierto, respondio el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es marabilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueve á lastima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada dondequiera que va, y segun se puede colegir por su habito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quiza porque no le debe de nacer de voluntad el mongio, va triste como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexandolos, se volvio adonde estaba Dorotea. La qual, como habia oido suspirar á la em-

bozada, movida de natural compasion, se llegó á ella, y le dixo: qué mal sentis, señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y esperiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. A todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavia se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado [que dixo el mozo que los demas obedecian] y dixo á Dorotea: no os canseis, señora, en ofrecer nada á esa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamas la dixe, dixo á esta sazon la que hasta alli habia estado callando, antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyo estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estaba en medio, y asi como las oyo, dando una gran voz, dixo: valgame Dios! qué es esto que oigo? qué voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvio la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba, se levantó en pie, y fuese á entrar en el aposento: lo qual visto por el caballero, la detubo sin dexarla mover un paso. A ella con la turbacion y desasosiego se le cayo el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrio una hermosura incomparable, y un rostro milagroso, aunque descolorido y asom-

brado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por que las hacia, pusieron gran lastima en Dorotea y en quantos la miraban. Teniala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayo del todo: y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vio que el que abrazada ansimismo la tenia, era su esposo D. Fernando, y apenas le hubo conocido, quando arrojando de lo intimo de sus entrañas un luengo y tristisimo ay, se dexó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse alli junto el Barbero, que la recogio en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudio luego el Cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y asi como la descubrio, la conocio D. Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no porque dexase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la qual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyo asimismo Cardenio el ay que dio Dorotea quando se cayo desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salio del aposento despavorido, y lo primero que vio fue á D. Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien D. Fernando conocio luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirabanse to-

dos, Dorotea á D. Fernando, D. Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio; mas quien primero rompio el silencio fue Luscinda, hablando á D. Fernando desta manera: dexadme, señor D. Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais, dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dadivas: notad como el cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis por mil costosas esperiencias que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños para que volvais [ya que no podais hacer otra cosa] el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la dare por bien empleada: quiza con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantube hasta el ultimo trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quién ella era, que viendo que D. Fernando aun no la dexaba de sus brazos, ni respondia á sus razones, esforzandose lo mas que pudo, se levantó, y se fue á hincar de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lagrimas, asi le comenzo á decir: si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol, que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habras echado de ver que

la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea: yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad, ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los limites de la honestidad vivio vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrio las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dadiva de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo; pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aqui con pasos de mi deshonra, habiendome traido solo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada: tú quisiste que yo fuese tuya, y quisistelo de manera, que aunque ahora quieras que no lo sea, no sera posible que tú dexes de ser mio: mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dexas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y mas facil sera, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera: tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño: y si esto es asi, como lo es, y tú eres tan cristiano, como caballero, ¿porque por tantos ro-

deos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? y si no me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quiereme alomenos y admiteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendre por dichosa y bien afortunada: no permitas con dexarme y desampararme que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios, que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho; y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mugeres, no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: quanto mas que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á ti te falta, negandome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble, que las que tú tienes: enfin, señor, lo que ultimamente te digo es que, quieras ó no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello por que me desprecias[1]: testigo sera la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias: y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrias, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y

1 Me desprecias. *La nobleza que podia echar menos en Dorotea.*

otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lagrimas, que los mismos que acompañaban á D. Fernando, y quantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchola D. Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirandola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura: y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dexaban los brazos de D. Fernando que apretada la tenian. El qual lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estubo mirando á Dorotea, abrio los brazos, y dexando libre á Luscinda, dixo: venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener animo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, asi como la dexó D. Fernando, iba á caer en el suelo; mas hallandose Cardenio alli junto, que á las espaldas de D. Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor, y aventurado á todo riesgo, acudio á sostener á Luscinda; y cogiendola entre sus brazos, le dixo: si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme, y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendras mas seguro, que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, quando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle

primero por la voz, y asegurandose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Estraño espectaculo fue este para D. Fernando y para todos los circunstantes, admirandose de tan no visto suceso. Pareciole á Dorotea que D. Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vio encaminar la mano á ponella en la espada; y asi como lo penso, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas besandoselas, y teniendole apretado que no le dexaba mover, y sin cesar un punto de sus lagrimas, le decia: qué es lo que piensas hacer, unico refugio mio, en este tan impensado trance? tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estara bien, ó te sera posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendra querer levantar á igualar á ti mismo á la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo: por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el

tiempo que el cielo quisiere concedersele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y vera el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon, que el apetito. Entanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de D. Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse, y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazon acudieron los amigos de D. Fernando, y el Cura y el Barbero, que á todo habian estado presentes, sinque faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á D. Fernando, suplicandole tubiese por bien de mirar las lagrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecia, sino con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba: y que advirtiesé, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicisima su muerte, y que en los lances inremediables era suma cordura, forzandose y venciendose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien, que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimismo en la beldad de Dorotea, y ver á la que pocas ó ninguna se podian igualar, quanto mas hacerle ventaja: y que jun-

tase á su hermosura su humildad y el estremo del amor que le tenia: y sobretodo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliendosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las quales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efeto á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de D. Fernando, enfin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dexó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dio de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fue abaxarse y abrazar á Dorotea, diciendole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aqui no he dado muestras de lo que digo, quiza ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es que no me reprehendais mi mal termino y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movio para acetaros por mia, esa misma me impelio para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis

yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogaré al cielo que me los dexe vivir con mi Dorotea: y diciendo esto, la tornó á abrazar, y á juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron asi las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dixo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era, como él pensaba, la reyna Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio, y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante D. Fernando, dandole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que D. Fernando no sabia qué responderles, y asi los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesia. Preguntó luego á Dorotea le dixese cómo habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes habia contado á Cardenio, de lo qual gustó tanto D. Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y asi como hubo aca-

bado, dixo D. Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dixo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido, y que asi se salio de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad, y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sinque nadie supiese decir donde se habia ido, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio, y que asi como lo supo, escogiendo para su compañia aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la qual no habia querido hablar, temeroso que en sabiendo que él estaba alli, habia de haber mas guarda en el monasterio: y asi aguardando un dia á que la porteria estubiese abierta, dexó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio buscando á Luscinda, la qual hallaron en el claustro hablando con una monja; y arrebatandola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar, donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo qual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo: dixo que asi como Luscinda se vio en su poder, perdio todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí, no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que asi acompañados de silencio y de lagrimas habian lle-

gado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVII.

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DE LA FAMOSA INFANTA MICOMICONA, CON OTRAS GRACIOSAS AVENTURAS.

Todo esto escuchaba Sancho no con poco dolor de su anima, viendo que se le desparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en D. Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia, Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. D. Fernando daba gracias al cielo por la merced recebida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan apique de perder el credito y el alma: y finalmente quantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso, que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el Cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba era la ventera por la promesa que Cardenio y el Cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses, que por cuenta de Don Quixote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho,

era el afligido, el desventurado, y el triste, y asi con malenconico semblante entró á su amo, el qual acababa de despertar, á quien dixo: bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la Princesa su reyno, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondio Don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla, que pienso tener en todos los dias de mi vida; y de un reves, *zas*, le derribé la cabeza en el suelo, y fue tanta la sangre que le salio, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondio Sancho; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me pario, y llevelo todo satanas. Y qué es lo que dices, loco? replicó Don Quixote; estás en tu seso? Levantese vuestra merced, dixo Sancho, y vera el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y vera á la Reyna convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me marabillaria de nada deso, replicó Don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estubimos, te dixe yo que todo quanto aqui sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondio Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fue, sino

real y verdaderamente: y vi yo que el ventero, que aqui está hoy dia, tenia del un cabo de la manta, y me empujaba acia el cielo con mucho donayre y brio, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dixo Don Quixote, dame de vestir, y dexame salir alla fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Diole de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, conto el Cura á D. Fernando, y á los demas que alli estaban, las locuras de Don Quixote y el artificio que habian usado para sacarle de la peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora: contoles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y riyeron, por parecerles, lo que á todos parecia, ser el mas estraño genero de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dixo mas el Cura que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su disignio adelante, que era menester inventar y hallar otro, para poderle llevar á su tierra. Ofreciose Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria suficientemente la persona de Dorotea. No, dixo D. Fernando, no ha de ser asi; que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy lejos de aqui el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aqui. Pues aunque estubiera mas, gustara yo de caminallas á

trueco de hacer tan buena obra. Salio en esto Don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela, y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendio á D. Fernando y á los demas la estraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su mesurado continente, y estubieron callando hasta ver lo que él decia. El qual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo: estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna y gran señora que soliades ser, os habeis vuelto en una particular doncella: si esto ha sido por orden del Rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fue poco versado en las historias caballerescas; porque si él las hubiera leido, y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y lei, hallara á cada paso cómo otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siendolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y.... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dira quando menos lo pensemos. Vistes os vos con dos cueros, que no con un gigante, dixo á esta sazon el ventero: al qual mandó D. Fernando que callase, y no interrumpiese la platica de Don Qui-

xote en ninguna manera. Y Don Quixote prosiguio diciendo : digo enfin, alta y desheredada señora , que si por la causa que he dicho , vuestro padre ha hecho este metamorfoseos en vuestra persona , que no le deis credito alguno , porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada , con la qual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra , os pondre á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dixo mas Don Quixote, y esperó á que la Princesa le respondiese. La qual, como ya sabia la determinacion de D. Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quixote , con mucho donayre y gravedad le respondio : quienquiera que os dixo, valeroso Caballero de la Triste Figura , que yo me habia mudado y trocado de mi ser , no os dixo lo cierto , porque la misma que ayer fui , me soy hoy : verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme ; pero no por eso he dexado de ser la que antes , y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo , que siempre he tenido : asique , señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró , y tengale por hombre advertido y prudente , pues con su ciencia halló camino tan facil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo , y en esto digo tanta verdad , como son buenos testigos della los mas destos señores que me estan presentes: lo que

resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podra hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dexaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea; y en oyendolo Don Quixote, se volvio á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dixo: ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta Princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza, que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te pario, con otros disparates, que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? voto.... [y miró al cielo, y apretó los dientes] que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos quantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondio Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó alomenos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros alli estan heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento: y si no, al freir de los huevos lo vera, quiero decir que lo vera quando aqui su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora Reyna se esté como se estaba, me regocijo en el alma, por-

que me va mi parte, como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdoname y basta. Basta, dixo D. Fernando, y no se hable mas en esto; y pues la señora Princesa dice que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hagase asi, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondio Don Quixote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la qual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quixote y D. Fernando. Pero á todo puso silencio un pasagero que en aquella sazon entró en la venta, el qual en su trage mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color: traia unos borceguies datilados y un alfange morisco, puesto en un tahali que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza: traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los hombros á los pies la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de

poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion él mostraba en su apostura que si estubiera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidio en entrando un aposento, y como le dixeron que en la venta no le habia, mostro recebir pesadumbre, y llegandose á la que en el trage parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodearon á la mora, y Dorotea que siempre fue agraciada, comedida y discreta, pareciendole que asi ella como el que la traia, se congojaban por la falta del aposento, le dixo: no os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustaredes de posar con nosotras, señalando á Luscinda, quiza en el discurso deste camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondio nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el Cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á quanto le decian callaba, dixo: señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme á su tierra, y por esto no debe de ha-

ber respondido, ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondio Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañia, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hara el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga á servir á todos los estrangeros que dello tubieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella y por mí, respondio el Cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dixo Dorotea: esta señora es cristiana, ó mora? porque el trage y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandisimos deseos de serlo. Luego no es bautizada? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondio el Cautivo, despues que salio de Argel su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligase á bautizalla, sinque supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios sera servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su habito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchandole estaban de saber quién fuese la Mora y el Cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso, que para

preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogo que se quitase el embozo. Ella miró al Cautivo, como si le preguntara le dixese lo que decian y lo que ella haria. El en lengua arabiga le dixo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese; y asi se lo quitó, y descubrio un rostro tan hermoso, que Dorotea la tubo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa: y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los animos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa Mora. Preguntó D. Fernando al Cautivo cómo se llamaba la Mora. El qual respondio que Lél-la Zorayda; y asi como esto oyo ella, entendio lo que le habian preguntado al cristiano, y dixo con mucha priesa, llena de congoja y donayre: *no, no Zorayda, Maria, Maria*; dando á entender que se llamaba Maria, y no Zorayda. Estas palabras y el grande afecto con que la Mora las dixo, hicieron derramar mas de una lagrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mugeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazola Luscinda con mucho amor, diciendole: sí, sí, Maria, Maria. A lo qual respondio la Mora: *sí, sí, Maria, Zorayda macange*, que quiere decir *no.*

Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venian con D. Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de

cenar lo mejor que á él le fue posible. Llegada pues la hora, sentaronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni quadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quixote, el qual quiso que estubiese á su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda y Zorayda, y frontero dellas D. Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo, y los demas caballeros, y al lado de las señoras el Cura y el Barbero: y asi cenaron con mucho contento, y acrecentoseles mas, viendo que dexando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espiritu, que el que le movio á hablar tanto como habló quando cenó con los cabreros, comenzo á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballeria: si no ¿qual de los vivientes habra en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? quién podra decir que esta señora que está á mi lado, es la gran Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura, que anda por ahi en boca de la fama? ahora, no hay que dudar sino que esta arte y exercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto á mas peligros está sujeto: quitenseme delante los que dixeren que las Letras hacen ventaja á las Armas, que les dire, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen

decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espiritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se exercitan; como si fuese su exercicio oficio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerzas; ó como si en esto, que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallos mucho entendimiento; ó como si no trabajase el animo del guerrero que tiene á su cargo un exercito, ó la defensa de una ciudad sitiada, asi con el espiritu, como con el cuerpo: si no, vease si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansi, que las armas requieren espiritu como las letras, veamos ahora qual de los dos espiritus, el del letrado, ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendra á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las Letras [y no hablo ahora de las Divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar] hablo de las letras Humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta, como merece aquel á

que las armas atienden, las quales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y asi las primeras buenas nuevas que tubo el mundo, y tubieron los hombres, fueron las que dieron los angeles la noche que fue nuestro dia, quando cantaron en los ayres: *gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*: y la salutacion, que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fue decirles que quando entrasen en alguna casa dixesen: *paz sea en esta casa*: y otras muchas veces les dixo: *mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros*: bien como joya y prenda dada y dexada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno: esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y vease quales son mayores. De tal manera y por tan buenos terminos iba prosiguiendo en su platica Don Quixote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchandole estaban, le tubiesen por loco; antes, como todos los mas eran caballeros, á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguio diciendo. Digo pues que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza, me parece

que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena : esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta, que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos; que es la mayor miseria del estudiante este que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero, ó chimenea que si no calienta, alomenos entibie su frio, y enfin la noche duermen muy bien debaxo de cubierta : no quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto quando la buena suerte les depara algun banquete : por este camino que he pintado, aspero y dificultoso, tropezando aqui, cayendo alli, levantandose aculla, tornando á caer aca, llegan al grado que desean : el qual alzando á muchos, hemos visto que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en olandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero se quedan muy atras en todo, como ahora dire.

CAPITULO XXXVIII.

QUE TRATA[1] DEL CURIOSO DISCURSO QUE HIZO DON QUIXOTE DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS.

Prosiguiendo Don Quixote, dixo: pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacio, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza: pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la qual, si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sabanas. Lleguese pues á todo esto el dia y la hora de recebir el grado de su exercicio: lleguese un dia de batalla, que alli le pondran la borla en la cabeza, hecha de hilas para cu-

1 [*Y en que se prosigue*].

rarle algun balazo, que quiza le habra pasado las sienes, ó le dexará estropeado de brazo, ó pierna: y quando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podra ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello: quán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podran contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse: asique, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas facil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo; pero dexemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar segun son las razones que cada una de su parte alega. Y entre las que he dicho, dicen las Letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene

sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras y letrados. A esto responden las Armas que las leyes no se podran sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las republicas, se conservan los reynos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las republicas, los reynos, las monarquias, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus previlegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada que aquello que mas cuesta se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguido de cabeza, indigestiones de estomago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus terminos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á el estudiante en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está apique de perder la vida: ¿y que temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallandose cercado en alguna Fuerza, y estando de posta, ó guarda en algun rebellin, ó caballero, siente que los enemigos estan minando acia la parte donde él está, y no puede apartarse de alli por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? solo lo que puede hacer, es dar noticia á su capitan de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando quando improvisamente

ha de subir á las nubes sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad; y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala, ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las quales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que concede dos pies de tabla del espolon; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, quantos cañones de artilleria le asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza; y viendo que al primer descuido de los pies iria á visitar los profundos senos de Neptuno, con todo esto con intrepido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabuceria, y procura pasar por tan estrecho paso al baxel contrario: y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podra levantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar que como á enemigo le aguarda, otro, y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentia y atrevimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabolica invencion, con la qual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber como ó por donde en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada ba-

la, disparada de quien quiza huyó, y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita maquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos: y asi, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este exercicio de caballero andante en edad tan detestable, como es esta en que ahora vivimos; porque, aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavia me pone recelo pensar si la polvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra; pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto sere mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto á mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

Todo este largo preambulo dixo Don Quixote entanto que los demas cenaban, olvidandose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lastima de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratandole de su negra y pizmienta[1] caballeria. El Cura le dixo que tenia mucha ra-

1 Pizmienta. *Este adjetivo viene del sustantivo latino* pix, picis, *y significa propiamente cosa negra, y atezada, como la pez*: *antiguamente se decia* pecemento, pecementa. *En el sentido translaticio, en que se toma aqui,*



zon en todo quanto habia dicho en favor de las Armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y entanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, D. Fernando rogo al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañia de Zorayda. A lo qual respondio el Cautivo que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecelle le contaria. El Cura y todos los demas se lo agradecieron, y denuevo se lo rogaron, y él viendose rogar de tantos, dixo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza; y asi esten vuestras mercedes atentos, y oiran un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con

significa cosa triste, funesta, fatal. *En él dixo tambien Gonzalo Berceo*:

Amanecio el sabbado un *pecemento* dia.

[*Poesias Castellanas por el señor Sanchez*: *tom. II. p. 427. copl. 162.*] *Acaso aludio este poeta del siglo XIII. á aquel dicho de Horacio*:

. . . . Hunccine solem
Tam nigrum surrexe mihi!

Es posible que haya amanecido este dia ó este sol tan negro *ó tan pizmiento* para mí! [*Serm. lib. 1. ecl. 9. v. 72.*]

esto que dixo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzo á decir desta manera.

CAPITULO XXXIX.

DONDE EL CAUTIVO CUENTA SU VIDA Y SUCESOS.

En un lugar de las montañas de Leon tubo principio mi linage, con quien fue mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavia alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si asi se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla; y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedio de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los terminos de la liberalidad, y rayaba en los de ser prodigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser: los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fue privarse de la hacienda, sin la qual el mismo Alexandro pa-

reciera estrecho; y asi llamandonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dixo unas razones semejantes á las que ahora dire. Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda; pues para que entendais desde aqui adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta: vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó alomenos de elegir exercicio tal, que quando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es, hacer de mi hacienda quatro partes, las tres os dare á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo, para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tubiese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le dire. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta esperiencia, y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa Real* [1], como si mas claramente di-

1 Iglesia, ó mar, ó casa Real. *Lope de Vega cita asi este adagio*: Tres cosas hacen al hombre medrar; ciencia, y mar, y casa Real: [*Dorotea*: *act. I. scen. VIII.*] *cuyo adagio no solo es mas estenso, que el alegado por nuestro autor, sino mas exâcto, porque la* iglesia *solo comprehende los premios y dignidades que se dan por la ciencia ecle-*

xera: quien quisiere valer y ser rico, ó siga la Iglesia, ó navegue exercitando el arte de la mercancia, ó entre á servir á los Reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de Rey, que merced de señor.* Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancia, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama: dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra: decidme ahora, si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto. Y mandandome á mí por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros eramos mozos para saber ganarla; vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, sirviendo en él á Dios, y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogio el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Asi como acabamos de concordarnos y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que di-

siastica; pero la ciencia *los que se merecen por ella, y por las demas ciencias: y asi el Oidor, hermano de este Cautivo, debia la toga á la Jurisprudencia.*

xo, puso por obra quanto nos habia prometido, y dando á cada uno su parte [que á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó decontado, porque no saliese del tronco de la casa] en un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre; y en aquel mismo, pareciendome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto, para acomodarme de lo que habia menester un soldado: mis dos hermanos movidos de mi exemplo, cada uno le dio mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron quatro mil ducados en dinero, y mas de tres mil, que, á lo que parece, valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo enfin que nos despedimos dél, y de aquel nuestro tio que he dicho no sin mucho sentimiento y lagrimas de todos, encargandonos que les hiciesemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos prosperos, ó adversos. Prometimoselo, y abrazandonos y echandonos su bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, y el otro el de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tube nuevas que habia una nave ginovesa, que cargaba alli lana para Genova. Este hara veinte y dos años que sali de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo dire brevemente.

Embarqueme en Alicante, llegué con prospe-

ro viage á Genova, fui desde alli á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alexandria de la Palla, tube nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flandes: mudé proposito, fuime con él, servile en las jornadas que hizo, halleme en la muerte de los condes de Eguemon, y de Hornos, alcancé á ser alferez de un famoso capitan de Guadalaxara llamado Diego de Urbina[1], y á cabo de algun tiempo que llegué á Flandes, se tubo nuevas de la Liga que la Santidad del Papa Pio Quinto de felice recordacion habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el qual en aquel mismo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debaxo del dominio de Venecianos: perdida lamentable y desdichada. Supose cierto que venia por General desta Liga el Serenisimo D. Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey D. Felipe: divulgose el grandisimo aparato de guerra que se hacia, todo lo qual me incitó y conmovio el animo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido á capitan, lo quise dexar todo, y venirme como me vine á Italia: y quiso mi bue-

1 Diego de Urbina. *Hallose despues Urbina* en la batalla de Lepanto; mató quinientos turcos de la capitana de Alexandria y á su capitan, y tomó el estandarte Real de Egipto, *como dice el P. Fernando de Pecha.* [*Historia de Guadalaxara. Biblioteca Real: est. G. cod. 92. p. 77. b.*]



na suerte que el señor D. Juan de Austria acababa de llegar á Genova, que pasaba á Napoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo enfin que yo me hallé en aquella felicisima jornada ya hecho capitan de infanteria, á cuyo honroso cargo me subio mi buena suerte, mas que mis merecimientos: y aquel dia, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban creyendo que los turcos eran invencibles por la mar; en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como alli hubo [porque mas ventura tubieron los cristianos que alli murieron, que los que vivos y vencedores quedaron] yo solo fui el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos alguna naval corona, me vi aquella noche, que siguio á tan famoso dia, con cadenas á los pies y esposas á las manos. Y fue desta suerte: que habiendo el Uchali, Rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta [que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos[1]] acudio la capitana de Juan Andrea[2] á socorrella, en la

1 Y estos mal heridos. Embistio el Ochali á esta capitana con siete galeras suyas, y no pudo ser socorrida de las nuestras por haberse salido adelante de la ordenanza ó puesto dellas por señalarse aquel dia: de los tres caballeros heridos el uno era Frey Pedro Justiniano, prior de Mecina, y general de Malta, el otro un Español, y el otro un Siciliano: á estos hallaron vivos, enterrados entre los muchos muertos. [*Asi Arroyo. Relacion de la Santa Liga: fol. 67. y sig.*]

2 Acudio la capitana de Juan Andrea. El Ochali lleva-

qual yo iba con mi Compañia, y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la qual desviandose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y asi me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos: enfin me rindieron lleno de heridas; y como ya habeis, señores, oido decir que el Uchali se salvó con toda su esquadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres; porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Llevaronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo General de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la Religion de Malta[1]: halleme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales: vi y noté la ocasion que alli se perdio de no coger en el puerto toda el armada turquesca; porque todos los Levantes[2] y Genizaros que en ella

ba ya atada á su popa la capitana de Malta; pero la recuperó [*dice Bernardino Escalante*] el capitan Ojeda, abordandola con la galera Guzmana de Napoles, matando todos los turcos que de ella se habian apoderado, y la Religion en recompensa deste servicio que la hizo, le da en cada un año cierto premio de por vida. [*Dialogo del Arte militar: p. 62.*]

1 De la Religion de Malta. Esta fue la vez primera [*dice el referido Escalante*] que el Estandarte de esta valerosa Religion cayo en manos de turcos. [*En el lugar citado.*]

2 Levantes. *El P. Haedo* [*cap. 21. f. 16. b.*] *dice que*

venian, tubieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques [que son sus zapatos] para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del General que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen[1]. En efeto el Uchali se recogio á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estubose quedo hasta que el señor D. Juan se volvio. En este viage se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba Roxa: tomola la capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido capitan D. Al-

se llaman comunmente Levantes [ó Leventes] *los soldados de mar, ó los soldados cosarios, que van en las galeras de los moros.*

1 Verdugos que nos castiguen. Caminó D. Juan de Austria [*segun dice Arroyo*: *f. 90.*] toda la noche del dia 16. de septiembre de 1572. para amanecer sobre el puerto de Navarino, donde estaba toda la armada turquesca, como habian avisado los capitanes Luis de Acosta, y Pero Pardo de Villamarin; pero el Comitre Real [*añade Aguilera*: *f. 85. b.*] y los pilotos se engañaron en la ampolleta, y fueron á amanecer á una isla llamada Prodano, distante unas tres leguas de Navarino; y asi tubo tiempo el Ochali para sacar del puerto la esquadra y ponerla baxo el cañon de la fortaleza de Modon. *De suerte que la impericia nautica de sus enemigos le ayudó á ser nuestro verdugo.*

varo de Bazan, marques de Santa Cruz; y no quiero dexar de decir lo que sucedio en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roxa, y trataba tan mal á sus cautivos, que asi como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasandole de banco en banco de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco mas que pasó del arbol, ya habia pasado su anima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian[1]. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor D. Juan habia ganado á Tunez, y quitado aquel reyno á los turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reynar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tubo el mundo[2].

1 El odio que ellos le tenian. *Marco Antonio Arroyo dice que murio este capitan, llamado Mahamet ó Hamet Bey*, á manos de un su esclavo cristiano, y los demas lo hicieron pedazos á bocados. [*Relacion de la Armada de la Santa Liga: fol. 98. b.*] *Geronimo Torres de Aguilera refiere*: *que el baxel que se le tomó* era hermosisimo, *y que* fue traido á Napoles, y en memoria desto se le puso nombre: *La Galera Presa*: [*Cronica de varios sucesos: fol. 88. b.*] *estos dos autores se hallaron en la batalla de Lepanto, igualmente que Cervantes. El P. Haedo añade que este moro desapiadado azotaba á los cautivos que llevaba al remo, con un brazo que habia cortado á otro cautivo cristiano.* [*Historia de Argel: fol. 123.*]

2 Que tubo el mundo. *Muley Hamida y Muley Hamet ó Mahamet, fueron hijos de Muley Hacan, Rey de*

Sintio mucho esta perdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y quatro acometio á la Goleta y al Fuerte que

Tunez. Hamida hizo cegar á su padre abacilandole los ojos con una bacia de azofar ardiendo, y le despojó del reyno. Hamet, huyendo de la crueldad de su hermano, se retiró á Sicilia, y vivia en Palermo. Los turcos por medio del Ochali, quitaron á Hamida el reyno de Tunez, que se habia hecho fuerte en la Goleta con esperanza de volver á reynar. D. Juan de Austria echó á los turcos de Tunez, y llamando á Hamet de Palermo, le hizo Gobernador de aquel reyno; y remitio al cruel Hamida á poder de D. Carlos de Aragon, duque de Sesa y de Terranova, virey de Sicilia. En la carta donde dice que se le enviaba, hay esta posdata, toda de su puño: Ponga V.S. mucho cuidado en regalar quanto pueda á ese aflixido Rey asi con buenas palabras y consuelos, como con los efectos que posible le fuere; pues es justo por el estado en que está. *Despues fue conducido Hamida á la ciudad de Napoles, donde un hijo suyo se convirtio á nuestra santa Fe, y siendo sus padrinos el mismo D. Juan de Austria y D.ª Violante de Moscoso, se llamó D. Carlos de Austria, y de la pesadumbre de la conversion del hijo murio poco despues el padre. Del nuevo Rey ó Gobernador de Tunez, intitulado el Infante Muley, se conserva todavia una carta original, en que da noticia á D. Juan de Austria del estado en que habia encontrado aquella ciudad, y le pide socorros para mantenerla. Su fecha* : Tunez y Octubre 30 de 1573. *La carta está escrita en castellano, pero la firma está en arabe, y es original del Infante : en nuestra lengua suena asi* : Del siervo de V. Alteza el siervo Mahamet; *esto es* : carta escrita del siervo, ó por el siervo Mahamet, siervo de V. A. *A este nuevo gobierno se siguio no mucho despues la perdida de la Goleta y de la ciudad de Tunez que refiere Cervantes.* [*Torres de Aguilera : pag. 105. y sig. Biblioteca Real: est. G. cod. 45. f. 531. y 556.*]

junto á Tunez habia dexado levantado el señor D. Juan[1]. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; alomenos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdiose enfin la Goleta, perdiose el Fuerte, sobre las quales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alarabes de toda la Africa mas de quatrocientos mil, acompañado este tan gran numero de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el Fuerte. Perdiose primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdio por culpa de sus defensores, los quales hicieron en su defensa todo aquello que debian y po-

1 El señor D. Juan. *Mandó este General levantar este fuerte capaz de 8ↀ soldados extramuros de la ciudad junto á la isla del Estaño para tenerla sujeta, y poderle socorrer con barcas por el canal de dicho Estaño: y nombró por su general á Gabrio Cerbellon, insigne ingeniero, que le construyó: construyose contra las ordenes de Felipe II. que habia mandado demoler á Tunez; pero lisonjeado D. Juan de Austria con la esperanza de coronarse Rey de Tunez, y adulado de sus secretarios Juan de Soto y Juan de Escobedo, se empeñó en conservar aquella ciudad. Esta fue acaso una de las causas por que Antonio Perez mandó despues matar á Escobedo por orden superior, segun lo confesó en el tormento: y esta lo fue tambien de sus desgracias, junto con la aversion de sus emulos, especialmente de Mateo Vazquez de Leca, canonigo de Sevilla, secretario asimismo de Estado del Rey D. Felipe II. [Torres de Aguilera: fol. 107. D. Lorenzo Vander Hammen:* D. Felipe el Prudente: *fol. 98. y 152.*]



dian, sino porque la esperiencia mostro la facilidad con que se podian levantar trincheas en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas; y asi con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la Fuerza, y tirandoles á caballero, ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fue comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero: y los que esto dicen hablan de lejos y con poca esperiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el Fuerte apenas habia siete mil soldados, ¿como podia tan poco numero, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las Fuerzas contra tanto, como era el de los enemigos? ¿y como es posible dexar de perderse Fuerza que no es socorrida[1], y mas quando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero á muchos les parecio, y asi me parecio á mí, que fue particular gracia y merced que el cielo hizo á España, en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja, y polilla de la infinidad de dineros que alli sin provecho se gastaban, sin ser-

1 Fuerza que no es socorrida. *En efecto el cardenal de Granvela, virey de Napoles, y el duque de Sesa, virey de Sicilia, solicitados por D. Juan de Austria, no quisieron enviar socorros á la Goleta, ni á Tunez, escusandose con que necesitaban todas sus tropas y galeras contra las empresas del Uchali, y quando el señor D. Juan pudo enviarlos, no se lo permitieron las tormentas del mar.* [*Aguilera*: *p. 113.*]

vir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicisima del invictisimo Carlos V. como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y sera, que aquellas piedras la sustentaran. Perdiose tambien el Fuerte; pero fueronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trecientos que quedaron vivos: señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido, y guardado sus plazas. Rindiose á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del Estaño á cargo de D. Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado[1]. Cautivaron á D. Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el qual hizo quanto fue posible por defender su Fuerza, y sintio tanto el haberla perdido, que de pesar murio en el camino

1 Famoso soldado. *El Estaño no solo era una isla, sino que fue el antiguo puerto de Cartago.* [*Ferreras.*] *Habia en él una torrecilla antigua, que amplió Gabrio Cerbellon, y reduxo á la forma de Fuerte con sus cortinas y baluartes, y se pusieron en él algunas piezas de artilleria y hasta setenta soldados de guarnicion. De este Fuerte era capitan Zanoguera, ó Sanoguera, y era el ultimo que faltaba que rendir. Sinan Baxá, comandante del exercito de tierra, le envió á decir que se rindiese, y le daria libertad á él y á los que con él estaban. Hizolo asi, y despues le concedio solamente la de cincuenta soldados. Reconvenido Sinan con su palabra, mostro indignado á Zanoguera la cabeza de Pagan Doria, dandole á entender que haria con él lo mismo, si no se contentaba.* [*Aguilera*: *f. 122. b.*]

de Constantinopla, donde le llevaban cautivo[1]. Cautivaron ansimesmo al General del Fuerte, que se llamaba Gabrio Cerbellon, caballero milanes, grande ingeniero y valentisimo soldado[2]. Murieron en estas dos Fuerzas muchas personas de cuenta, de las quales fue una Pagan de Oria, caballero del habito de S. Juan, de condicion generoso, como lo mostro su suma liberalidad, que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria; y lo que mas hizo lastimosa su muerte fue haber muerto á manos de unos alarabes [de quien se fió, viendo ya perdido el Fuerte] que se ofrecieron de llevarle en habito de moro á Tabarca [que es un portezuelo ó casa, que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se exercitan en la pesqueria

1 Donde le llevaban cautivo. *El mismo elogio hace de este General Torres de Aguilera, que fue tambien uno de los soldados, que cautivaron los turcos en la Goleta [fol. 120. y sig.] y le defiende de los que le notaron de impericia militar; y con la maledicencia de estos se conformó el autor de un pasquin, que se esparcio entonces sobre la perdida de la Goleta, compuesto de palabras de la Sagrada Escritura, abusando de ellas, y en que entra D. Pedro, en cuya boca se pone aquel lugar de ella*: Ego sicut equus &c. [*Biblioteca Real*: *est. CC. cod. 42. f. 215.*]

2 Valentisimo soldado. *Fue General de la artilleria de la armada y exercito de Felipe II. caballero del habito de S. Juan, prior de Ungria. No solo fue cautivado, sino tratado ignominiosamente por Sinan Baxá, que le dio un bofeton, noobstante sus venerables canas, y le llevó á pie desde Tunez hasta la marina de la Goleta delante de su caballo. Consiguio sinembargo la libertad por el trueque ó cange con él y otros principales españoles y italianos, presos en la Goleta y en el Fuerte de Tunez, y otros principales turcos, que se hallaban en Roma, cautivados en la de Lepanto.* [*Haedo*: *Historia de Argel*: *f. 77.*]

del coral] los quales alarabes le cortaron la cabeza y se la truxeron al General de la armada turquesca, el qual cumplio con ellos nuestro refran castellano: que aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece; y asi se dice que mandó el General ahorcar á los que le truxeron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los cristianos que en el Fuerte se perdieron, fue uno llamado D. Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucia, el qual habia sido alferez en el Fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesia: digolo, porque su suerte le truxo á mi galera, y á mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron; y antes que nos partiesemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al Fuerte: y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el Cautivo nombró á D. Pedro de Aguilar, D. Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron; y quando llegó á decir de los sonetos, dixo el uno: antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese D. Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondio el Cautivo, que al cabo de dos años que estubo en Constantinopla, se huyó en trage de Arnaute[1]

1 Arnaute. *El natural de Albania.* En este tiempo [*dice Haedo*: *Historia de Argel*: *f. 84. b.*] se hallaba en Argel el renegado Morato Raez, arnauta de nacion, que nosotros llamamos *Albanes.*

con un griego Espay[1]; y no sé si vino en libertad, puesto que creo que si, porque de alli á un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fue, respondio el caballero, porque ese D. Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dixo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Digalos pues vuesa merced, dixo el Cautivo, que los sabra decir mejor que yo. Que me place, respondio el caballero, y el de la Goleta decia asi.

1 Con un griego Espay. *Pudo ser* espia *este griego, como se leia en todas las ediciones; pero parece mas cierto que fuese* espay. *Eran los* espays *un genero de soldados al modo de nuestros milicianos, que estando en su casa gozaban de paga muerta, ocupabanse en defender la ciudad, y solo salian á campaña en ciertas ocasiones.* [*Haedo: Topografia de Argel: f. 11.*] *Hablando D. Lorenzo Vander Hammen de Muley Moluc, Rey destronado de Marruecos, dice:* se hizo.... con solos seis mil turcos tiradores, mil azuagos del Cuco, ochocientos *espays* á caballo, doce piezas de artilleria. [*Don Phelipe el Prudente: f. 81.*] *Acaso anteponiendo la* i *á la* a, *de un* espay *se formó por yerro de imprenta una* espia.

CAPITULO XL.

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DEL CAUTIVO.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exêntas, por el bien que obrastes
Desde la baxa tierra os levantastes
A lo mas alto y lo mejor del cielo:
Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza exercitastes:
Que en propia y sangre agena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo:
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos, llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal, triste caida
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.

Desa misma manera le sé yo, dixo el Cautivo. Pues el del Fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el caballero, dice asi:

SONETO.

De entre esta tierra esteril, derribada
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada,
Siendo primero envano exercitada

La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que alfin de pocos y cansados
Dieron la vida al filo de la espada:
  Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes;
  Mas no mas justas de su duro seno
Habran al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostubo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento, dixo: rendidos pues la Goleta y el Fuerte, los turcos dieron orden en desmantelar la Goleta [porque el Fuerte quedó tal, que no hubo qué poner por tierra] y para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello, que habia quedado en pie de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion la armada volvio á Constantinopla triunfante y vencedora, y de alli á pocos meses murio mi amo el Uchali, al qual llamaban: *Uchali Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca: *el Renegado Tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya; y esto es, porque no hay entre ellos sino quatro apellidos de linages, que decienden de la Casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas

del cuerpo, y ya de las virtudes del animo: y este Tiñoso bogo al remo siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y quatro de su edad renego de despecho de que un turco, estando al remo, le dio un bofeton, y por poderse vengar dexo su Fe; y fue tanto su valor que, sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser Rey de Argel, y despues á ser General de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorio: era calabres de nacion, y moralmente fue hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartieron, como él lo dexo en su testamento, entre el Gran Señor [que tambien es hijo heredero de quantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que dexa el difunto] y entre sus renegados: y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchali[1], y le quiso tanto, que

1 El Uchali. *Uchali, ú Ochali es corrupcion de Aluch Ali, que quiere decir el nuevo moro, ó el renegado Ali. Fue natural de Licasteli en Calabria: hecho turco se halló el año de 1560. en la derrota de los Gelves, donde fueron cautivados mas de diez mil españoles, entre ellos D. Alvaro de Sande, D. Gaston de la Cerda, hijo del duque de Medinaceli, D. Sancho de Leiva: siendo Rey de Argel el de 1568. dio auxîlio y ayuda á los moriscos en la guerra de Granada: nombrado de resultas de la batalla de Lepanto el de 1571. General de la armada del Turco se halló el año siguiente en Navarino, quando estubo para caer en manos de D. Juan de Austria: murio de veneno despues del año de 1580: tenia toda la cabeza pelada de la tiña: era alto de cuerpo, robusto, moreno y ronco de voz, que sino es de cerca, no se le podia*



fue uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamabase Azan Aga, y llegó á ser muy rico, y á ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tubo sazon, ni ventura: y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad; y quando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese debil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ó casa, que los turcos llaman Baño[1], donde encierran

entender bien: acostumbraba á vestirse de negro el dia que se hallaba de mal humor, y no queria que le hablasen de negocios. [*Haedo: Historia de Argel: f. 89. b.*]

1 Que los turcos llaman Baño. Los Baños de los cautivos cristianos son unos como corrales grandes, con algunos aposentillos y chozas alderredor, y en estos Baños encierran de noche los moros á los cautivos, que andan sueltos; que los presos estan en las mazmorras, atormentados en diferentes generos de prisiones. *Asi se dice en un manuscrito del siglo pasado.* [*Biblioteca Real: est. H. cod. 89. p. 375. b.*] *En otra Relacion impresa el año de 1639. y escrita por un cautivo rescatado, que da noticia de como se vivia en Argel, se refiere* [*como se dixo en la Vida de Cervantes: pag. LXV.*] *que en estos Baños habia quatro iglesias, donde decian misa todos los dias doce sacerdotes: se celebraban los oficios divinos con decencia: se predicaba:*

los cautivos cristianos, asi los que son del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del almacen, que es como decir, cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras publicas que hace, y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos Baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo,

se hacian procesiones: habia siete cofradias con sus mayordomos: y la cera, ornamentos y demas gastos se costeaban de las limosnas que se recogian entre los cautivos. Entreteníanse estos tambien con varios juegos, y representaban comedias, especialmente en la noche de Navidad, como dice el mismo Cervantes en la de Los Baños de Argel [*p. 78.*] *donde finge que se recitó un Coloquio Pastoril de Lope de Rueda, del qual traslada un fragmento en verso, muy apreciable y raro, porque las comedias que se conservan de Rueda son en prosa. Lope de Vega habla asimismo* [Los Cautivos de Argel: *P. XXV. pag. 277.*] *de las comedias que se hacian en los Baños, y de los romances que se cantaban en ellos. ¿Quien sabe si Cervantes compuso en su cautiverio una alomenos de las dos que andan impresas sobre el trato que se daba en Argel á los esclavos, y algunos de los romances* infinitos, *de que hace mencion en el cap. IV. del* Viage del Parnaso? *En la comedia de la* Gran Sultana D.ª Catalina de Oviedo, *natural de Malaga, que siendo niña fue cautivada por Morato Arraez por los años de 1600. y presentada al Gran Turco, supone que en el Serrallo se cantó un romance, y se hizo un bayle cantado de los que tanto se usaban en los teatros, con el nombre de jacaras bayladas, inventados por Alonso Martinez.* [Comedias: *fol. 130.*] *Y Lope de Vega añade en* La Circe [*fol. 116. b.*] *que en el mismo Serrallo se representó por los cautivos y por algunos moriscos de los expulsos de España la comedia intitulada*: La Fuerza Lastimosa.

principalmente quando son de rescate, porque alli los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate: tambien los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entonces por hacerles que escriban por él con mas ahinco les hacen trabajar, y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues era uno de los de rescate, que como se supo que era capitan, puesto que dixe mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el numero de los caballeros y gente de rescate: pusieronme una cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella; y asi pasaba la vida en aquel Baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos aveces y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oir y ver á cada paso las jamas vistas, ni oidas crueldades, que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba al suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el genero humano[1]. Solo libró bien

1 El genero humano. *Este amo del Cautivo era veneciano, y se llamaba Andreta: fue cautivado siendo tagarote ó pendolista del escribano de una nave Ragusea, y hecho turco se llamó Asan Agá, ó Asan Baxá. Siendo su amo el Uchali, Rey de Argel, fue su elamir ó tesorero; y habiendo sido él mismo dos veces Rey de Argel, y una de Tripol, fue nombrado en Constantinopla por Ge-*

con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el qual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dixo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que habia de ser empalado, y asi lo temio él mas de una vez: y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia[1]. Digo pues que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las quales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros, que ventanas, y aun estas se cubrian con celosias muy espesas y apretadas. Acaecio pues que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de sal-

neral de la mar. Murio envenenado por Cigala, envidioso de su cargo, en que sucedio con efecto. [Haedo: Historia de Argel: fol. 89. b.]

1 Con el cuento de mi historia. *El Saavedra, aqui mencionado, es el mismo Miguel de Cervantes, que solo en este lugar habla de sí espresamente, pues el heroe de esta novela del Cautivo es el capitan Biedma, como se declara mas adelante, bien que los dos padecieron juntos el cautiverio baxo la tirania de Asan Agá. Y en confirmacion de las trazas y atentados que intentó Cervantes en Argel para conseguir su libertad dice el P. Haedo:* De las cosas que en aquella cueva sucedieron en el discurso de los siete meses, que estos cristianos estubieron en ella, y del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia. [*Topografia de Argel: fol. 184.*] *y á esta puede ser que aludiese aqui nuestro autor.*

tar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos [porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar] alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviendose, casi como si hiciera señas que llegasemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fue á ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero asi como llegó, alzaron la caña, y la movieron á los dos lados, como si dixeran *no* con la cabeza: volviose el cristiano, y tornaronla á baxar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y sucediole lo mismo que al primero. Finalmente fue el tercero, y avinole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de probar la suerte, y asi como llegué á ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y dio á mis pies dentro del Baño: acudi luego á desatar el lienzo, en el qual vi un nudo, y dentro dél venian diez cianiis, que son unas monedas de oro baxo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros: si me holgué con el hallazgo, no hay para que decirlo, pues fue tanto el contento, como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced: tomé mi buen dinero, quebre la caña, volvime al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso en-

tendimos, ó imaginamos que alguna muger, que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradeciamos hicimos zalemas á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De alli á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso, y asi todo nuestro entretenimiento desde alli adelante era mirar y tener por norte á la ventana, donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna: y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dixese otra cosa, sino que alli vivia un moro principal y rico, llamado Agi Morato, alcayde que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas quando mas descuidados estabamos de que por alli habian de llover mas cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido: y esto fue

á tiempo que estaba el Baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo de los mismos tres que estabamos; pero á ninguno se rindio la caña sino á mí, porque en llegando yo, la dexaron caer. Desaté el nudo, y hallé quarenta escudos de oro españoles, y un papel escrito en arabigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvime al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendia el arabigo, era grande el deseo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. Enfin yo me determiné de fiarme de un Renegado, natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase; porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas á caso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas, y dicen que por aquellos papeles se vera el proposito con que venian, el qual era

de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demas turcos: con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Iglesia sinque se les haga daño, y quando ven la suya, se vuelven á Berberia á ser lo que antes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho, era este amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditabamos quanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arabigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero antes que del todo me declarase con él, le dixe que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abriole, y estubo un buen espacio mirandole y construyendole, murmurando entre los dientes. Preguntele si lo entendia. Dixome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dimosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fue traduciendo, y en acabando dixo: todo lo que va aqui en romance, sin faltar letra es lo que contiene este papel morisco; y hase de advertir que adonde dice: *Lél-la Marien*, quiere decir: *nuestra Señora la Virgen Maria*. Leimos el papel, y decia asi:

,, Quando yo era niña, tenia mi padre una es-
,, clava[1], la qual en mi lengua me mostro la zalá

1 Una esclava. *Llamabase Juana de Renteria. Dicelo el mismo Cervantes en la comedia de* Los Baños de Argel,

,, cristianesca, y me dixo muchas cosas de Lél-la ,, Marien : la cristiana murio, y yo sé que no fue ,, al fuego, sino con Alá, porque despues la vi ,, dos veces, y me dixo que me fuese á tierra de ,, cristianos á ver á Lél-la Marien, que me que- ,, ria mucho : no sé yo como vaya : muchos cris- ,, tianos he visto por esta ventana, y ninguno me ,, ha parecido caballero sino tú : yo soy muy her- ,, mosa y muchacha, y tengo muchos dineros que ,, llevar conmigo : mira tú si puedes hacer cómo ,, nos vamos, y seras alla mi marido, si quisieres; ,, y si no quisieres, no se me dara nada, que Lél- ,, la Marien me dara con quien me case. Yo es- ,, cribi esto, mira á quien lo das á leer, no te fies ,, de ningun moro, porque son todos marfuces[1]:

en que se repite este mismo caso de la mora Zorayda. Pregunta el cautivo D. Lope al renegado Hacen:

¿Está acaso alguna esclava,
Ya renegada, ó cristiana,
En esta casa? *Hazen.* Una estaba
Años ha, llamada Juana:
Sí, sí, Juana se llama,
Y el sobrenombre tenia
Creo que de Renteria.
D. Lope. Qué se hizo? *Hazen.* Ya murio,
Y á aquesta mora crió,
Que denantes os decia.
Ella fue una gran matrona,
Archivo de cristiandad,
De las cautivas corona:
No quedó en esta ciudad
Otra tan buena persona &c.

[*Jornada primera.*]

1 Marfuces. *Astutos, arteros, engañadores. El arcipreste de Hita llamó á Fernand Garcia* ; traidor, fal-

„ desto tengo mucha pena, que quisiera que no „ te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo „ sabe, me echará luego en un pozo y me cubri„ra de piedras. En la caña pondre un hilo, ata „ alli la respuesta; y si no tienes quien te escriba „ arabigo, dimelo por señas, que Lél-la[1] Marien „ hara que te entienda. Ella y Alá te guarde, y „ esa cruz que yo beso muchas veces, que asi me „ lo mandó la cautiva.

Mirad, señores, si es razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y asi lo uno y lo otro fue de manera, que el Renegado entendio que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito: y asi nos rogo que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiasemos dél, y se lo dixesemos, que él aventuraria su vida por nuestra

so, marfus; *y á la raposa por sus astucias*: Doña Marfusa. [*Sanchez*: *Poesias antiguas castellanas*: *tom. IV. copl. 109. y 322.*]

1 Lél-la. *Fr. Pedro de Alcala* [*Arte para saber la lengua arabiga*: *en los nombres que empiezan por* do] *dice que* Lél-la *es un pronombre, que en castellano equivale á* Doña. *Doña viene de* domina: *de* domina *se dice* domna, *y de aqui* doña: *conque* Lél-la Marien, *quiere decir*: Maria señora, *ó la* señora Maria. *Antes que la esclava diese noticia á Zorayda de Maria Santisima, es de presumir la tubiera ya ella; porque en el capitulo, division, ó sura 19. del Alcoran se trata en todo él de Maria y de Jesus. Confiesasele á la Madre su virginidad, y al Hijo su concepcion sobrenatural: tributanseles otras muchas alabanzas, aunque mezcladas con los absurdos y delirios, en que abunda aquel inmundo codigo.* [*Vease el Alcoran traducido al latin, y impugnado ó refutado por el P. Luis Marracci, clerigo erudito de las Escuelas Pias: tom. I. pag. 428.*]

libertad : y diciendo esto , sacó del pecho un crucifixo de metal, y con muchas lagrimas juró por el Dios que aquella imagen representaba , en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo quanto quisiesemos descubrirle , porque le parecia , y casi adevinaba , que por medio de aquella que aquel papel habia escrito , habia él y todos nosotros de tener libertad , y verse él en lo que tanto deseaba , que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su Madre , de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lagrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el Renegado, que todos de un mismo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso ; y asi le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada : mostramosle la ventanilla por donde parecia la caña , y él marcó desde alli la casa , y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos ansimismo que seria bien responder al billete de la Mora , y como teniamos quien lo supiese hacer , luego al momento el Renegado escribio las razones que yo le fui notando, que puntualmente fueron las que dire : porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria , ni aun se me irá entanto que tubiere vida. En efeto lo que á la Mora se le respondio fue esto:

„ El verdadero Alá te guarde , señora mia , y
„ aquella bendita Marien , que es la verdadera
„ Madre de Dios, y es la que te ha puesto en co-
„ razon que te vayas á tierra de cristianos , por-

,, que te quiere bien : ruegale tú que se sirva de
,, darte á entender cómo podras poner por obra lo
,, que te manda, que ella es tan buena, que sí ha-
,, ra. De mi parte, y de la de todos estos cristia-
,, nos que estan conmigo, te ofrezco de hacer por
,, ti todo lo que pudieremos hasta morir. No de-
,, xes de escribirme y avisarme lo que pensares
,, hacer, que yo te respondere siempre : que el
,, grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que
,, sabe hablar y escribir tu lengua tan bien, como
,, lo verás por este papel : asique, sin tener mie-
,, do, nos puedes avisar de todo lo que quisieres.
,, A lo que dices, que si fueres á tierra de cristia-
,, nos, que has de ser mi muger, yo te lo prome-
,, to como buen cristiano, y sabe que los cristia-
,, nos cumplen lo que prometen mejor que los mo-
,, ros. Alá y Marien su Madre sean en tu guarda,
,, señora mia.

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que estubiese el Baño solo como solia, y luego sali al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Asi como la vi, aunque no podia ver quién la ponia, mostre el papel, como dando á entender que pusiesèn el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al qual até el papel, y de alli á poco tornó á aparecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dexaronla caer, y alzela yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los quales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvio nuestro Renegado, y nos di-

xo que habia sabido que en aquella casa vivia el mesmo moro que á nosotros nos habia dicho, que se llamaba Agi Morato, riquisimo por todo estremo, el qual tenia una sola hija, heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa muger de la Berberia, y que muchos de los vireyes que alli venian, la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tubo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo qual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado en qué orden se tendria para sacar á la Mora y venirnos todos á tierra de cristianos: y enfin se acordo por entonces que esperasemos al aviso segundo de Zorayda [que asi se llamaba la que ahora quiere llamarse Maria] porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dixo el Renegado que no tubiesemos pena, que él perderia la vida, ó nos pondria en libertad. Quatro dias estubo el Baño con gente, que fue ocasion que quatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del Baño parecio con el lienzo tan preñado, que un felicisimo parto prometia. Inclinose á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba alli el Renegado, dimosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que asi decia:

„Yo no sé, mi señor, cómo dar orden que „nos vamos á España, ni Lél-la Marien me lo

„ ha dicho , aunque yo se lo he preguntado : lo „ que se podra hacer es , que yo os daré por es- „ ta ventana muchisimos dineros de oro : rescataos „ vos con ellos y vuestros amigos , y vaya uno en „ tierra de cristianos , y compre alla una barca , y „ vuelva por los demas , y á mí me hallará en el „ jardin de mi padre, que está á la puerta de Ba- „ bazon junto á la marina , donde tengo de estar „ todo este verano con mi padre y con mis cria- „ dos : de alli de noche me podreis sacar sin mie- „ do, y llevarme á la barca : y mira que has de „ ser mi marido , porque si no , yo pedire á Ma- „ rien que te castigue. Si no te fias de nadie que „ vaya por la barca, rescatate tú , y ve, que yo sé „ que volveras mejor que otro, pues eres caballe- „ ro y cristiano. Procura saber el jardin, y quan- „ do te pasees por ahi, sabre que está solo el Ba- „ ño, y te dare mucho dinero. Alá te guarde, se- „ ñor mio.

Esto decia y contenia el segundo papel , lo qual visto por todos , cada uno se ofrecio á querer ser el rescatado , y prometio de ir y volver con toda puntualidad , y tambien yo me ofreci á lo mismo. A todo lo qual se opuso el Renegado, diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos , porque la esperiencia le habia mostrado quan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia, ó Mallorca , con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado , y nunca



habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo: y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso, que casi en aquella misma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas estraño que jamas sucedio en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efeto él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar alli en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, facilmente se daria traza para sacarlos del Baño y embarcarlos á todos: quanto mas, que si la Mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilisima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor era, que los moros no consienten que renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañia de la barca y en la ganancia de las mercancias, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas: y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la Mora de-

cia, no osamos contradecirle, temerosos que si no haciamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zorayda, por cuya vida dieramos todos las nuestras: y asi determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del Renegado. Y en aquel mismo punto se le respondio á Zorayda, diciendole que hariamos todo quanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lél-la Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponello luego por obra. Ofrecimele denuevo de ser su esposo; y con esto, otro dia que acaecio á estar solo el Baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dio dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer juma [que es el viernes] se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuese nos daria mas dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisasemos, que nos daria quanto le pidiesemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos; quanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano, que á la sazon se hallaba en Argel, el qual me rescató del Rey, tomandome sobre su palabra, dandola de que con el primer baxel que viniese de Valencia, pagaria mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey, que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerias lo habia callado: finalmente mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atre-

vi á que luego se desembolsase el dinero. El jueves antes del viernes, que la hermosa Zorayda se habia de ir al jardin, nos dio otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogandome que si me rescatase, supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir alla y verla. Respondile en breves palabras que asi lo haria, y que tubiese cuidado de encomendarnos á Lél-la Marien con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del Baño, y porque viendome á mí rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura; y asi los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.

CAPITULO XLI.

DONDE TODAVIA PROSIGUE EL CAUTIVO SU SUCESO.

No se pasaron quince dias, quando ya nuestro Renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho, y dalle color, quiso hacer, como hizo,

un viage á un lugar que se llama Sargel [1], que está treinta leguas de Argel acia la parte de Oran, en el qual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos, ó tres veces hizo este viage en compañia del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Berberia á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudexares* [2] : y en el reyno de Fez llaman á los mudexares *elches*, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo pues que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaba, y alli muy de proposito se ponia el Renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de veras; y asi se iba al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle : y aunque él quisiera hablar á Zo-

1 Sargel. En otro tiempo fue ciudad muy principal [*dice el P. Haedo*] y estando los años pasados despoblada casi del todo, los moriscos que de Granada, Valencia y Aragon se han pasado á Berberia, viendo su fertilidad y hermosura de campo, lo han poblado de manera, que habia como mil casas de ellos. [*Historia de Argel*: *fol. 155.*]

2 Mudexares. Llamabanse tambien mudexares ó mudaxares aun en España los del reyno de Murcia, y especialmente los del valle de Ricote, que por estar muy emparentados y unidos con los cristianos viejos fueron exceptuados en los primeros bandos de la Expulsion; pero fueron comprehendidos finalmente en el de 19. de octubre de 1613. Salieron de las villas de que consta este valle, y de otras trece mas, 2@500 moriscos, exceptuados los viejos, enfermos, niños, y niñas de ocho años, y algunos que se metieron legos, y siendo casados, sus mugeres religiosas, tambien legas. [*Prodicion y Destierro de los Moriscos*: *por Fr. Marcos de Guadalaxara*: *fol. 56. y siguientes.*]

rayda, como él despues me dixo, y decille que él era el que por orden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estubiese contenta y segura, nunca le fue posible; porque las moras no se dexan ver de ningun moro ni turco, sino es que su marido, ó su padre se lo manden: de cristianos cautivos se dexan tratar y comunicar aun mas de aquello que seria razonable: y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quiza la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios que lo ordenaba de otra manera, no dio lugar al buen deseo que nuestro Renegado tenia: el qual, viendo quan seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo quando, y como, y adonde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dixo que mirase yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tubiese hablados para el primer viernes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte baxeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á los quales no les dixe otra cosa, sino que el primer viernes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jar-

din de Agi Morato, y que alli me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno di este aviso de por sí, con orden que aunque alli viesen otros cristianos, no les dixesen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia; y era la de avisar á Zorayda en el punto que estaban los negocios, para que estubiese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltasemos antes del tiempo, que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver: y asi determiné de ir al jardin, y ver si podria hablarla, y con ocasion de coger algunas yerbas un dia antes de mi partida fui alla, y la primera persona con quien encontre, fue con su padre, el qual me dixo en lengua, que en toda la Berberia y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos: digo pues que en esta manera de lenguage me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondile que era esclavo de Arnaute Mami[1], y esto porque sabia yo por muy cierto que era un grandisimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada: preguntome por el consiguiente, si era hombre de rescate, ó no, y que quánto pedia mi

1 Arnaute Mami. *Este cosario fue el que cautivó á Cervantes, y era* [*dice el P. Haedo*] tan cruel bestia, que tenia su casa y baxeles llenos de orejas y narices cortadas á pobres cautivos cristianos por ligerisimas causas. [*Topografia ó Historia de Argel: fol. 122.*]

amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salio de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dio nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes, luego quando su padre vio que venia y despacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostro á mis ojos: solo dire que mas perlas pendian de su hermosisimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza: en las gargantas de los sus pies [que descubiertas á su usanza traia] traia dos carcaxes [que asi se llamaban las manillas, ó axorcas de los pies en morisco] de purisimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas; porque la mayor gala y bizarria de las moras es adornarse de ricas perlas y aljofar: y asi hay mas perlas y aljofar entre moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimismo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo qual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, ó no, por las reliquias, que le han quedado en tantos trabajos, se podra conjeturar qual debia de ser en las prosperidades;

porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones, y requiere acidentes para diminuirse, ó acreçentarse: y es natural cosa que las pasiones del animo la levanten, ó baxen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo enfin que entonces llegó en todo estremo aderezada, y en todo estremo hermosa, ó alomenos á mí me parecio serlo la mas que hasta entonces habia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Asi como ella llegó, le dixo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mami, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba? Yo le respondi que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltanis. A lo qual ella respondio: en verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentis en quanto decis, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondi, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y là trato y la trataré con quantas personas hay en el mundo. Y quando te vas? dixo Zorayda. Mañana creo yo, dixe, porque está aqui un baxel de Francia que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zorayda, esperar á que vengan baxeles de Espa-

ña, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondi yo, aunque si, como hay nuevas que viene ya un baxel de España, es verdad, todavia yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dexará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por eso deseas ir á verte con tu muger. No soy, respondi yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando alla. Y es hermosa la dama á quien se la diste? dixo Zorayda. Tan hermosa es, respondi yo, que para encarecella y decirte la verdad, te parece á ti mucho. Desto se riyo muy deveras su padre, y dixo: Gualá [1], cristiano, que debe ser muy hermosa, si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reyno: sino, mirala bien, y verás como te digo verdad. Serviamos de interprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zorayda como mas ladino [2], que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que, como he dicho, alli se usa, mas declaraba su intencion por señas que por palabras.

Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dixo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardin habian sal-

1 Gualá. *Palabra morisca, que consta de la particula* gue, *en castellano* y, *y del nombre* Alá, *Dios, que junta con ella es una formula de juramento, que entre los moros equivale al de* Por Dios *entre los cristianos.*

2 *Esto es, que hablaba castellano.* [*P.I.t.I.c.IX.p.94.*]

tado quatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltose el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros, que á ellos estan sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues que dixo su padre á Zorayda: hija, retirate á la casa, y encierrate entanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llevete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fue á buscar los turcos, dexandome solo con Zorayda, que comenzo á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado; pero apenas él se encubrio con los arboles del jardin, quando ella volviendose á mí, llenos los ojos de lagrimas, me dixo: *tamexí*, cristiano, *tamexí*? que quiere decir: *vaste*, cristiano, *vaste*? Yo la respondi: señora sí; pero no en ninguna manera sin ti: el primer juma[1] me aguarda, y no te sobresaltes quando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendio muy bien á todas las razones que entrambos pasamos, y echandome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzo á caminar acia la casa; y quiso la suerte [que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera] que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre que ya volvia

1 Juma. *El dia viernes, como ya dixo el autor.*

de hacer ir á los turcos, nos vio de la suerte y manera que ibamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zorayda, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo di á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estabamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, dixo su padre: sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado; y quitandola del mio, la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro, y aun no enxutos los ojos de lagrimas, volvio á decir: *amexí*, cristiano, *amexí* [1]: *vete*, cristiano, *vete*. A lo que su padre respondio: no importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna,

1 Amexí. *Dos veces se decia tambien arriba* amexí *en todas las ediciones; y en ambos lugares da á entender nuestro autor que esta voz es una misma, pues dice que Zorayda la* volvio á decir; *pero es distinta: y asi la primera vez debe escribirse* tamexí, *que es segunda persona del presente de indicativo, que significa:* tú te vas, *ó* vaste? *y la segunda, ó en este lugar, debe escribirse* amexí, *que significa* vete, *por ser segunda persona de imperativo.* [*Asi lo dice Fr Pedro de Alcala en su Vocabulista, ó Arte para saber la lengua arabiga: art. 1.*] *Aunque deba suponerse que Cervantes supiese algo de arabe, no hay que estrañar que no alcanzase estas distinciones: ó acaso en su original estaba escrito* tamexí; *pero como el palo de las tees que hacia, no sobresalia por encima del que atraviesa, estaria la* t *como incorporada con la caxa de la* a,

pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho, dixe yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quedate en paz, y con tu licencia volvere si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres, podras volver, respondio Agi Morato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dixo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedi al punto de entrambos, y ella arrancandosele el alma al parecer, se fue con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me revine, y di cuenta de quanto habia pasado al Renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. Enfin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado, y siguiendo todos el orden y parecer, que con discreta consideracion y

y el impresor Juan de la Cuesta confundio las dos letras: mayormente no siendo este de los mas perspicaces lectores, pues en la portada de la primera impresion de la Parte I. de esta Historia, en lugar de conde de Benalcazar *leyo é imprimio* conde de Barcelona.

largo discurso muchas veces habiamos dado, tubimos el buen suceso que deseabamos; porque el viernes, que se siguio al dia que yo con Zorayda hablé en el jardin, mi Renegado[1] al anochecer dio fondo con la barca casi frontero de donde la hermosisima Zorayda estaba. Ya los cristianos, que habian de bogar al remo, estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores: todos estaban suspensos y alborozados aguardandome, deseosos ya de embestir con el baxel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del Renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedio pues que asi como yo me mostre y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron, se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estubimos juntos, dudamos si seria mejor ir primero por Zorayda, ó rendir primero á los moros bagarinos[2], que bogaban el remo en la barca: y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro Renegado, diciendonos que en qué nos deteniamos, que ya era ho-

1 Mi Renegado. *En las dos ediciones primeras se decia* morrenago: *se ha corregido tambien en esta por yerro de imprenta conocido. Dicese aqui* mi Renegado, *como se dixo arriba* nuestro Renegado.

2 Bagarinos: *ó bogarinos. Son los moros que ganan la vida, alquilandose para bogar.* [*Haedo: Historia de Argel: fol. 16.*] *En algunas impresiones se ha corregido* Tagarinos *en lugar de* Bagarinos *que se lee en las originales, siendo diferentes unos de otros.*

ra, que todos sus moros estaban descuidados, y los mas dellos durmiendo. Diximosle en lo que reparabamos, y él dixo que lo que mas importaba era rendir primero el baxel, que se podia hacer con grandisima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podiamos ir por Zorayda. Pareciónos bien á todos lo que decia, y asi sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegamos al baxel, y saltando él dentro primero, metio mano á un alfanje, y dixo en morisco: ninguno de vosotros se mueva de aqui, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera á su Arraez, quedaronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dexaron sin hablar alguna palabra maniatar de los cristianos, los quales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedandose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedabamos, haciendonos asimismo el Renegado la guia, fuimos al jardin de Agi Morato, y quiso la buena suerte que llegando á abrir la puerta, se abrio con tanta facilidad, como si cerrada no estubiera, y asi con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellisima Zorayda aguardandonos á una ventana, y asi como sintio gente, preguntó con voz baxa, si eramos *Nizarani*, como si dixera, ó preguntara si eramos cristianos. Yo le respondi que sí, y que baxase. Quan-

do ella me conocio no se detubo un punto, porque sin responderme palabra baxó en un instante, abrio la puerta, y mostrose á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi, le tomé una mano, y la comence á besar, y el Renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros haciamos, que no parecia sino que le dabamos las gracias, y la reconociamos por señora de nuestra libertad. El Renegado le dixo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin? Ella respondio que sí, y que dormia. Pues sera menester despertalle, replicó el Renegado, y llevarnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dixo ella: á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habra para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo vereis: y diciendo esto se volvio á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estubieramos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntele al Renegado lo que con ella habia pasado, el qual me lo conto. A quien yo dixe que en ninguna cosa se debia de hacer mas de lo que Zorayda quisiese. La qual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el interin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin, y asomandose á la ventana, luego conocio que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzo á

decir en arabigo : cristianos , cristianos , ladrones, ladrones , por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandisima y temerosa confusion ; pero el Renegado viendo el peligro en que estabamos , y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido , con grandisima presteza subio donde Agi Morato estaba , y juntamente con él fueron algunos de nosotros ; que yo no osé desamparar á la Zorayda , que como desmayada se habia dexado caer en mis brazos. En resolucion los que subieron se dieron tan buena maña , que en un momento baxaron con Agi Morato , trayendole atadas las manos, y puesto un pañizuelo en la boca que no le dexaba hablar palabra , amenazandole que el hablarla le habia de costar la vida. Quando su hija le vio , se cubrio los ojos por no verle , y su padre quedó espantado , ignorando quan de su voluntad se habia puesto en nuestras manos ; mas entonces siendo mas necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca , que ya los que en ella habian quedado nos esperaban , temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche , quando ya estabamos todos en la barca , en la qual se le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos y el paño de la boca ; pero tornole á decir el Renegado que no hablase palabra , que le quitarian la vida. El como vio alli á su hija , comenzo á suspirar ternisimamente , y mas quando vio que yo estrechamente la tenia abrazada , y que ella sin defenderse , ni quejarse, ni esquivarse se estaba queda ; pero con todo esto callaba , porque no pusiesen en efeto las muchas

amenazas que el Renegado le hacia. Viendose pues Zorayda ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo alli á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dixo al Renegado que me dixese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaria en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El Renegado me lo dixo, y yo respondi que era muy contento; pero él respondio que no convenia, á causa que si alli los dexaban, apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscallos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar de manera, que no pudiesemos escaparnos; que lo que se podria hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos, y Zorayda [á quien se le dio cuenta con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria] tambien se satisfizo; y luego con regocijado silencio y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendandonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forzoso dexarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sesenta millas de Argel, y asimismo temiamos en-

contrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Tetuan, aunque cada uno por sí y por todos juntos presumiamos de que si se encontraba galeota de mercancia, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderiamos[1], mas que tomariamos baxel, donde con mas seguridad pudiesemos acabar nuestro viage. Iba Zorayda entanto que se navegaba puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lél-la Marien que nos ayudase. Bien habriamos navegado treinta millas, quando nos amanecio como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la qual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, diose orden que se bogase á quarteles entanto que comiamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dixeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose ansi, y en esto comenzo á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela, y á dexar el remo, y enderezar á Oran por no ser posible poder hacer otro viage: todo se hizo con mucha presteza, y asi á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuese. Dimos de

1 Nos perderiamos. *Esto es, seriamos cautivados.*

comer á los moros bagarinos, y el Renegado les consolo, diciendoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondio: qualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen termino, ó cristianos! mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine; que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitarmela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interese que se os puede seguir de darmela, el qual interese, si le quereis poner nombre, desde aqui os ofrezco todo aquello que quisieredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó sino por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzo á llorar tan amargamente, que á todos nos movio á compasion, y forzo á Zorayda que le mirase, la qual viendole llorar, asi se enternecio, que se levantó de mis pies y fue á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que alli ibamos le acompañamos en él. Pero quando su padre la vio adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dixo en su lengua: ¿que es esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sinque hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solenizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte, quando nos fue la ventura mas favorable? respondeme á

esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el Moro decia á su hija, nos lo declaraba el Renegado, y ella no le respondia palabra. Pero quando él vio á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia él bien que le habia dexado en Argel, y no traidole al jardin, quedó mas confuso, y preguntole que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro? A lo qual el Renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le respondio: no te canses, señor, en preguntar á Zorayda tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfare á todas; y asi quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas, y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aqui de su voluntad, tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. Es verdad lo que este dice, hija? dixo el Moro. Asi es, respondio Zorayda. Qué en efeto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondio Zorayda: la que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se estendio á dexarte, ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien. Y qué bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondio ella, preguntaselo tú á Lél-la Marien, que ella te lo sabra decir mejor que yo. Apenas hubo oido esto el Moro, quando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna

duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretubiera un poco sobre el agua. Dio voces Zorayda que le sacasen, y asi acudimos luego todos: y asiendole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibio tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvimosle boca abaxo, volvio mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas; en las quales, habiendose trocado el viento, nos convino volver acia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos á una cala, que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado *el de la Cava Rumia*, que en nuestra lengua quiere decir *la mala muger cristiana*, y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdio España, porque *cava* en su lengua quiere decir *muger mala*, y *rumia*, *cristiana*; y aun tienen por mal agüero llegar alli á dar fondo quando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexamos jámas los remos de la mano: comimos de lo que el Renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon que nos ayudase y favoreciese, para que felizmente diesemos fin á tan dichoso principio. Diose orden á suplicacion de Zorayda cómo echasemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que alli ata-

dos venian, porque no le bastaba el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo asi al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvio el viento tranquilo el mar, convidandonos á que tornasemos alegres á proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaba en todo su acuerdo, dixo: porqué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? pensais que es por piedad que de mí tiene? no por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dara mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y volviendose á Zorayda, teniendole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dixo: ó infame moza, y mal aconsejada muchacha! adonde vas, ciega y desatinada, en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba termino de no acabar tan presto, di priesa á ponelle en tierra, y desde alli á voces

prosiguio en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase: y quando por habernos hecho á la vela no podimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzo la voz de tal manera, que podimos entender que decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexará la vida, si tú le dexas. Todo lo qual escuchaba Zorayda, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino: plega á Alá, padre mio, que Lél-la Marien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza: Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta, que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dixo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veiamos: y asi consolando yo á Zorayda, atendimos todos á nuestro viage, el qual nos le facilitaba el propio viento de tal manera, que bien tubimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España.

Mas como pocas veces, ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado, ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quiza las maldiciones que el Moro

á su hija habia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean: quiso digo que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abaxo, frenillados los remos, porque el prospero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un baxel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon delante de nosotros atravesaba; y esto tan cerca, que nos fue forzoso amaynar por no embestirle, y ellos asimesmo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasasemos. Habianse puesto á bordo del baxel á preguntarnos quién eramos, y adónde navegabamos, y de dónde veniamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa, dixo nuestro Renegado: ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses, que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondio palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el baxel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artilleria, y á lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro arbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo, que la abrio toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del baxel que nos acogiesen, porque nos anegabamos. Amaynaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien ar-

mados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y asi llegaron junto al nuestro; y viendo quan pocos eramos y como el baxel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesia de no respondelles nos habia sucedido aquello. Nuestro Renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dio con él en la mar, sinque ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasamos con los franceses, los quales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo quanto teniamos, y á Zorayda le quitaron hasta los carcaxes que traia en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zorayda daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquisimas y preciosisimas joyas al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se estienden á mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia: la qual entonces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos llevaban vivos, serian castigados, siendo descubierto su hurto; mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zorayda, dixo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego á camino, y pasar el estrecho de Gibraltar de

noche, ó como pudiese, hasta la Rochela, de donde habia salido; y asi tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navio, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la qual vista y alegria todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de mediodia podria ser, quando nos echaron en la barca, dandonos dos barriles de agua y algun bizcocho, y el capitan movido no sé de que misericordia, al embarcarse la hermosisima Zorayda le dio hasta quarenta escudos de oro, y no consintio que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el baxel, dimosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrandonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del Estrecho, nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estabamos tan cerca, que bien pudieramos á nuestro parecer llegar antes que fuera muy de noche; pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estabamos, no nos parecio cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diesemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque asi aseguraríamos el temor, que de razon se debia tener, que por alli andubiesen baxeles de cosarios de Tetuan, los quales anochecen

en Berberia, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres el que se tomó fue que nos llegasemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcasemos donde pudiesemos. Hizose asi, y poco antes de la medianoche seria quando llegamos al pie de una disformisima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar comodamente: embestimos en la arena, salimos todos á tierra, y besamos el suelo, y con lagrimas de alegrisimo contento dimos todos gracias á Dios, Señor nuestro, por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tiramosla en tierra, y subimos un grandisimo trecho en la montaña, porque aun alli estabamos, y aun no podiamos asegurar el pecho, ni acababamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia: amanecio mas tarde á mi parecer de lo que quisieramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde alli algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores; pero, aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos: con todo esto determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos sino que presto descubriesemos quien nos diese noticia della; pero lo que á mí mas me fatigaba era el ver ir á pie á Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y asi nunca mas quiso que yo aquel

trabajo tomase : y con mucha paciencia y muestras de alegria, llevandola yo siempre de la mano, poco menos de un quarto de legua debiamos de haber andado, quando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por alli cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo : dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pie, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el Renegado y Zorayda, y como él los vio en habito de moros, penso que todos los de la Berberia estaban sobre él, y metiendose con estraña ligereza por el bosque adelante, comenzo á dar los mayores gritos del mundo, diciendo : moros, moros hay en la tierra : moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabiamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballeria de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el Renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un gileco, ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dio luego, aunque se quedó en camisa; y asi encomendandonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre quando habia de dar sobre nosotros la caballeria de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas, quando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros,

que, con gran ligereza corriendo á media rienda, á nosotros se venian: y asi como los vimos nos estubimos quedos aguardandolos; pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó, si eramos nosotros acaso la ocasion por que un pastor habia apellidado arma. Sí, dixe yo; y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veniamos, y quién eramos, uno de los cristianos que con nosotros venian, conocio al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dixo, sin dexarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, quando el ginete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo diciendole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabiamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañia comprehendo que habeis tenido milagrosa libertad. Asi es, respondio el mozo, y tiempo nos quedará para contaroslo todo. Luego que los ginetes entendieron que eramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para

llevarnos á la ciudad de Velez Malaga, que legua y media de alli estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciendoles donde la habiamos dexado, otros nos subieron á las ancas, y Zorayda fue en las del caballo del tio del cristiano. Salionos á recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida: no se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirabanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansi con el cansancio del camino, como con la alegria de verse ya en tierra de cristianos sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la aficion entonces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, alomenos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la iglesia á dar gracias á Dios por la merced recebida; y asi como en ella entró Zorayda, dixo que alli habia rostros que se parecian á los de Lél-la Marien. Diximosle que eran imagenes suyas, y como mejor se pudo, le dio el Renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lél-la Marien, que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural facil y claro, entendio luego quanto acerca de las imagenes se le dixo. Desde alli nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al Renegado, Zorayda y á mí nos llevó el cristiano, que vino con nosotros, en ca-

sa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como á su mismo hijo. Seis dias estubimos en Velez, al cabo de los quales el Renegado, hecha su informacion de quanto le convenia, se fue á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la Santa Inquisicion al gremio santisimo de la Iglesia: los demas cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le parecio: solos quedamos Zorayda y yo, con solo los escudos que la cortesia del frances le dio á Zorayda, de los quales compré este animal en que ella viene, y sirviendola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara: la paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo, y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habran hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia: la qual si es agradable y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir

que quisiera haberosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua[1].

CAPITULO XLII.

QUE TRATA DE LO QUE MAS SUCEDIO EN LA VENTA, Y DE OTRAS MUCHAS COSAS DIGNAS DE SABERSE.

Calló en diciendo esto el Cautivo, á quien D. Fernando dixo: por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este estraño suceso, ha sido tal, que iguala á la novedad y estrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de acidentes que marabillan y suspenden á quien los

1 Me ha quitado de la lengua. *Este caso se repite, como queda insinuado, en la comedia de* Los Baños de Argel: *y Lope de Vega le introduce tambien en sus* Cautivos de Argel. *Cervantes le cuenta como verdadero, y asi lo espresa tambien al fin de* Los Baños *por estas palabras*:

Dura en Argel este cuento
De amor y dulce memoria &c.
Y aun hoy se hallarán en él
La ventana y el jardin.

Y no fue este suceso singular. El P. Sepulveda el Tuerto, que escribia en el Escorial lo que pasaba en su tiempo, cuenta que el año de 1595. se vino á España una señora alemana, muger del Bey, ó Sultana de Argel, cautivada desde niña, valiendose de un religioso Mercenario, que era uno de sus cautivos. Enviole con cartas para Felipe II. y la Infanta D.ª Isabel Clara Eugenia, en que comunicaba sus intentos. Entregadas estas, volviose el religioso á Argel. Pidio ella permiso al Bey para pasar unos dias en un jardin ó casa de recreacion, que tenia fuera de la ciudad acia la marina. Hacianse ahumadas

oye, y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgaramos que denuevo se comenzara: y en diciendo esto, D. Antonio[1] y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitan se tubo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofrecio D. Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el Marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zorayda, y que él por su parte le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y comodo que á su persona se debia. Todo lo agradecio cortesisimamente el Cau-

para que se entendiese donde se hallaba, segun se habia concertado. Mandó S. M. al marques de Denia, virey de Valencia entonces, y despues duque de Lerma y Valido de Felipe III. que enviase una barca á Argel. Y la Sultana [*dice el P. Sepulveda*] con lo mejor y mas rico que tenia, y las mejores joyas, entró en ella, y metio veinte personas que con ella estaban, y danse luego á la vela. Una mora de aquellas que se embarcaron con ella, como vio que la barca venia para España, empezo á dar voces que las ponia en el cielo: fue forzoso el matarla. Luego á las voces se alteró la tierra: salieron mil baxeles tras la barca; pero traian buen rato de delantera, y ansi no permitio Dios que la alcanzasen: llegó finalmente la Sultana á Valencia, y fue muy agasajada de la Ciudad y del Virey, que la paseó en su coche por toda ella. Vino á la Corte, fue bien admitida del Rey y demas personas Reales, y dexando á su eleccion el pueblo donde quisiese vivir, escogio á Valencia, donde pasaba la vida con una pension que la señaló S. M. [*Biblioteca Real: est. H. cod. 160. tom. II. pag. 14.*]

1 D. Antonio. *Vease la advertencia de la Real Academia Española sobre este lugar.*

tivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo: pidieron posada, á quien la ventera respondio que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dixo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor Oidor que aqui viene. A este nombre se turbó la huespeda, y dixo: señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor Oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el trage mostro luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser Oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte, que á no haber visto á Dorotea, y á Luscinda y Zorayda que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella, dificilmente pudiera hallarse. Hallose Don Quixote al entrar del Oidor y de la doncella, y asi como le vio, dixo: seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las ar-

mas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abaxarse las montañas para dalle acogida: entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aqui hallará estrellas y soles, que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aqui hallará las armas en su punto, y la hermosura en su estremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quixote, á quien se puso á mirar muy de proposito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo, quando vio delante de sí á Luscinda, Dorotea, y á Zorayda, que á las nuevas de los nuevos huespedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recebirla; pero D. Fernando, Cardenio y el Cura le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efeto el señor Oidor entró confuso asi de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bienllegada á la hermosa doncella. En resolucion bien echó de ver el Oidor que era gente principal toda la que alli estaba; pero el talle, visage y la postura de Don Quixote le desatinaba: y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mugeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda; y asi fue contento el Oidor que su hija, que era la

doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El Cautivo, que desde el punto que vio al Oidor, le dio saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, que cómo se llamaba, y si sabia de qué tierra era. El criado le respondio que se llamaba el licenciado Juan Perez de Biedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las Letras por consejo de su padre: y alborozado y contento, llamando á parte á D. Fernando, á Cardenio y al Cura, les conto lo que pasaba, certificandoles que aquel Oidor era su hermano. Habiale dicho tambien el criado como iba proveido por Oidor á las Indias en la Audiencia de Mexico: supo tambien como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedó en casa: pidioles consejo, qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si, despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaria, ó le recebiria con buenas entrañas. Dexeseme á mí el hacer esa esperiencia, dixo el Cura; quanto mas que no hay pensar sino que vos, señor capitan, sereis muy bien recebido, porque el valor y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconoci-

do, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dixo el capitan, yo querria, no de improviso sino por rodeos, darmele á conocer. Ya os digo, respondio el Cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el Cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dixo el Cura: del mesmo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tube yo una camarada en Constantinopla, donde estube cautivo algunos años, la qual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la Infanteria española; pero tanto quanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado. Y cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el Oidor. Llamabase, respondio el Cura, Rui Perez de Biedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el qual me conto un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contarmelo un hombre tan verdadero como él, lo tubiera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego; porque me dixo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton: y sé yo decir que el que él escogio de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subio á ser capitan de Infanteria, y á verse en camino y predicamento de ser presto Maestre de Campo; pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena,

alli la perdio con perder la libertad en la felicisima jornada donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto: yo la perdi en la Goleta, y despues por diferentes sucesos nos hallamos camaradas en Constantinopla: desde alli vino á Argel, donde sé que le sucedio uno de los mas estraños casos que en el mundo han sucedido. De aqui fue prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta conto lo que con Zorayda á su hermano habia sucedido. Á todo lo qual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entonces. Sólo llegó el Cura al punto de quando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa Mora habian quedado: de los quales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevadolos los franceses á Francia. Todo lo que el Cura decia estaba escuchando algo de alli desviado el capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia: el qual viendo que ya el Cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenandosele los ojos de agua, dixo: ¡ó, señor, si supiesedes las nuevas que me habeis contado, y cómo me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras dello con estas lagrimas, que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! ese capitan tan valeroso que decis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogio el honroso y digno exercicio de la guerra, que fue uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestra

camarada en la conseja que á vuestro parecer le oistes: yo segui el de las Letras, en las quales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis: mi menor hermano está en el Pirú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mí ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo ansimismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo: vive aun mi padre, muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo: del qual me marabillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones, ó prosperos sucesos, se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tubiera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo agora me temo es de pensar si aquellos franceses le habran dado libertad, ó le habran muerto por encubrir su hurto: esto todo sera [1] que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comence, sino con toda melancolia y tristeza. ¡O buen hermano mio, y quién supiera agora donde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! ó quien llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estubieras en las mazmorras mas escondidas de

1 Sera. *Acaso falta la palabra* causa, ocasion, *ú otra semejante.*

Berberia, que de alli te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias! ó Zorayda hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! quién pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lastima. Viendo pues el Cura que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes; y asi se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del Oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fue que tomandole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fue donde el Oidor y los demas caballeros estaban, y dixo: cesen, señor Oidor, vuestras lagrimas, y colmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aqui veis es el capitan Biedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dixe los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudio el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo mas apartado; mas quando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lagrimas de contento, que los mas de los que pre-

sentes estaban, le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dixeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, quanto mas escribirse: alli en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos: alli mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos: alli abrazó el Oidor á Zorayda: alli la ofrecio su hacienda: alli hizo que la abrazase su hija: alli la cristiana hermosa y la mora hermosisima renovaron las lagrimas de todos: alli Don Quixote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan estraños sucesos, atribuyendolos todos á quimeras de la andante caballeria: alli concertaron que el capitan y Zorayda se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oidor posible dexar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de alli á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuerale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quixote se ofrecio á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante, ó otro mal andante follón no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradecieronselo los que le conocian, y dieron al Oidor cuenta del humor estraño de Don Quixote, de que no poco gusto recibio. Solo Sancho Panza se deses-

peraba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros, como adelante se dira. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodandose como menos mal pudieron, Don Quixote se salio fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo habia prometido. Sucedio pues que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Dª. Clara de Biedma, que ansi se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sinque la acompañase instrumento alguno: unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza. Y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dixo: quien no duerme escuche, que oiran una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oimos, señor, respondio Dorotea; y con esto se fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atencion posible, entendio que lo que se cantaba era esto.



CAPITULO XLIII.

DONDE SE CUENTA LA AGRADABLE HISTORIA DEL MOZO DE MULAS, CON OTROS ESTRAÑOS ACAECIMIENTOS EN LA VENTA SUCEDIDOS.

Marinero soy de amor,
Y en su pielago profundo
Navego, sin esperanza
De llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella,
Que desde lejos descubro,
Mas bella y resplandeciente
Que quantas vio Palinuro:
Yo no sé adonde me guia,
Y asi navego confuso,
El alma á mirarla atenta,
Cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso
Son nubes, que me la encubren
Quando mas verla procuro.
O Clara y luciente estrella,
En cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras
Sera de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le parecio á Dorotea que no seria bien que dexase Clara de oir una tan buena voz, y asi moviendola á una y á otra parte la desperto diciendole: perdoname, niña, que te despierto, pues lo hago por-

que gustes de oir la mejor voz, que quiza habras oido en toda tu vida. Clara desperto toda soñolienta, y de la primera vez no entendio lo que Dorotea le decia, y volviendoselo á preguntar ella, se lo volvio á decir, por lo qual estubo atenta Clara; pero apenas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, quando le tomó un temblor tan estraño, como si de algun grave acidente de quartana estubiera enferma, y abrazandose estrechamente con Dorotea, le dixo: ay, señora de mi alma y de mi vida! para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oidos, para no ver ni oir á ese desdichado musico. Qué es lo que dices, niña? mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sino señor de Lugares, respondio Clara, y el que él tiene en mi alma, con tanta seguridad le tiene, que si él no quiere dexalle, no le sera quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciendole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y asi le dixo: hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos, declaraos mas, y decidme qué es lo que decis de alma, y de Lugares, y deste musico cuya voz tan inquieta os tiene? pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buen hora, respondio Clara, y por no oille se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea, la

qual estando atenta á lo que se cantaba, vio que proseguian en esta manera:

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via
Que tú mesma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.
No alcanzan perezosos
Honrados triunfos ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que, no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda
Que la que se quilata por su gusto;
Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfias
Tal vez alcanzan imposibles cosas:
Y ansi, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aqui dio fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo qual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y asi le volvio á preguntar qué era lo que le queria decir denantes.

Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y asi le dixo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del reyno de Aragon, señor de dos Lugares, el qual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte, y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosias en el verano, yo no sé lo que fue, ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vio ni sé si en la iglesia, ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dio á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lagrimas, que yo le hube de creer, y aun querer sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dandome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que ansi fuera, como sola y sin madre no sabia con quien comunicallo, y asi lo dexé estar sin dalle otro favor, sino era quando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosia, y dexarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegose en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual él supo, y no de mí, pues nunca pude decirselo. Cayo malo, á lo que yo entiendo de pesadumbre, y asi el dia que nos partimos, nunca pude verle para despedirme dél, siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminabamos, al entrar de una posada en un lugar una jornada de aqui, le vi á la



puerta del meson, puesto en habito de mozo de mulas tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocile, admireme, y alegreme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde quando atraviesa por delante de mí en los caminos, y en las posadas do llegamos: y como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muerome de pesadumbre, y adonde él pone los pies pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo vera vuestra merced quando le vea: y mas le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy grande estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo, ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste musico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareis bien de ver que no es mozo de mulas, como decis, sino señor de almas y Lugares, como yo os he dicho. No digais mas, señora Dª. Clara, dixo á esta sazon Dorotea, y esto besandola mil veces: no digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. Ay señora! dixo

Dª Clara ¿que fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecera que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa? pues casarme yo á hurto de mi padre no lo hare por quanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dexase, quiza con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de S. Miguel que vendra dice mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reirse Dorotea, oyendo quan como niña hablaba Dª Clara, á quien dixo: reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecera Dios y medrarémos, ó mal me andarán las manos. Sosegaronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio. Solamente no dormian la hija de la ventera y Maritornes su criada, las quales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quixote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó alomenos de pasar un poco el tiempo, oyendole sus disparates.

Es pues el caso que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera: á este agujero se pusieron las dos semidonce-

llas, y vieron que Don Quixote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de quando en quando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ó mi señora Dulcinea del Toboso! estremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donayre, deposito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleytable que hay en el mundo, y qué fara agora la tu merced? ¿si tendras por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? dame tú nuevas della, ó luminaria de las tres caras[1], quiza con envidia de la suya la estás ahora mirando que, ó paseandose por alguna galeria de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente qué vida á mi muerte, y qué premio á mis servicios: y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, asi como la veas, suplicote que de mi parte la saludes; pero guardate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendre mas zelos de ti, que tú los tubiste de aque-

1 De las tres caras. *La luna, ó la diosa Diana, como dixo Virgilio*:

Tria virginis ora Dianæ.

[*Æneid. lib. 4. v. 511.*]

lla ligera Ingrata, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo [que no me acuerdo bien por donde corriste entonces] zeloso y enamorado[1]. A este punto llegaba entonces Don Quixote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le comenzo á cecear y á decirle: señor mio, lleguese aca la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz volvio Don Quixote la cabeza, y vio á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le parecio ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion que otra vez como la pasada la doncella fermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle, y con este pensamiento, por no mostrarse descortes y desagradecido, volvio las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y asi como vio á las dos mozas, dixo: lastima os tengo, fermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora ab-

1 Enamorado. *Esta Ingrata fue Dafne, que huia de Apolo, que es el sol, por las riberas del Peneo, el mejor rio de Tesalia, como dice Plinio.* [*Hist. lib. 4. cap. 8.*]

soluta de su alma : perdonadme , buena señora, y recogeos en vuestro aposento , y no querais con significarme mas vuestros deseos que yo me muestre mas desagradecido ; y si del amor que me teneis hallais en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mismo amor no sea, pedidmela , que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia de darosla en continente , si bien me pidiesedes una guedeja de los cabellos de Medusa , que eran todos culebras , ó ya los mismos rayos del sol, encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora , señor caballero , dixo á este punto Maritornes. Pues qué ha menester , discreta dueña , vuestra señora? respondio Don Quixote. Solo una de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido , tan á peligro de su honor , que si su señor padre la hubiera sentido , la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso , respondio Don Quixote; pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin, que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciole á Maritornes que sin duda Don Quixote daria la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se baxó del agujero , y se fue á la caballeriza , donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza , y con mucha presteza se volvio á su agujero á tiempo que Don Quixote se habia puesto de pies sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada , donde se imaginaba estar la ferida doncella , y al darle la ma-

no, dixo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo: no os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contestura de sus nervios, la trabazon de sus musculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dixo Maritornes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y baxandose del agujero ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote, que sintio la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quixote ya no las escuchaba nadie, porque asi como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dexaron asido de manera, que fue imposible soltarse. Estaba pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandisimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro, habia de quedar colgado del brazo, y asi no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse

un siglo entero. En resolucion, viendose Don Quixote atado, y que ya las damas se habian ido, se dio á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento, como la vez pasada quando en aquel mesmo castillo le molio aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que quando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y asi no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo, por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron envano: bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pie, ó arrancarse la mano. Alli fue el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno: alli fue el maldecir de su fortuna: alli fue el exâgerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que alli estubiese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba: alli el acordarse denuevo de su querida Dulcinea del Toboso: alli fue el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño, y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido: alli llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife que le ayudasen: alli invocó á su buena amiga Urganda que le socorriese: y finalmente alli le tomó la

mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna, teniendose por encantado; y haciale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte, sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influxo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañose mucho en su creencia, porque apenas comenzo á amanecer, quando llegaron á la venta quatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por Don Quixote desde donde aun no dexaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta, dixo: caballeros, ó escuderos, ó quienquiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo; que asaz de claro está que á tales horas ó los que estan dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si sera justo, ó no, que os abran. Qué diablos de fortaleza, ó castillo es este, dixo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. Pareceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondio Don Quixote. No sé de que teneis talle, respondio el otro, pero sé que

decis disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó Don Quixote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dixo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano; y sera, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañia de representantes, de los quales es tener amenudo esas coronas y cetros que decis, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó Don Quixote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballeria andante. Cansabanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote pasaba, y asi tornaron á llamar con grande furia, y fue de modo que el ventero desperto, y aun todos quantos en la venta estaban, y asi se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedio en este tiempo que una de las cabalgaduras, en que venian los quatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancolico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como enfin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y asi no se hubo movido tanto quanto, quando se desviaron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyo ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del

suelo, que con los estremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigabase y estirabase quanto podia por alcanzar al suelo: bien asi como los que estan en el tormento de la garrucha, puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco mas que se estiren llegarán al suelo[1].

CAPITULO XLIV.

DONDE SE PROSIGUEN LOS INAUDITOS SUCESOS DE LA VENTA.

En efeto fueron tantas las voces que Don Quixote dio, que abriendo depresto las puertas de la venta, salio el ventero despavorido á ver quién

1 Llegarán al suelo. *Otros dos casos semejantes á este, el uno fingido como el de Don Quixote, y el otro verdadero, se refieren tambien. El fingido le sucedio á Virgilio, de quien se dice falsamente que era dado al estudio de la magia, y que una muger con quien quiso disputar en Roma, y á quien tenia aficion, le engañó, y en virtud de un encanto mas poderoso le hizo baxar por una torre, metido en una cesta, dexandole colgado á la mitad de ella á vista del pueblo romano, como dice Gracian du Pont.* [Controversias del sexô femenino y masculino, *citadas por el autor del Gran Diccionario Critico. V. Virgilio.*] *El verdadero sucedio á mosen Bernat* [*ó D. Bernardo*] *de Cabrera, gran privado del Rey D. Pedro de Aragon, que estando preso, y sin perjuicio de la causa, dispusieron hacerle una afrentosa burla por medio de una muger co-*

tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo. Maritornes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar y desató sinque nadie lo viese el cabestro, que á Don Quixote sostenia, y él dio luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegandose á él, le preguntaron qué tenia que tales voces daba. El sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca, y levantandose en pie, subio sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvio á medio galope, diciendo: qualquiera que dixere que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la Princesa Mico-

quien tenia amistad, y asi con acuerdo de la justicia y del carcelero, le descolgaron por la torre de la prision, y le dexaron suspenso á la mitad de ella. Cuenta este suceso Alonso Martinez de Toledo, arcipreste de Talavera, y capellan de D. Juan II. en el Corvacho, *ó* Libro de los vicios de las malas mugeres, *donde advierte*, que él vio en sus dias infinitos hombres y aun hembras que vieron á mosen Bernat. [*P. I. c. 18.*].... Pensando [*prosigue*] que la muger no le engañaria, creyola, é toma una soga que ella le envió, y el que le guardaba diole lugar á todo, é dexole limar el cerrojo de la ventana, é abriola, é al primer sueño salio por la ventana, é comenzo á descendir por la torre abaxo, y en medio de la torre tenia una red de esparto gruesa abierta [que alla la llaman xavega] con sus artificios, y quando fue dentro en la red, cerraronla, y cortaron las cuerdas que estaban de alto en la ventana, y asi quedó alli colgado hasta otro dia en la tarde, que le llevaron de alli sin comer ni beber, é todo el pueblo de la cibdad é de fuera della, sus amigos y enemigos, le vieron y vinieron á ver alli donde estaba en jubon, como Virgilio. *Pudiera dudarse si Cervantes tubo presente alguno de estos dos casos para advertir tambien al lector de los engaños del amor profano.*

micona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafio á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quixote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciendoles que era Don Quixote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntaronle al ventero, si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traia el amante de Dª. Clara. El ventero respondio que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el Oidor, dixo: aqui debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quedese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle, y aun seria bien que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Asi se hara, respondio uno dellos, y entrandose los dos dentro, uno se quedó á la puerta, y el otro se fue á rodear la venta: todo lo qual veia el ventero, y no sabia atinar para que se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyo que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia; y asi por esto, como por el ruido que Don Quixote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Dª. Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que vio que

ninguno de los quatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña: y si él hallara en las ordenanzas de su caballeria que licitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reyno, hubo de callar y estarse quedo, esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes. Uno de los quales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dixo: por cierto, señor D. Luis, que responde bien á quien vos sois el habito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió. Limpiose el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conocio que era criado de su padre, de que recibio tal sobresalto, que no acerto, ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio. Y el criado prosiguio diciendo: aqui no hay que hacer otra cosa, señor D. Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues como supo mi padre, dixo D. Luis, que yo venia este camino y en este trage? Un estudiante, respondio el criado, á quien

distes cuenta de vuestros pensamientos, fue el que lo descubrio, movido á lastima de las que vio que hacia vuestro padre al punto que os echó menos, y asi despachó á quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aqui á vuestro servicio mas contentos de lo que imaginarse puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevandoos á los ojos que tanto os quieren. Eso sera como yo quisiere, ó como el cielo ordenare, respondio D. Luis. Qué habeis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones, que entre los dos pasaban, oyo el mozo de mulas junto á quien D. Luis estaba, y levantandose de alli, fue á decir lo que pasaba á D. Fernando y á Cardenio, y los demas que ya vestido se habian, á los quales dixo como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quién era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer, y asi se fueron acia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salio en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Dª. Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le conto en breves razones la historia del musico y de Dª. Clara, á quien él tambien dixo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre; y no se lo dixo tan callando, que lo dexase de oir Dª. Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Do-

tea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los quatro que venian á buscar á D. Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiendole que luego sin detenerse un punto volviese á consolar á su padre. El respondio que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretaronle entonces los criados, diciendole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese ó no quisiese. Esto no hareis vosotros, replicó D. Luis, sino es llevandome muerto, aunque de qualquiera manera que me lleveis, sera llevarme sin vida. Ya á esta sazon habian acudido á la porfia todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, D. Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero y Don Quixote, que ya le parecio que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian que qué les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muevenos, respondio uno de los quatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. A esto dixo D. Luis: no hay para que se dé cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y volvere, si me diere gusto, y sino, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harasela á vuestra merced la razon, respondio el hombre, y quando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepa-

mos qué es esto de raiz, dixo á este tiempo el Oidor; pero el hombre que le conocio, como vecino de su casa, respondio: ¿no conoce vuestra merced, señor Oidor, á este caballero que es el hijo de su vecino, el qual se ha ausentado de casa de su padre en el habito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Mirole entonces el Oidor mas atentamente, y conociole, y abrazandole, dixo: ¿que niñerias son estas, señor D. Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera, y en este trage, que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lagrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al Oidor, que dixo á los quatro que se sosegasen, que todo se haria bien; y tomando por la mano á D. Luis, le apartó á una parte, y le preguntó qué venida habia sido aquella.

Y entanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas que dos huespedes, que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscaban, habian intentado á irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asio al salir de la puerta, y pidio su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movio á que le respondiesen con los puños: y asi le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tubo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle que á Don Quixote, á quien la hija de la ventera dixo: socorra vuestra merced, señor caballero,

por la virtud que Dios le dio, á mi pobre padre, que dos malos hombres le estan moliendo como á cibera. A lo qual respondio Don Quixote muy despacio y con mucha flema: fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura entanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podre hacer por serviros, es lo que ahora dire: corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexe vencer en ningun modo, entanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. Pecadora de mí! dixo á esto Maritornes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estara ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondio Don Quixote, que como yo la tenga, poco hara al caso que él esté en el otro mundo, que de alli le sacaré apesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo menos os dare tal venganza de los que alla le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechas. Y sin decir mas se fue á poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole con palabras caballerescas y andantescas que la su Grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La Princesa se la dio de buen talante, y él luego, embrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudio á la puerta de la venta, adonde aun todavia traian

los dos huespedes á mal traer al ventero; pero asi como llegó, embazó, y se estubo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decian que en qué se detenia, que socorriese á su señor y marido. Detengome, dixo Don Quixote, porque no me es licito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aqui á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y moxicones muy en su punto, todo en daño del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardia de Don Quixote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor, y padre.

Pero dexemosle aqui, que no faltará quien le socorra, ó sino, sufra y calle el que se atreve á mas de lo que sus fuerzas le prometen; y volvamonos atras cincuenta pasos á ver que fue lo que D. Luis respondio al Oidor, que le dexamos aparte preguntandole la causa de su venida á pie y de tan vil trage vestido. A lo qual el mozo, asiendole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lagrimas en grande abundancia, le dixo: señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora D.ª Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa: por ella dexé la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla dondequiera que fuese, como la

saeta al blanco, ó como el marinero al norte: ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces, que desde lejos ha visto llorar mis ojos: ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su unico heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo, que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, asi de haber oido el modo y la discrecion con que D. Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio: y asi no respondio otra cosa sino que se sosegase por entonces, y entretubiese á sus criados que por aquel dia no le volviesen, porque se tubiese tiempo para considerar lo que mejor á todos estubiese. Besole las manos por fuerza D. Luis, y aun se las bañó con lagrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de marmol, no solo el del Oidor, que como discreto ya habia conocido quan bien le estaba á su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de D. Luis, del qual sabia que pretendia hacer de Titulo á su hijo.

Ya á esta sazon estaban en paz los huespedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de Don Quixote mas que por amenazas, le

habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de D. Luis aguardaban el fin de la platica del Oidor, y la resolucion de su amo, quando el demonio que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quixote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que troco con los del suyo: el qual barbero, llevando su jumento á la caballeriza vio á Sancho Panza, que estaba aderezando no sé que de la albarda, y asi como la vio la conocio, y se atrevio á arremeter á Sancho, diciendo: á Don ladron, que aqui os tengo, venga mi bacia, y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho, que se vio acometer tan de improviso, y oyo los vituperios que le decian, con la una mano asio de la albarda, y con la otra dio un moxicon al barbero que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dexó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: aqui del Rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron, salteador de caminos. Mentis, respondio Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quixote estos despojos. Ya estaba Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia y ofendia su escudero, y tubole desde alli adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la orden de la caballeria. Entre otras cosas, que el barbero

decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: señores, asi esta albarda es mia, como la muerte que debo á Dios, y asi la conozco, como si la hubiera parido, y ahi está mi asno en el establo, que no me dexará mentir, sino, pruebensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame: y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacia de azofar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aqui no se pudo contener Don Quixote sin responder, y poniendose entre los dos, y apartandoles, depositando la albarda en el suelo, que la tubiese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dixo: porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacia á lo que fue, es y sera el yelmo de Mambrino, el qual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legitima y licita posesion [en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabre decir es que mi escudero Sancho me pidio licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la di, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabre dar otra razon sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballeria] para confirmacion de lo qual, corre, Sancho hijo, y saca aqui el yelmo que este buen hombre dice ser bacia. Par diez, señor, dixo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que vuestra merced dice, tan bacia es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que te

mando, replicó Don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fue á do estaba la bacia, y la truxo; y asi como Don Quixote la vio, la tomó en las manos, y dixo: miren vuestras mercedes con qué cara podia decir este escudero que esta es bacia, y no el yelmo que yo he dicho; y juro por la orden de caballeria que profeso, que este yelmo fue el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dixo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora no ha hecho con él mas de una batalla, quando libró á los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPITULO XLV.

DONDE SE ACABA DE AVERIGUAR LA DUDA DEL YELMO DE MAMBRINO Y DE LA ALBARDA Y OTRAS AVENTURAS SUCEDIDAS CON TODA VERDAD.

¿Que les parece á vuestras mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacia sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le hare yo conocer que miente, si fuere caballero; y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro Barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelan-

te la burla, para que todos riyesen; y dixo, hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veinte años carta de exâmen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia sinque le falte uno, y ni mas ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaxe, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los generos de armas de los soldados; y digo, salvo mejor parecer, remitiendome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aqui delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacia de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babera. Asi es, dixo el Cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el Barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, D. Fernando y sus camaradas; y aun el Oidor, si no estubiera tan pensativo con el negocio de D. Luis, ayudara por su parte á la burla, pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donayres. Valame Dios! dixo á esta sazon el barbero burlado: ¿que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacia, sino yelmo? cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una universidad por discreta que sea: basta; si es que esta bacia es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mí albarda me

parece, dixo Don Quixote; pero ya he dicho que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dixo el Cura, no está en mas de decirlo el señor Don Quixote, que en estas cosas de la caballeria todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dixo Don Quixote, que son tantas y tan estrañas las cosas que en este castillo en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que quanto en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fue muy bien con otros sus sequaces, y anoche estube colgado deste brazo casi dos horas, sin saber como ni como no vine á caer en aquella desgracia: asique ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, sera caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen que esta es bacia y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia difinitiva, sólo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes, quiza por no ser armados caballeros, como yo lo soy, no tendran que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendran los entendimientos libres, y podran juzgar de las cosas deste castillo, como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecian. No hay duda, respondio á esto D. Fernando, sino que el señor Don Quixote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinicion deste caso; y porque vaya con mas fundamento,

yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare dare entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de Don Quixote era todo esto materia de grandisima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los quatro criados de D. Luis, y á D. Luis ni mas ni menos, y á otros tres pasageros, que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacia alli delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver en jaez rico de caballo, y los unos y los otros se reian de ver como andaba D. Fernando tomando los votos de unos en otros, hablandolos al oido paraque en secreto declarasen si era albarda, ó jaez aquella joya, sobre quien tanto se habia peleado; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quixote conocian, dixo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo; y asi habreis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaez, y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dixo el pobre barbero[1], si todos vuestras mercedes no

1 El pobre barbero. *En las primeras ediciones, y en*

se engañan, y que asi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero alla van leyes &c. y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de Don Quixote, el qual á esta sazon dixo: aqui no hay mas que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo: y á quien Dios se la dio, S. Pedro se la bendiga. Uno de los quatro dixo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento, como son ó parecen todos los que aqui estan, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacia, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos

todas las que he visto se decia el sobrebarbero; *pero se ha considerado ya como una de las muchas erratas de imprenta que se hallan en la primera, procedida de haber leido la* p *del original por* s, *y de haber formado una palabra sola de dos. Lo cierto es que la estraña é insignificante voz de* sobrebarbero, *como efecto de una combinacion inadvertida, ni se lee en libros, ni en ningun vocabulario castellano; y que por otra parte el estilo y costumbre de Cervantes es aplicar el adjetivo* pobre *á las personas á quienes sucede algun contratiempo ó caso adverso. Y asi dixo*: el pobre caido [*P. I. t. I. c. IV. p. 41. l. 19.*]: el pobre apaleado [*p. 42. l. 3.*]: el pobre difunto de Grisostomo [*c. XII. p. 122. l. 12.*]: el pobre señor [*t. II. c. XV. p. 18. l. 21.*]: á mi pobre padre [*t. III. c. XLIV. p. 168. l. 1.*] *A este modo pues llamó* pobre *al* barbero, *viendole desesperado, confuso y apurado de paciencia, porque, apesar de lo que veia y sabia, querian hacerle creer que la bacia era yelmo, y la albarda jaez de caballo.*

muestra la misma verdad y la misma esperiencia; porque voto á tal [y arrojole redondo] que no me den á mí á entender quantos hoy viven en el mundo, al reves de que esta no sea bacia de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los quadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y quistion, lleno de colera y de enfado, dixo: tan albarda es, como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dixere, debe de estar hecho uva. Mentis como bellaco, villano, respondio Don Quixote, y alzando el lanzon, que nunca le dexaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el quadrillero se le dexara alli tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas quadrilleros que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la quadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de D. Luis rodearon á D. Luis, porque con el alboroto no se les fuese: el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: Don Quixote puso mano á su espada, y arremetio á los quadrilleros: D. Luis daba voces á sus criados que le dexasen á él, y acorriesen á Don Quixote, y á Cardenio, y á D. Fernando, que todos favorecian á Don Quixote: el Cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritornes lloraba, Dorotea estaba con-

fusa, Luscinda suspensa, y Dª Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molia al barbero, D. Luis [á quien un criado suyo se atrevio á asirle del brazo porque no se fuese] le dio una puñada que le bañó los dientes en sangre, el Oidor le defendia, D. Fernando tenia debaxo de sus pies á un quadrillero midiendole el cuerpo con ellos muy á su sabor, el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, palos, coces y efusion de sangre. Y en la mitad deste caos, maquina y laberinto de cosas se le representó en la memoria á Don Quixote que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y asi dixo con voz que atronaba la venta: tenganse todos, todos envaynen, todos se sosieguen, oiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguio diciendo: ¿no os dixe yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? en confirmacion de lo qual quiero que veais por vuestros ojos como se ha pasado aqui y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como alli se pelea por la espada, aqui por el caballo, aculla por el aguila, aca por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor Oidor, y vuestra merced, señor Cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y ponganos en paz, porque por Dios todopoderoso que es gran bellaqueria que

tanta gente principal, como aqui estamos, se mate por causas tan livianas. Los quadrilleros, que no entendian el frasis de Don Quixote, y se veian malparados de D. Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y el albarda: Sancho á la mas minima voz de su amo obedecio como buen criado: los quatro criados de D. Luis tambien se estubieron quedos, viendo quan poco les iba en no estarlo: solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacia por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quixote.

Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del Cura, volvieron los criados de D. Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y entanto que él con ellos se avenia, el Oidor comunicó con D. Fernando, Cardenio y el Cura qué debia hacer en aquel caso, contandoseles con las razones que D. Luis le habia dicho. Enfin fue acordado que D. Fernando dixese á los criados de D. Luis quién él era, y como era su gusto que D. Luis se fuese con él al Andalucia, donde de su hermano el Marques seria estimado, como el valor de D. Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de D. Luis que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los quatro la calidad de D. Fernando y la intencion de D. Luis, determinaron

entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á D. Luis, y á no dexalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella maquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del Rey Sobrino; pero viendose el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz, menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordo de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos.

Es pues el caso, que los quadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de qualquiera manera que sucediese, habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fue el que fue molido y pateado por D. Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender á algunos delinquentes, traia uno contra Don Quixote, á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dio á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quixote traia, venian bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniendosele á leer despacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia ponia los ojos en Don Quixote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quixote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba, y apenas se hubo cer-

tificado, quando recogiendo su pergamino, con la izquierda[1] tomó el mandamiento, y con la derecha asio á Don Quixote del cuello fuertemente, que no le dexaba alentar, y á grandes voces decia: favor á la Santa Hermandad, y para que se vea que lo pido deveras, lease este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura, y vio cómo era verdad quanto el quadrillero decia, y cómo convenia con las señas con Don Quixote. El qual viendose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la colera en su punto, y cruxiendole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él asio al quadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dexara la vida antes que Don Quixote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudio luego á dalle favor: la ventera, que vio denuevo á su marido en pendencias, denuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dixo, viendo lo que pasaba: vive el señor, que es verdad quanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. D. Fernando despartio al quadrillero y á Don Quixote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro

1 Izquierda. *Las dos ediciones primeras decian* y quiza. *La Academia Española enmendo esta errata de imprenta, sustituyendo juiciosamente* la izquierda.

bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á darsele atado y entregado á toda su voluntad, porque asi convenia al servicio del Rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte denuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reiase de oir decir estas razones Don Quixote, y con mucho sosiego dixo: venid aca, gente soez y mal nacida: ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡ah gente infame, digna por vuestro baxo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballeria andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, quanto mas la asistencia, de qualquier caballero andante! venid aca, ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme: ¿quien fue el ignorante, que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quien el que ignoró que son exêntos de todo judicial fuero los caballeros andantes? y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus prematicas su voluntad? ¿quien fue el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay executoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exênciones, como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro exercicio de la caballeria? qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la Reyna, moneda forera, por-

tazgo, ni barca? qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? qué Castellano le acogio en su castillo, que le hiciese pagar el escote? qué Rey no le asento á su mesa? qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? y finalmente qué caballero andante ha habido, hay, ni habra en el mundo, que no tenga brios para dar él solo quatrocientos palos á quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

DE LA NOTABLE AVENTURA DE LOS QUADRILLEROS, Y LA GRAN FEROCIDAD DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIXOTE.

Entanto que Don Quixote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los quadrilleros cómo Don Quixote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dexar por loco. A lo que respondio el del mandamiento que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quixote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dixo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dexará llevarse á lo que yo entiendo. En efeto tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quixote hacer, que mas locos fueran que no él los quadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quixote; y asi tubieron por bien de apaciguarse, y

aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavia asistian con gran rancor á su pendencia: finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron arbitros della de tal modo, que ambas partes quedaron si no del todo contentas, alomenos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y xaquimas: y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura, á socapa y sinque Don Quixote lo entendiese, le dio por la bacia ocho reales, y el barbero le hizo una cedula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de D. Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde D. Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo, y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de quanto D. Luis queria, de que recibio tanto contento Dª. Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traia colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dadiva y recompensa que el Cura habia hecho al barbero, pidio el escote de

Don Quixote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sinque se le pagase primero hasta el ultimo ardite. Todo lo apaciguó el Cura, y lo pagó D. Fernando, puesto que el Oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quixote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano. De todo lo qual fue comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha eloquencia del señor Cura, y á la incomparable liberalidad de D. Fernando.

Viendose pues Don Quixote libre y desembarazado de tantas pendencias, asi de su escudero como suyas, le parecio que seria bien seguir su comenzado viage, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y asi con resoluta determinacion se fue á poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le consintio que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pie, y le dixo: es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la esperiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleyto dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa

señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echasemos de ver algun dia: porque ¿quien sabe si por ocultas espias y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dandole lugar el tiempo, se fortificase en algun inexpugnable castillo ó fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? asique, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partamonos luego á la buena ventura, que no está mas de tener la vuestra Grandeza lo que desea, de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dixo mas Don Quixote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa Infanta. La qual con ademan señoril y acomodado al estilo de Don Quixote le respondió desta manera: yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien asi como caballero á quien es anexo y concerniente el favorecer los huerfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veais que hay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra: disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señorios, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dixo Don Quixote; pues asi es que una señora se me humilla, no quie-

ro yo perder la ocasion de levantalla y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despidamonos del Castellano y destos señores, y vamos de aqui luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dixo meneando la cabeza á una parte y á otra: ay señor, señor! y cómo hay mas mal en el aldeguela[1] que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas. Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondio Sancho, yo callaré, y dexaré de decir lo que soy obligado, como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Di lo que quisieres, replicó Don Quixote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fui yo á Dios, respondio Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser Reyna del gran reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre; porque á ser lo que ella dice, no se andubiera hocicando con alguno de los que estan en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Parose colorada con las razones de Sancho Dorotea,

1 *Del que.*

porque era verdad que su esposo D. Fernando alguna vez, á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo qual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana, que de Reyna de tan gran reyno; y no pudo, ni quiso responder palabra á Sancho, sino dexole proseguir en su platica, y él fue diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para que darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues sera mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡O valame Dios, y quán grande que fue el enojo, que recibio Don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! digo que fue tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos dixo: ó bellaco, villano, malmirado, descompuesto, é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿tales palabras has osado decir en mi presencia, y en la destas inclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, armario de embustes, silo de bellaquerias, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las Reales personas: vete, no parezcas delante de mí sopena de mi ira. Y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes,

y dio con el pie derecho una gran patada en el suelo: señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quixote, dixo para templarle la ira: no os despecheis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quiza no las debe decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y asi se há de creer sin poner duda en ello: que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabolica via lo que él dice que vio tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo á esta sazon Don Quixote, que la vuestra Grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo, que por el de encantos no fuera; que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado que no sabe levantar testimonios á nadie. Asi es, y asi sera, dixo D. Fernando, por lo qual debe vuestra merced, señor Don Quixote, perdonalle, y reducille al gremio de su gracia, *sicut erat in principio* antes que las tales visiones le sacasen de juicio. Don

Quixote respondio que él le perdonaba, y el Cura fue por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincandose de rodillas pidio la mano á su amo, y él se la dio, y despues de habersela dexado besar le echó la bendicion, diciendo: ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Asi lo creo yo, dixo Sancho, eceto aquello de la manta, que realmente sucedio por via ordinaria. No lo creas, respondio Don Quixote, que si asi fuera, yo te vengara entonces, y aun ahora; pero ni entonces ni ahora pude, ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volateria de Sancho Panza, de que no poco se riyeron todos, y de que no menos se corriera Sancho, si denuevo no le asegurara su amo que era encantamento; puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada sin mezcla de engaño alguno lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba.

Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañia estaba en la venta; y pareciendoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que, sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y D. Fernando con Don Quixote á su aldea con la invencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudiesen el Cura y el Barbero llevarsele como deseaban, y procurar la cu-

ra de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fue, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acerto á pasar por alli, paraque lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quixote; y luego D. Fernando y sus camaradas, con los criados de D. Luis y los quadrilleros juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del Cura se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera, y quién de otra, de modo que á Don Quixote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandisimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas: llegaronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiendole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies de modo, que quando él desperto con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse, y suspenderse de ver delante de sí tan estraños visages[1]: y luego dio en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyo que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender: todo á punto como habia pensado que sucederia el Cura, trazador desta maquina. Solo Sancho de todos

1 Tan estraños visages. *A este modo una brigada de paganos prendio y ató á Orlando, estando durmiendo, en la cama y quando mas seguro estaba de tal acontecimiento, como dice Luis Pulci.* [*Morgante Maggiore: cant. XII.*]

los presentes estaba en su mesmo juicio, y en su misma figura: el qual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dexó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el qual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia: que fue que trayendo alli la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper á dos tirones. Tomaronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyo una voz temerosa [todo quanto la supo formar el Barbero, no el del albarda, sino el otro] que decia: „ ó Caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque asi con„ viene para acabar mas presto la aventura en que „ tu gran esfuerzo te puso: la qual se acabará „ quando el furibundo leon Manchego [1] con la „ blanca paloma Tobosina yacieren en uno, ya „ despues de humilladas las altas cervices al blan„ do yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito con„ sorcio saldran á la luz del orbe los bravos ca„ chorros, que imitarán las rapantes garras del va„ leroso padre: y esto sera antes que el seguidor „ de la fugitiva ninfa faga dos vegadas la visita „ de las lucientes imagines con su rapido y natu„ ral curso. Y tú, ó el mas noble y obediente es„ cudero que tubo espada en cinta, barbas en ros-

1 Manchego. *En las primeras ediciones se dice* Manchado. *La Academia Española en las suyas enmendo parece con acierto* Manchego, *cuya leccion se ha adoptado en esta.*

,, tro y olfato en las narices, no te desmaye ni des-
,, contente ver llevar asi delante de tus ojos mis-
,, mos á la flor de la caballeria andante ; que pres-
,, to , si al plasmador del mundo le place, te ve-
,, rás tan alto y tan sublimado, que no te conoz-
,, cas , y no saldran defraudadas las promesas que
,, te ha fecho tu buen señor : y asegurote de par-
,, te de la sabia Mentironiana que tu salario te sea
,, pagado , como lo verás por la obra ; y sigue las
,, pisadas del valeroso y encantado caballero , que
,, conviene que vayas donde pareis entrambos ; y
,, porque no me es licito decir otra cosa, á Dios
,, quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé[1] ":
y al acabar de la profecia alzó la voz de punto, y disminuyola despues con tan tierno acento , que aun los sabidores de la burla estubieron por creer que era verdad lo que oian. Quedó Don Quixo-

1 Adonde yo me sé. *Otro pronostico ó profecia semejante á esta , y á que aludio acaso Cervantes , se lee en Amadis de Gaula [cap. 130.]. Sale este famoso caballero andante de la insula de la Torre Bermeja en busca de la aventura de la Peña de la Doncella encantadora, hija del sabio y nigromante Finetor; y al subir de la Peña por un peligroso camino, abierto en ella misma , encuentra á la mitad de él una como ermita, donde habia una imagen á manera de idolo de metal, que tenia sobre el pecho una lamina con una inscripcion en griego ; pero su interpretacion era facil y llana para el sabio Amadis, porque ademas de ser musico y poeta [V. P.I. t.II. c. XXIII. p.135.] era tambien antiquario , y sabia latin, y el* lenguage griego, *que parte habia aprendido viajando por Grecia , y parte [juntamente con la lengua alemana , y las de otros paises] le habia enseñado navegando por el mar el maestro Elisabad , su cirujano y capellan. Supo pues por la inscripcion que la aventura no estaba guardada para él, sino para Esplandian, hijo suyo y de*

te consolado con la escuchada profecia, porque luego coligio de todo en todo la significacion de ella, y vio que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dixo: ó tú, quienquiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! ruegote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me dexe perecer en esta prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas, como son las que aqui se me han hecho; que como esto sea, tendre por gloria las penas de mi carcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por ca-

la hermosa Oriana, al qual crió una leona. Esta aventura consistia en sacar un tesoro encantado de una camara ó quarto, puesto en la cumbre de la Peña, construido de una sola piedra, y cerrado con dos ajustadisimas puertas, por cuya juntura sinembargo estaba metida una espada fasta la empuñadura *de estraño artificio. El que sacase esta espada ganaba ó acababa la aventura, y se hacia dueño del tesoro. La inscripcion decia asi*: En el tiempo que la gran Insola florescera y sera señoreada del poderoso Rey, y ella señora de otros muchos reynos y caballeros por el mundo famosos, seran juntos en uno la alteza de las armas y la flor de la hermosura, que en su tiempo par no ternan: y dellos saldra aquel que sacará la espada, con que la orden de su caballeria cumplida sera, y las fuertes puertas de piedra seran abiertas, que en sí encierran el gran tesoro. [*Ademas del capitulo citado 130. veanse el 73. y el 99.*]

ma blanda y talamo dichoso : y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza, mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder que no me dexará en buena ni en mala suerte, porque quando no suceda por la suya, ó por mi corta ventura el poderle yo dar la Insula, ó otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lomenos su salario no podra perderse ; que en mi testamento, que ya está hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII.

DEL ESTRAÑO MODO CON QUE FUE ENCANTADO DON QUIXOTE DE LA MANCHA, CON OTROS FAMOSOS SUCESOS.

Quando Don Quixote se vio de aquella manera enjaulado y encima del carro, dixo : muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes ; pero jamas he leido, ni visto, ni oido que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardios animales : porque siempre los suelen llevar por los ayres con estraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo, ó otra

bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion; pero quiza la caballeria y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos: y tambien podria ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado exercicio de la caballeria aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros generos de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados. Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondio Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo catolicas. Catolicas, mi padre! respondio Don Quixote: ¿como han de ser catolicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantasticos para venir á hacer esto, y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad tocalos y palpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de ayre, y como no consisten en mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aqui anda tan solicito es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios; porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ambar de media legua[1].

1 De media legua. *Eran en efecto tan usados los olores en tiempo de Cervantes, que se gastaban hasta en las comidas.* El cocinero [*dice D. Miguel de Yelgo*] ha de tener unas caxetas, donde tener aguas de olores para dar olor

Decia esto Sancho por D. Fernando, que como tan señor debia de oler á lo que Sancho decia. No te marabilles deso, Sancho amigo, respondio Don Quixote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus; y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas: y la razon es que como ellos, dondequiera que estan traen el infierno consigo, y no pueden recebir genero de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena: y si á ti te parece que ese demonio, que dices, huele á ambar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado, y temiendo D. Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida; y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se habia concertado con los quadrilleros que le acompañasen hasta su Lugar, dandoles un tanto cada dia. Colgo Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga, y del otro la bacia, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las rien-

á las tortas, pasteles, y empanadas. [*Estilo de servir á Principes: en Madrid 1614. pag. 155. b. Vease otra nota al cap. XXXII. de la P. II.*]

das á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos quadrilleros con sus escopetas. Pero antes que se moviese el carro salio la ventera, su hija y Maritornes á despedirse de Don Quixote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia. A quien Don Quixote dixo: no lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas á los que profesan lo que yo profeso, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tubiera yo por famoso caballero andante; porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentia á muchos Principes y á muchos otros caballeros, que procuran por malas vias destruir á los buenos; pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por sí sola, apesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastes, saldra vencedora de todo trance, y dara de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo: perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he fecho, que de voluntad y asabiendas jamas le di á nadie; y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caeran de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. Entanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quixote, el Cura y el Barbero se despidieron de D. Fernando y sus camaradas, y del capitan, y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, espe-

cialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron, y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo D. Fernando al Cura dónde habia de escribirle para avisarle en lo qué paraba Don Quixote, asegurandole que no habria cosa que mas gusto le diese que saberlo; y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, asi de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, y suceso de D. Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El Cura ofrecio de hacer quanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al Cura, y le dio unos papeles, diciendole que los habia hallado en un aforro de la maleta, donde se halló la novela del *Curioso Impertinente*[1], y que pues su dueño no habia vuelto mas por alli, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradecio, y abriendolos luego, vio que al principio de lo escrito decia: *NOVELA DE RINCONETE Y CORTADILLO*[2], por donde entendio ser alguna novela, y coligio que pues la del *Curioso Impertinente* habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y asi la guardó con prosupuesto de leerla quando tubiese comodidad. Subio á caballo, y tambien su amigo el Barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quixote, y pusieronse á caminar tras el carro, y la orden que llevaban era esta:

1 *Vease la Vida del Autor*: *pag.CXLII. y CXLVI.*
2 *Veanse las mismas paginas.*

iba primero el carro, guiandole su dueño: á los dos lados iban los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda á Rocinante: detras de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes: Don Quixote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra: y asi con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le parecio al boyero ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto á los bueyes: y comunicandolo con el Cura, fue de parecer el Barbero que caminasen un poco mas, porque él sabia que detras de un recuesto que cerca de alli se mostraba, habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomose el parecer del Barbero, y asi tornaron á proseguir su camino.

En esto volvio el Cura el rostro, y vio que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los quales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canonigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que menos de una legua de alli se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludaronse cortesmente; y uno de los que venian, que en resolucion era

Canonigo de Toledo y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, quadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y mas á Don Quixote enjaulado y aprisionado, no pudo dexar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los quadrilleros, que debia de ser algun facinoroso salteador, ó otro delinquente, cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad. Uno de los quadrilleros, á quien fue hecha la pregunta, respondio asi: señor, lo que significa ir este caballero desta manera digalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyo Don Quixote la platica, y dixo: ¿por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballeria andante? porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para que me canse en decirlas: y á este tiempo habian ya llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en platicas con Don Quixote de la Mancha, para responder de modo, que no fuese descubierto su artificio. El Canonigo á lo que Don Quixote dixo respondio: en verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerias, que de las *Sumulas* de Villalpando[1]:

1 Las *Sumulas* de Villalpando: *Escritas con tan buen metodo, que mandó la universidad de Alcala se enseñase por ellas la Dialectica á los estudiantes, como dice D. Nicolas Antonio [Biblioth. Nova]: el qual añade que Gaspar Cardillo de Villalpando, natural de Segovia, fue colegial mayor de S. Ildefonso en aquella ciudad, donde hizo tales progresos en la Teologia, que fue enviado al concilio de Trento, convocado por Pio IV. y en presencia de aquellos gravisimos Padres hizo alarde del caudal de*

asique, si no está en mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisieredes. A la mano de Dios, replicó Don Quixote: pues asi es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordo para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de quantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de exemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor Don Quixote de la Mancha, dixo á esta sazon el Cura, que él va encantado en esta carreta no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentia enoja: este es, señor, *El Caballero de la Triste Figura*, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos seran escritas en bronces duros y en eternos marmoles, por mas que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyo

su eloquencia, de su erudicion greco-latina, y de su vasta y profunda teologia. La mayor instrucion que mostraba este Canonigo en los libros de caballerias, que en las Sumulas, manifiesta entre otras cosas que aquellos no eran leidos solamente del vulgo.

hablar al preso y al libre en semejante estilo, estubo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la platica, para adobarlo todo dixo: ahora, señores, quieranme bien, ó quieranme mal por lo que dixere, el caso de ello es que asi va encantado mi señor Don Quixote, como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacia ayer antes que le enjaulasen: siendo esto asi, cómo quieren hacerme á mí entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará mas que treinta procuradores. Y volviendose á mirar al Cura, prosiguio diciendo: ah, señor Cura, señor Cura! pensará vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamentos: pues sepa que le conozco por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por mas que disimule sus embustes: enfin donde reyna la envidia, no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza, hay liberalidad: mal haya el diablo, que si por su Reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estubiera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera conde por lomenos, pues no se podia esperar otra cosa asi de la bondad de mi señor *El de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahi, que la rue-

da de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy estan por el suelo: de mis hijos y de mi muger me pesa, pues quando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador, ó visorey de alguna insula, ó reyno, le veran entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es mas de por encarecer á su Paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes, que mi señor Don Quixote dexa de hacer en este tiempo que está preso. Adobame esos candiles, dixo á este punto el Barbero: tambien vos, Sancho, sois de la cofradia de vuestro amo? vive el señor, que voy viendo que le habeis de tener compañia en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballeria: en mal punto os empreñastes[1] de sus promesas, y en malhora se os entró en los cascos la insula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondio Sancho, ni soy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuese, y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie, y si insulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras, y debaxo de ser hombre, puedo venir á ser Papa, quanto mas gobernador de una insula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor que le falte á quien

1 *Esta palabra carecia en tiempo de Cervantes de la disonancia con que ahora parece ofende á los oidos.*

darlas : vuestra merced mire cómo habla , señor Barbero , que no es todo hacer barbas , y algo va de Pedro á Pedro: digolo porque todos nos conocemos , y á mí no se me ha de echar dado falso : y en esto del encanto de mi amo Dios sabe la verdad , y quedese aqui , porque es peor menearlo. No quiso responder el Barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procuraban encubrir : y por este mismo temor habia el Cura dicho al Canonigo que caminase un poco delante , que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hizolo asi el Canonigo y adelantose con sus criados, y con él. Estubo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion , vida, locura y costumbres de Don Quixote, contandole brevemente el principio y causa de su desvario, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula , y el disignio que llevaban de llevarle á su tierra para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiraronse denuevo los criados y el Canonigo de oir la peregrina historia de Don Quixote, y en acabandola de oir, dixo : verdaderamente , señor Cura , yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la republica estos que llaman libros de caballerias;y aunque he leido , llevado de un ocioso y falso gusto , casi el principio de todos los mas que hay impresos , jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, qual mas qual menos, todos ellos son una misma cosa , y no tiene mas este que aquel , ni estotro que el otro: y segun á mí me parece, este genero de escritura

y composicion cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleytar, y no á enseñar[1], al contrario de lo que hacen las fabulas apologas, que deleytan y enseñan juntamente: y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleytar, no sé yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleyte, que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista, ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues qué hermosura puede haber, ó que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes en un libro, ó fabula, donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique? y qué quando nos quieren pintar una batalla? despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes, como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo: pues qué diremos de la facilidad con que una Reyna, ó Emperatriz heredera, se conduce en los

1 Y no á enseñar. *Dixeronse fabulas Milesias, porque se inventaron en Mileto, ciudad de la Jonia, entregada toda á las delicias y pasatiempos: genero de fabulas, dice Luis Vives, que no se propone otro fin, sino el recreo, y el desperdicio del tiempo, sinque contengan verdad, ni verisimilitud, ni otra utilidad alguna.* [*T. II. p.* 216.]

brazos de un andante y no conocido caballero? qué ingenio, si no es del todo barbaro é inculto, podra contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con prospero viento, y hoy anochece en Lombardia, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras, que ni las descubrio Tolomeo, ni las vio Marco Polo? [1] Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen, los escriben como cosas de mentira, y que asi no estan obligados á mirar en delicadezas, ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fabulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiendose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los animos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegria juntas: y todas estas cosas no podra ha-

1 Marco Polo. *Veneciano, insigne viagero del siglo XIII. en las regiones del Oriente: estubo 27. años en la Gran Tartaria desde el de 1269. hasta el de 1295: escribio una obra donde se refieren sus peregrinaciones, las quales se tubieron un tiempo por cuentos fabulosos, hasta que en las navegaciones, que emprendieron los portugueses á la India Oriental, se acreditó la verdad de ellas; y asi las han defendido despues los criticos, especialmente el caballero Foscarini* [Della Letteratura Veneziana: *vol. 1. p. 414.*] *Rodrigo Fernandez de Santaella, llamado vulgarmente* maese Rodrigo, *traduxo estos viages en castellano, y se imprimieron en Logroño año de 1529. con el titulo de* La Historia Oriental.

cer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfecion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerias, que haga un cuerpo de fabula entero con todos sus miembros de manera, que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una quimera, ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada: fuera desto, son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesias malmirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la republica cristiana, como á gente inutil. El Cura le estubo escuchando con grande atencion, y pareciole hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en quanto decia: y asi le dixo que por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerias, habia quemado todos los de Don Quixote, que eran muchos; y contole el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego, y dexado con vida: de que no poco se rió el Canonigo, y dixo que con todo quanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sugeto que ofrecian para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mos-

trandose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y eloquente orador persuadiendo, ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar, como en el acometer: pintando ora un lamentable y tragico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento: alli una hermosisima dama, honesta, discreta y recatada: aqui un caballero cristiano, valiente y comedido: aculla un desaforado barbaro fanfarron: aca un Principe cortes, valeroso y bienmirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores: ya puede mostrarse astrologo, ya cosmografo escelente, ya musico, ya inteligente en las materias de Estado, y tal vez le vendra ocasion de mostrarse nigromante, si quisiere: puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Hector, las traiciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Cesar, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfeto á un varon ilustre, ahora poniendolas en uno solo, ahora dividiendolas en muchos: y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo, y con ingeniosa invencion que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondra una tela de varios y hermosos lazos texida, que despues de acabada, tal perfecion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleytar juntamente, como ya tengo dicho; porque la escritura desatada destos libros da lugar á que

el autor pueda mostrarse epico, lirico, tragico, comico, con todas aquellas partes, que encierran en sí las dulcisimas y agradables ciencias de la Poesia y de la Oratoria: que la Epica tambien puede escrebirse en prosa, como en verso.

CAPITULO XLVIII.

DONDE PROSIGUE EL CANONIGO LA MATERIA DE LOS LIBROS DE CABALLERIAS, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE SU INGENIO.

Asi es como vuestra merced dice, señor Canonigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aqui han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos Principes de la poesia griega y latina. Yo alomenos, replicó el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerias, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la esperiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, asi por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el numero de los simples que de los prudentes, y que pues-

to que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que mas me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que agora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, asi las imaginadas, como las de historia, todas, ó las mas, son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las componen, y los autores que las representan, dicen que asi han de ser, porque asi las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fabula, como el arte pide, no sirven sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio; y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: deste modo vendra á ser mi libro alcabo de haberme quemado las cejas por guardar los precetos referidos, y vendre á ser el sastre del cantillo: y aunque algunas veces he procurado persuadir á los autores [1] que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraeran, y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya estan tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuer-

1 *No* actores, *como en la I. edicion*: *enmendose en la II.*

dome que un dia dixe á uno destos pertinaces: decidme, ¿no os acordais que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta de estos reynos, las quales fueron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron á todos quantos las oyeron, asi simples, como prudentes, asi del vulgo, como de los escogidos, y dieron mas dineros á los representantes ellas tres solas, que treinta de las mejores que despues aca se han hecho? ¿Sin duda, respondio el autor que digo, que debe de decir vuestra merced por: *La Isabela*: *La Filis*: y *La Alexandra*?[1] Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los precetos del arte, y si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: asique no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fue disparate: *La Ingratitud Vengada*[2]; ni le tubo: *La Numan-*

1 La Alexandra. *El autor de estas tragedias fue Lupercio Leonardo y Argensola, natural de Balbastro, secretario de la Emperatriz D.ª Maria, quando vivia retirada en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, y despues lo fue del vireynato de Napoles en tiempo de D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, en cuya ciudad murio el año de 1613. D. Juan Lopez Sedano imprimio la Isabela y la Alexandra en el tom. VI. del* Parnaso Español: *p. 312. haciendo juicio de ellas. La Filis no se ha descubierto todavia.*

2 La Ingratitud Vengada. *Comedia de Lope de Vega.* [*P. XIV. año de 1620.*] *Tiene la escelencia de recaer la ridiculez sobre el heroe principal, que es Octavio, cuya ingratitud queda plenamente vengada por Luciana, su amante: el estilo es propio: el dialogo vivo y natural; pero no carece de defectos. Los interlocutores son una confu-*

cia[1]; ni se le halló en la de: *El Mercader Amante*[2]; ni menos en: *La Enemiga Favorable*[3]; ni

sa mezcla de Principes, marqueses, hidalgos, pages, lacayos, valentones ó diestros, damas, rameras, y alcahuetas. Matan en el teatro á Mauricio, criado del marques Fineo: suceso nada comico. Las reglas del arte no siempre se observan. Prenden á Octavio en el teatro, y sale de la carcel despues de muchos dias. Dicelo él mismo:

No pienses que porque salgo
De prision de mas de un mes,
Valgo menos que el marques.

[*Act. III.*]

1 La Numancia. *Comedia, ó por mejor decir Tragedia del mismo Cervantes, de que hace mencion en el prologo de sus Comedias, y que se publicó con el* Viage del Parnaso *año de 1784. donde se exâmina.*

2 El Mercader Amante. *De Gaspar de Avila, ingenio valenciano, mayordomo del duque de Gandia. Observanse en esta comedia las unidades de accion, tiempo y lugar, y no carece de graciosidad: queda sinembargo algunas veces solo el teatro, y tal vez se juega del vocablo, como quando dice Astolfo á D. Garcia, preciado de hidalgo y linajudo:*

Aunque vos tengais valor,
No penseis que yo no valgo:
Que si es bueno el hijo de algo,
El padre de *algo* es mejor.

Su argumento coincide con el de la novela del Curioso Impertinente *de Cervantes. Belisario, mercader rico, y amante de Lavinia, hace una donacion absoluta de todos sus bienes en favor del referido Astolfo, su criado [aunque con la condicion verbal de volverselos á su tiempo] por esperimentar si esta dama le querria igualmente, viendole pobre: cuya impertinente esperiencia pudo haberle costado caro, si Astolfo no le hubiera vuelto el caudal haciendo valer su escritura de donacion. Hallase esta comedia en la Segunda Parte de las doce, que de* laureados poetas valencianos.... ajustadas con sus originales por Aurelio Mey *se imprimieron en Valencia año de 1616. 4.*

3 La Enemiga Favorable. *Escribiola Francisco Tarrega, canonigo de Valencia. No se notan en ella con efecto*

en otras algunas, que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado: y otras cosas añadi á estas, con que á mi parecer le dexé algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor Canonigo, dixo á esta sazon el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerias; porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las cos-

disparates en la observancia de las unidades de accion, tiempo ni lugar; pero se notan otros. La escena es en Napoles. El Rey se prenda de Laura, Princesa. Irene, la Reyna, lo lleva á mal. Introducese un juego de cañas. Saca el Rey un sombrero guarnecido de plumas, tomadas, como él dice, de uno de los arcangeles. Estimulada la Reyna de los zelos le dice que mejor seria las hubiese tomado del atril de S. Lucas. Moteja Irene á Laura de humilde linage y de poco honesta, y replica Laura:

Tengo mejores parientes
Que tú, y aun soy mas honrada.
Irene. .... Mientes.
Dale un bofeton.
Laura. Bofeton y mientes?
De mis manos hare espada,
Y puñales de mis dientes.
Cierra con ella, y la araña.
Irene. Asi vengo una traycion.
Laura. Yo te quitaré la vida.

Dase fin á estas riñas, glosando Laura una Avemaria en favor de Irene, acusada de adulterio. Esto prueba que observandose las reglas del arte puede hacerse una comedia con algunos defectos.

tumbres, é imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades, é imagines de lascivia; porque qué mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? y qué mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retorico, un page consejero, un Rey ganapan, y una Princesa fregona? qué dire pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden, ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzo en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun si fuera de quatro jornadas, la quarta acabara en America; y asi se hubiera hecho en todas las quatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, ¿como es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento que fingiendo una accion, que pasa en tiempo del Rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal, le atribuyan que fue el Emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundandose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras, sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisimiles, sino con patentes errores de todo punto inescusables? y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurias.

Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¡que de milagros falsos fingen en ellas[1], que de cosas apocrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! y aun en las humanas se atreven á hacer milagros sin mas respeto ni consideracion que parecerles que alli estará bien el tal milagro, y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios españoles; porque los estrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos[2]: y no seria bastante disculpa desto decir que el principal intento, que las republicas bien ordena-

1 Fingen en ellas. *Aunque no se componen ni representan ya comedias de santos, que eran las que se llamaban divinas, eran comunisimas en tiempo de Felipe II. y por eso dixo el recitante Agustin de Roxas*:

Alfin no quedó poeta
En Sevilla, que no hiciese
De algun santo su comedia.

[*Viage Entretenido*: *p. 49. Loa sobre la Comedia.*]

2 De las que hacemos. *El mismo Lope dice de sí en su* Arte nuevo de hacer Comedias:

Mas ninguno de todos llamar puedo
Mas *barbaro* que yo, pues contra el Arte
Me atrevo á dar preceptos, y me dexo
Llevar de la vulgar corriente, adonde
Me llamen *ignorante* Italia y Francia.

Sinembargo de esta confesion bien sabia Lope que no faltaban lectores que leian sus escritos con aficion. Algunos hay [*dice en el prologo del Peregrino*] si no en mi patria, en Italia y Francia, y en las Indias, donde no se atrevio á pasar la envidia.

das tienen permitiendo que se hagan publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla aveces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues este se consigue con qualquier comedia buena, ó mala, no hay para que poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan, á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo qual responderia yo que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas, que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los exemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare, por rustico y torpe que sea: y de toda imposibilidad es imposible dexar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tubiere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan: y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercaderia vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian, si no fuesen de aquel jaez; y asi el poeta procura acomodarse

con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide: y que esto sea verdad, vease por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicisimo ingenio destos reynos con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfecion que requieren[1]. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages: y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta, que exâminase todas las comedias antes que se representasen: no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la qual aprobacion, sello y firma, ninguna Justicia en su Lugar dexase representar comedia alguna: y desta

1 Que requieren. *El felicisimo ingenio, de quien habla Cervantes, es Lope de Vega, que en su referido* Arte nuevo de hacer Comedias *confiesa esta deferencia á los representantes y al pueblo por estas palabras*:

Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron,
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exâmen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias y se conseguiria felicisimamente lo que en ellas se pretende, asi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes y el ahorro del cuidado de castigarlos[1]. Y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que exâminase los libros de caballerias que denuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfecion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la eloquencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos, que saliesen para honesto pasatiempo no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados; pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreacion.

A este punto de su coloquio llegaban el Canonigo y el Cura, quando adelantandose el Barbero llegó á ellos, y dixo al Cura: aqui, señor Licenciado, es el lugar que yo dixe que era bueno para que sesteando nosotros, tubiesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Asi me lo parece á mí, respondio el Cura, y diciendole al Canonigo

1 Del cuidado de castigarlos. *Vease una nota sobre el cap. XI. de la P. II.*

lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia; y asi por gozar dél, como de la conversacion del Cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quixote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no lejos de alli estaba, y truxesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde. A lo qual uno de sus criados respondio que el acemila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. Pues asi es, dixo el Canonigo, llevense alla todas las cabalgaduras, y haced volver la acemila. Entanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del Cura y el Barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dixo: señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aqui encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro Lugar y el Barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos: presupuesta pues esta verdad, siguese que no va encantado, sino embaido y tonto: para prueba de lo qual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y vera como no va encantado sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo San-

cho, respondio Don Quixote, que yo te satisfare, y respondere á toda tu voluntad: y en lo que dices que aquellos que alli van y vienen con nosotros son el Cura y el Barbero, nuestros compatriotos y conocidos, bien podra ser que parezca que son ellos mismos, pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habran tomado esa apariencia y semejanza, porque es facil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habran tomado las destos nuestros amigos para darte á ti ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tubieses la soga de Teseo: y tambien lo habran hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño; porque si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿que quieres que diga, ó piense sino que la manera de mi encantamento excede á quantas yo he leido en todas las historias, que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? asique bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque asi son ellos, como yo soy turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo te respondere, aunque me preguntes de aqui á mañana. Valame nuestra Señora! respondio Sancho, dando una gran voz: ¿y es posi-

ble que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia, que el encanto? pero pues asi es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si no, digame, asi Dios le saque desta tormenta, y asi se vea en los brazos de mi señora Dulcinea quando menos piense. Acaba de conjurarme, dixo Don Quixote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te respondere con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debaxo de titulo de caballeros andantes. Digo que no mentire en cosa alguna, respondio Don Quixote, acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y asi, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso, despues que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores, ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclarate mas, si quieres que te responda derechamente. ¿Es posible que no entiende vuestra merced de hacer aguas menores, ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello; pues sepa que quiero decir: si le ha venido gana de hacer lo que no se escusa?

Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun agora la tengo, sacame deste peligro, que no anda todo limpio.

CAPITULO XLIX.

DONDE SE TRATA DEL DISCRETO COLOQUIO QUE SANCHO PANZA TUBO CON SU SEÑOR DON QUIXOTE.

Ah! dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como á la vida. Venga aca, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahi, quando una persona está de mala voluntad: no sé que tiene fulano; ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde aproposito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? de donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondio Don Quixote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que arguir, ni de que hacer consequencias: yo sé, y tengo para mí, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad

de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dexase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y estrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfacion seria bien que vuestra merced probase á salir desta carcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase denuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado segun va de melancolico y triste: y hecho esto, probasemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras, y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en la qual prometo á ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó Don Quixote, y quando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecere en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas platicas se entretubieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el Cura, el Canonigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexolos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quixote,

sino á los tan advertidos y discretos como su escudero : el qual rogo al Cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula , porque si no le dexaban salir , no iria tan limpia aquella prision, como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendiole el Cura , y dixo que de muy buena gana haria lo que le pedia , si no temiera que en viendose su señor en libertad habia de hacer de las suyas , y irse donde jamas gentes le viesen. Yo le fio de la fuga , respondio Sancho. Y yo y todo , dixo el Canonigo , y mas si él me da la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy , respondio Don Quixote, que todo lo estaba escuchando , quanto mas que el que está encantado como yo , no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere , porque el que le encantó , le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido, le hara volver envolandas ; y que pues esto era asi , bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos , y del no soltarle les protestaba que no podia dexar de fatigarles el olfato , si de alli no se desviaban. Tomole la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas , y debaxo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula ; y lo primero que hizo fue estirarse todo el cuerpo , y luego se fue donde estaba Rocinante , y dandole dos palmadas en las ancas , dixo : aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos qual deseamos , tú con tu señor acuestas , y yo encima

de ti, exercitando el oficio para que Dios me echó al mundo; y diciendo esto Don Quixote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirabalo el Canonigo, y admirabase de ver la estrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablaba y respondia mostraba tener bonisimo entendimiento, solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratandole de caballerias; y asi movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del Canonigo, le dixo: ¿es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerias, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas, como lo está la misma mentira de la verdad? ¿y como es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto Emperador de Trapisonda, tanto Felix Marte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto genero de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarria de trages, tantas Princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes, y finalmente tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerias contienen? de mí

sé decir que quando los leo, entanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tubiera: bien como á merecedores de tal pena por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas setas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á terminos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae, ó lleva algun leon, ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él, dexando que le vean. Ea, señor Don Quixote, duelase de sí mismo, y reduzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fue servido de darle, empleando el felicisimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia, y en aumento de su honra: y si todavia llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerias, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que alli hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tubo Lusitania, un Cesar Roma, un Anibal Cartago, un Alexandro Grecia, un Conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Va-

lencia, un Gonzalo Fernandez Andalucia, un Diego Garcia de Paredes Estremadura, un Garci Perez de Vargas Xerez, un Garcilaso Toledo[1], un D. Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleytar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí sera letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quixote mio, de la qual saldra erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardia: y todo esto para honra de Dios, provecho suyo, y fama de la Mancha, do segun he sabido trae vuestra merced su principio y origen.

Atentisimamente estubo Don Quixote escuchando las razones del Canonigo, y quando vio que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dixo: pareceme, señor hidalgo, que la platica de vuestra

1 Un Garcilaso Toledo. *No es este el poeta, aunque tambien toledano y soldado valiente, sino otro Garcilaso, que en la Vega de Granada hizo varias proezas militares: entre ellas la de salir siendo muy mozo contra un moro de estraordinario valor, que desafió á los capitanes del Rey D. Fernando, y al mismo Rey, y que por befa traia prendida á la cola del caballo el* Ave Maria; *y el joven Garcilaso le vencio, le cortó la cabeza, colgola del arzon, y arrancó el* Ave Maria *de la cola del caballo: y por esto los Lasos traen en su escudo estas palabras de la salutacion angelica. Asi Gines de Hita [Guerras de Granada: cap. XVII. p. 623.] en el romance que empieza:*

Cercada está Santa Fe
Con mucho lienzo encerado.

merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerias son falsos, mentirosos, dañadores, é inutiles para la republica, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiendome puesto á seguir la durisima profesion de la caballeria andante que ellos enseñan, negandome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras estan llenas. Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dixo á esta sazon el Canonigo. A lo qual respondio Don Quixote: añadio tambien vuestra merced, diciendo que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puestome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan y enseñan. Asi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replico Don Quixote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merced dice que da á los libros quando los lee y le enfadan; porque querer dar á entender á nadie que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros, de que estan colmadas las historias, sera querer persuadir que el sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: ¿porque qué ingenio puede haber en el mundo que

pueda persuadir á otro que no fue verdad lo de la Infanta Floripes y Gui de Borgoña[1], y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que sucedio en el tiempo de Carlo Magno?[2] que voto á tal, que es tanta verdad, como es ahora de dia: y si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reyno por momentos: y tambien se atreveran á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino[3], y la de la *De-*

1 Gui de Borgoña. *Floripes fue hija del almirante Balan, hermana de Fierabras, y habiendo recibido el bautismo se casó con Gui ó Guido de Borgoña, sobrino de Carlo Magno y primo de Roldan; y fueron Reyes en su tierra, segun se refiere en la historia de los doce Pares.*

2 Carlo Magno. *Constaba la puente Mantible de treinta arcos de marmol, echado sobre un caudaloso rio, que solo por él se podia pasar: guardabale un espantoso y descomunal gigante; pero con todo eso le ganó Carlo Magno con ayuda del gigante Fierabras, segun cuentan y fingen las cronicas francesas. La verdadera historia y cronica del Gran Capitan refiere que el valentisimo estremeño Diego Garcia de Paredes con un montante, ó espada de dos manos, detubo á mas de quinientos franceses para que no pasasen por el puente que habian echado sobre el Garellano. [Cap. CVI. f. 139. Vease tambien á nuestro autor: P. I. tom. II. cap. XXXII. p. 286.]*

3 Guarino Mezquino. *La historia de este caballero andante parece se escribio primero en italiano, de donde la traduxo en castellano Alonso Hernandez Aleman, que la publicó en Sevilla en casa de Andres de Burgos año de 1548. fol. intitulandola:* Coronica del noble caballero Guarino Mezquino, ó Prohezas en armas de Guarino ó Guerino Mezquino.

manda del Santo Grial [1], y que son apocrifos los amores de Don Tristan y la Reyna Iseo, como los

1 Demanda del Santo Grial. *Titulo de un libro, tan antiguo como raro, de caballerias.* Demanda *quiere decir conquista* : Grial *es un plato ó vaso de esmeralda, llamado* santo *ó santificado por haber servido, segun se finge, en la ultima cena de nuestro Señor, ó para recoger su preciosa sangre quando Josef Abarimatea lavó las llagas de su sagrado cuerpo para embalsamarle y sepultarle: y por esto se intitula tambien este libro* : Josef Abarimatea, ó Historia de Josef Abarimatea y del Santo Grial. *Inventa con efecto el autor de esta obra* [*que se escribio en latin, en frances, en italiano y en castellano*] *que este noble decurion* [*que segun creen los PP. Bolandos murio en Jerusalen despues de una venerable vejez*] *con un hijo suyo, llamado tambien Josef, y otros doce compañeros fueron enviados á la Gran Bretaña por S. Pedro, ó S. Felipe, que predicaban en Francia el Evangelio, para que le anunciasen asimismo á aquellos isleños. El intento del autor fue atribuir la introducion y predicacion de nuestra Santa Fe en Inglaterra á Josef Abarimatea; y como esta introducion es fabulosa, por eso la acreditan tambien otros libros fabulosos, acumulando nuevas fabulas. En la Historia de Amadis de Gaula se dice que* : Josef Abarimatea fue padre de aquel Jusepe que fue el primero que fundó la Gran Torre Bermeja, *que* poblo la isla llamada de su nombre, *que* introduxo en ella la Religion Cristiana, *y que* viniendo á la Gran Bretaña traxo consigo el Santo Grial. *Segun el Diccionario de Trevoux* : Graal ó Santo Graal es un plato ó catino precioso que se enseña en Genova con muchas ceremonias y veneracion, porque se dice que sirvio en la mesa en la cena de nuestro Señor. [*Vease para todo lo dicho á Quadrio* : Della Storia é della Ragione d'ogni poesia: *vol. IV. l. II. dist. I. c. III.*] *La ocasion con que los genoveses adquirieron este santo Catino ó Grial se cuenta en la Historia de Alonso VII. Rey de Castilla. Este santo Grial paraba no se sabe cómo en poder de los moros de Almeria, y quando este Rey la conquistó y rescató de ellos con la ayuda de la esquadra genovesa, y con los socorros de D. Ramon, conde de Barcelona, hizo tres partes de los des-*

de Ginebra y Lanzarote[1], habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino que tubo la Gran Bretaña; y es esto tan asi, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de partes de mi padre, quando veia alguna dueña con tocas reverendas: aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona, de donde arguyo yo que la debio de conocer ella, ó por lomenos debio de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿Pues quien podra negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armeria de los Reyes la clavija, con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los ayres, que es un poco mayor que un timon de carreta? y junto á la clavija está la silla de Babieca: y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan tamaño como una grande viga[2]. De

pojos: una la ciudad, que tomó para sí: otra el haber ó los tesoros, que se dieron al Conde: y la otra el santo Catino, ó como dice una Historia antigua, citada por Fr. Prudencio de Sandoval [Historia del Emperador Alonso VII. p. 189.] la Escodilla de Esmeralda, *que se dio á los genoveses. De este plato, ó Catino, ó santo Grial trata tambien el lapidario Jayme Ferrer de Blanes, y le trae figurado en una estampa, en su* Exposicion de algunas sentencias del Dante en Catalan, y tratado de las piedras preciosas que hay en varias ciudades del mundo: *impreso año de 1545. 8.*

1 De Ginebra y Lanzarote. *En la novela ó libro de caballerias del Rey Artus se trata de las amorosas aventuras de estas Reynas y de estos caballeros. [V.* Discurso Preliminar: *§. V. p. XLI.*]

2 Como una grande viga. *Este es el famoso cuerno de marfil que solia tocar en las batallas Roldan, y en una*

donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes: que á sus aventuras van. Si no, diganme tambien que no es verdad que fue caballero andante el valiente Lusitano Juan de Merlo, que fue á Borgoña, y se combatio en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado mosen Pierres, y despues en la ciudad de Basilea con mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama[1]: y las aventuras y desa-

ocasion [dice el arzobispo Turpin: cap. 23.] le tocó con tanto esfuerzo y pujanza, que rebento por medio, y al dueño se le rompieron las venas y nervios del cuello.

1 Lleno de honrosa fama. *Juan de Merlo, ó Melo, de origen portugues, aunque nacido en Castilla, fue mayordomo de D. Alvaro de Luna, hizo armas á caballo en la ciudad de Ras con Pedro de Brecemonte, señor de Charní, en presencia de Felipe, duque de Borgoña, y las que hizo en Basilea fueron á pie. Juan de Mena dice que las hizo en la ciudad de Hala con Enrique de Ravestein. Fue uno de los conquistadores ó aventureros, que corrio y rompio lanzas en el Paso Honroso de Suero de Quiñones el año de 1434. de que se hablará luego. Fue alcayde de Alcala la Real, ó de los Donceles, frontera del reyno de Granada, y siguiendo su humor soldadesco y caballeresco hizo algunas tropelias, de que se quejaron al Rey los regidores, y por las que fue preso y privado de la alcaydia. Fue muy estimado de D. Juan II. que le dio la alcaydia con esta ocasion. Disputabase en Escalona, villa de D. Alvaro de Luna, en presencia del Rey entre algunos valientes caballeros sobre quien habia sido mas valeroso, si Aquiles, ó Hector. Acaloraronse tanto las partes en la defensa de su opinion, que vinieron algunas veces á las manos, aunque el Rey los apaciguaba metiendose por medio. Viendo estas porfiadas contiendas D. Enrique de Aragon, marques de Villena, llamado el Astro-*

fios, que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada [de cuya alcurnia yo deciendo por linea recta de varon] venciendo á los hijos del conde de San Polo[1]: nieguenme asimismo que no fue á buscar las

logo, gran defensor de Hector, dixo: yo quiero que venga aqui Hector: veamos si los aquilistas tienen tanto animo para defenderse, como lengua para parlar; *y aun no lo hubo acabado de decir, quando vieron entrar por la sala una fantasma echando bocanadas de fuego, que con voz alterada y ronca dixo*: ¿quien de vosotros osa decir ser mas fuerte Aquiles, que Hector? *y los que mas constancia ponian en decirlo y defenderlo, fueron los primeros que huyeron. Quedose el Rey en su silla, y Juan de Melo echó mano á su espada, y arrevolvio al brazo su manto para defender al Rey, por lo qual le hizo guardamayor de su casa y alcayde de Alcala de los Donceles. Asi cuenta este caso del marques de Villena, parecido á otras hablillas que corren de él, el P. Geronimo Roman de la Higuera, remitiendose al tratado que de su* Linage *escribio el mismo Merlo. [Historia de Toledo: P.I. t.I. l. III. p.147. Biblioteca Real: est.F.cod.45.] De las demas noticias deponen Garibay [lib. 16. cap. 23.]*: El Paso Honroso, *que se halla al fin de la* Cronica *de D. Alvaro de Luna reimpresa en 1784*: Las Trecientas de Mena [*copl. 198. y 199.*]: *y la* Cronica de Henrique IV. [*cap. 6.*]

1 Del conde de San Polo. *Gutierre Quixada, señor de Villagarcia, vuelto de su romeria de Jerusalen, hizo armas en Sant Omer en Borgoña con Pedro, señor de Haburden ó Haburdi, hijo bastardo del conde de San Polo, en el año de 1435. Tiró la lanza Quixada quince pasos antes que llegara el contrario, pasandola por encima de su hombro, y clavandola en el suelo con tanta fuerza, que con dificultad se pudo arrancar. La del señor de Haburden no llegó ni con mucho. Despues se combatieron con las hachas, descargandose recios golpes, y asiendole Quixada dio con él en el suelo, y levantada la hacha en las manos, le pudiera matar, si el duque Felipe, en cuya presencia se hizo el combate, no echara el baston. El otro*

aventuras á Alemania D. Fernando de Guevara, donde se combatio con Micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria[1]: digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones del Paso[2]:

hijo, tambien bastardo, del conde de San Polo, se llamaba Diego, y este estaba aplazado para combatirse con Pedro Barba; pero no pudiendo acudir por enfermedad, riñó por él este valeroso ascendiente de Don Quixote, segun dice Garibay [lib. 16. cap. 24.] y Pedro Geronimo de Aponte. [Nobiliario. Biblioteca Real: est. K. cod. 139. p. 596. b.]

1 Del duque de Austria. *El mencionado Garibay [lib. 16. cap. 23.] añade que* D. Fernando de Guevara pasando á Alemania, en Viena ciudad de Austria, hizo armas á pie con un caballero tudesco, llamado Georgio Vonrapag, en presencia de Alberto duque de Austria. D. Fernando llevando de retirada á su competidor, el duque Alberto, echando el baston los sacó de las lizas, é hizo mucha honra á D. Fernando de Guevara, á quien dio de sus joyas.

2 Suero de Quiñones del Paso. *Caballero leones, y de la casa del condestable D. Alvaro de Luna. Impusole su dama el precepto de llevar todos los jueves del año una argolla de hierro al cuello, y para libertarse de él hizo unas justas cerca de la puente del rio Orbigo, como se dixo, que sostubo por espacio de treinta dias el año de 1434. con nueve defensores ó mantenedores contra sesenta y ocho conquistadores ó aventureros de dentro y fuera de España, citados antes por carteles publicos de desafio, como lo espresa él mismo en la arenga que pronunció en presencia del Rey D. Juan II. que dice asi*: Deseo justo é rasonable es los cativos, ó en presion detenidos, desear libertad: é como yo, vasallo é natural vuestro, sea en presion de una señora de tiempo grande aca, en señal de lo qual todos los jueves traygo á mi cuello este fierro, segund ya es notorio en vuestra magnifica corte, é reynos, é fuera dellos por los harautes, que la semejante presion con mis armas an levado: agora, poderoso señor, en nombre del apostol Santiago yo he concertado mi rescate, el qual es tresientas lanzas rompi-

las empresas de mosen Luis de Falces contra D. Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con

das por el asta de mí é destos caballeros, que aqui son en arnes de guerra, contando la que fesiere sangre por rompida.... en el derecho camino por donde la mas gente suele pasar para aquella cibdat donde su santa sepultura está, certificando á todos los estrangeros que alli fallarán arneses é caballos é lanzas tales, que qualquier buen caballero ose dar con ellas, sin temer de las quebrar con pequeño golpe. E notorio sea á todas las señoras de onor que qualquiera que pasará por aquel lugar, á do yo sere, que si non lieva caballero ó gentilombre que faga armas por ella, que dexará el guante de la mano derecha. *Y en la ultima condicion dice*: á todas las señoras del mundo sea manifiesto que si la señora, cuyo yo so, pasare por aquel lugar, donde yo con los caballeros del Paso estaré, que su mano derecha irá segura de perder el guante, é ningund caballero nin gentilombre podra facer armas por ella, salvo yo, pues en el mundo non hay quien tan verdaderamente por ella las pueda faser.

De la relacion juridica, que se hizo de estas justas [que enmedio de su estravagancia quixotesca contribuian tanto para estimular el valor y arrojo militar, y en que tanto interesaban el merito y el predominio de las prendas amables de las damas] hizo un compendio Fr. Juan de Pineda, que publicó con el titulo del Paso Honroso, *y que se reimprimio el año de 1784. al fin de la* Cronica *de D. Alvaro de Luna; pero aqui se ha seguido un codice de letra de aquel tiempo [que se halla en la Real Biblioteca: est. EE. cod. 88.] por el qual, aunque mutilo, se conoce lo que alteró y desfiguró el estilo su primer editor, y las variantes sustanciales que introduxo.*

De este D. Suero se dice tambien que deseó ver á satanas, y que el marques de Villena en virtud de su nigromancia le hizo comparecer, y servir á la mesa de maestre-sala, y despues de visto y reconocido por nuestro caballero aventurero con grande temor y espanto, desaparecio. [Apuntamientos de Luis de Pinedo. Biblioteca Real: est. T. cod. 18.] Esta es una de las muchas hablillas inventadas para desacreditar la aficion del Marques al estudio de las Matematicas.

otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reynos estrangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negase, careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el Canonigo de oir la mezcla que Don Quixote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballeria, y asi le respondio: no puedo yo negar, señor Don Quixote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles: y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos escribe: porque la verdad dello es que fueron caballeros escogidos por los Reyes de Francia, á quien llamaron Pares por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentia: alomenos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago, ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser, ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen: caballero de S. Juan, ó de Alcantara, decian en aquel tiempo: caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babieca en la

armeria de los Reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante, ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues alli está sin duda alguna, replicó Don Quixote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de vaqueta porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondio el Canonigo, pero por las ordenes que recebi, que no me acuerdo haberla visto; mas puesto que conceda que está alli, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros, como por ahi nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan estrañas locuras, como las que estan escritas en los disparatados libros de caballerias.

CAPITULO L.

DE LAS DISCRETAS ALTERCACIONES QUE DON QUIXOTE Y EL CANONIGO TUBIERON, CON OTROS SUCESOS.

Bueno está eso, respondio Don Quixote: ¿los libros que estan impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo

genero de personas de qualquier estado y condicion que sean, habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y dia por dia que el tal caballero hizo, ó caballeros hicieron?[1] calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y creame que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; si no, lealos, y vera el gusto que recibe de su leyenda. Si no digame: ¿hay mayor contento que ver, como si dixesemos aqui ahora, se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos, y otros muchos generos de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristisima, que dice: „tú, „caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el „bien que debaxo destas negras aguas se encubre, „muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrojate „en mitad de su negro y encendido licor, porque si asi no lo haces, no seras digno de ver las „altas marabillas que en sí encierran y contienen „los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yacen?" ¿y que apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa,

1 Hicieron. *Siguio Don Quixote el dictamen de aquel buen sacerdote, de quien cuenta Melchor Cano que no podia darse á entender que fuesen falsos ni apocrifos los libros que se imprimian con las licencias necesarias; y asi tenia por verdaderas las patrañas de Amadis de Gaula.* [De Locis: *lib. XI. cap. VI.*]

quando, sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendandose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y quando no se cata ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa? alli le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrecesele á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos arboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados paxarillos, que por los intricados ramos van cruzando: aqui descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan: aculla ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso marmol compuesta: aca ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando á la naturaleza parece que alli la vence: aculla de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcazar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubies, de

perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura: ¿y hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen numero de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar; y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero, que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcazar ó castillo, y hacerle desnudar, como su madre le pario, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguentos, y vestirle una camisa de cendal delgadisimo, toda olorosa y perfumada; y acudir otra doncella, y echarle un manton sobre los hombros, que por lo menos menos dicen que suele valer una ciudad, y aun mas? ¿que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? qué, el verle echar agua á manos, toda de ambar y de olorosas flores distilada? qué, el hacerle sentar sobre una silla de marfil? qué, verle servir todas las doncellas, guardando un marabilloso silencio? qué, el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á qual deba de alargar la mano? ¿qual sera oir la musica, que entanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adónde suena? ¿y despues de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quiza mondandose los dientes como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas her-

mosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir que qualquiera parte que se lea de qualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y marabilla á qualquiera que la leyere: y vuestra merced creame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y vera como le destierran la melancolia que tubiere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que despues que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciendome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun reyno, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que, pomia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento, que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras: por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle

un condado que le tengo muchos dias ha prometido: sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su Estado. Casi estas ultimas palabras oyo Sancho á su amo, á quien dixo: trabaje vuestra merced, señor Don Quixote, en darme ese condado, tan prometido de vuestra merced, como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle: y quando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los Estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa: y asi hare yo, y no repararé en tanto mas quanto, sino que luego me desistire de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y alla se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendese enquanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de entender el señor del Estado, y aqui entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre iran errados los medios y los fines: y asi suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofias, respondio Sancho Panza; mas solo sé, que tan presto tubiese yo el condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo, como otro, y tanto cuerpo, como el que mas, y tan Rey seria yo de mi Estado, como cada uno del suyo; y siendolo, haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haria mi gusto, y haciendo mi gusto, estaria contento, y en estando uno

contento, no tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear, acabose, y el Estado venga, y á Dios y veamonos, como dixo un ciego á otro. No son malas filosofias esas, como tú dices, Sancho[1]; pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. A lo qual replicó Don Quixote: yo no sé qué haya que decir; solo me guio por muchos y diversos exemplos, que podia traer á este proposito, de caballeros de mi profesion, que correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habian recebido, les hicieron notables mercedes haciendoles señores absolutos de ciudades y insulas: y qual hubo, que llegaron sus merecimientos á tanto grado, que tubo humos de hacerse Rey; pero paraqué gasto tiempo en esto, ofreciendome un tan insigne exemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la Insula Firme?[2] y asi puedo yo sin escrupulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el Canonigo de los concer-

1 *Dixo el Canonigo.*

2 Conde de la Insula Firme? *En el* Discurso Preliminar: §. *I. se dixo que Cervantes corrigio y mejoró la primera impresion de su Don Quixote, publicada el año de 1605. [aunque impresa el de 1604. estando él ausente] en la del año de 1608. que se hizo á su vista, suprimiendo unas cosas, y añadiendo otras. Alli se alegaron algunas de estas variantes, que no deben reputarse como tales por constar de ellas el mismo nuevo testo original, en que estan incorporadas. Una de estas adiciones es la que se lee aqui desde aquellas palabras* por muchos y diversos exemplos *hasta* Amadis de Gaula.

tados disparates [si disparates sufren concierto] que Don Quixote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del Caballero del Lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del Canonigo, que á la venta habian ido por la acemila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos arboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho.

Y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo, y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que alli junto estaban sonaba, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un Cabrero dandole voces, y diciendole palabras á su uso para que se detubiese, ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida se vino á la gente, como á favorecerse della, y alli se detubo. Llegó el Cabrero, y asiendola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dixo: ah cerrera, cerrera, manchada, manchada! y cómo andais vos estos dias de pie coxo? qué lobos os espantan, hija? no me direis qué es esto, hermosa? mas qué puede ser sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion, y la de todas aquellas á quien imitais: volved, volved,

amiga, que si no tan contenta, alomenos estareis segura en vuestro aprisco, ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y tan descaminada, en qué podran parar ellas? Contento dieron las palabras del Cabrero á los que las oyeron, especialmente al Canonigo, que le dixo: por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decis ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongais á estorbarlo: tomad este bocado, y bebed una vez, con que templaréis la colera, y entanto descansará la cabra. Y el decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fue uno. Tomolo, y agradeciolo el Cabrero, bebio, y sosegose, y luego dixo: no querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tubiesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dixe: rustico soy, pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo sé de esperiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filosofos. Alomenos, señor, replicó el Cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad, que acredite lo que ese señor [señalando al Cura] ha dicho, y la

mia. A esto respondio Don Quixote: por ver que tiene este caso un nosequé de sombra de aventura de caballeria, yo por mi parte os oire, hermano, de muy buena gana, y asi lo haran todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharémos. Saco la mia, dixo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor Don Quixote que el escudero de caballero andante ha de comer quando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada, que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, alli se podra quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote: vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refacion, como se la dare escuchando el cuento deste buen hombre. Asi la daremos todos á las nuestras, dixo el Canonigo, y luego rogo al Cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El Cabrero dio dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciendole: recuestate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendio la cabra, porque en sentandose su dueño, se tendio ella junto á él con mucho sosiego, y mirandole al rostro, daba á en-

tender que estaba atenta á lo que el Cabrero iba diciendo, el qual comenzo su historia desta manera.

CAPITULO LI.

QUE TRATA DE LO QUE CONTO EL CABRERO A TODOS LOS QUE LLEVABAN A DON QUIXOTE.

Tres leguas deste valle está una aldea que, aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la qual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donayre y virtud, que el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las estremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fue hermosisima. La fama de su belleza se comenzo á estender por todas las circunvecinas aldeas: ¿que digo yo por las circunvecinas no mas, si se estendio á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los Reyes y por los oidos de todo genero de gente, que como á cosa rara, ó como á imagen de milagros, de todas partes á verla venian? Guardabala su padre, y guardabase ella: que no hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden á una doncella, que las del recato propio. La riqueza del padre y la

belleza de la hija movieron á muchos, asi del pueblo como forasteros, á que por muger se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quién la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos, que tan buen deseo tenian, fui yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidio tambien otro del mismo pueblo, que fue causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con qualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada: y por salir desta confusion determinó decirselo á Leandra [que asi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto] advirtiendo que pues los dos eramos iguales, era bien dexar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado: no digo yo que los dexen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tubo Leandra; solo sé que el padre nos entretubo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaba tampoco. Llamase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se dexa entender que ha de ser des-

astrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo Lugar, el qual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes de ser soldado: llevole de nuestro Lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitan, que con su compañia por alli acerto á pasar, y volvio el mozo de alli á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dixes de cristal y sutiles cadenas de acero: hoy se ponia una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dandole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notó, y conto punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellas, que si no se los contaran, hubiera quien jurara que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y de mas de veinte plumas: y no parezca impertinente y demasia esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentabase en un poyo que debaxo de un gran alamo está en nuestra plaza, y alli nos tenia á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando: no habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto mas moros que tiene Marruecos y Tunez, y entrado en mas singulares desafios, segun él decia, que Gante y Luna, Diego Garcia de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con vitoria, sinque le hubiesen derramado una sola gota de sangre:

por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y faciones: finalmente con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linage sus obras, y que debaxo de ser soldado al mismo Rey no debia nada: añadiosele á estas arrogancias ser un poco musico, y tocar una guitarra á lo rasgado de manera, que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aqui sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y asi de cada niñeria que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues que aqui he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galan, este musico, este poeta fue visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamorola el oropel de sus vistosos trages, encantaronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido, y finalmente, que asi el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél antes que en él naciese presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teniale cumplido, habiendo dexado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentadose de la

aldea con el soldado, que salio con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tubieron: yo quedé suspenso, Anselmo atonito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los quadrilleros listos: tomaronse los caminos, escudriñaronse los bosques y quanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosisimas joyas que de su casa habia sacado. Volvieronla á la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confeso sin apremio que Vicente de la Roca la habia engañado, y debaxo de su palabra de ser su esposo, la persuadio que dexase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas viciosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Napoles, y que ella mal advertida y peor engañada le habia creido, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un aspero monte, y la encerro en aquella cueva donde la habian hallado. Conto tambien como el soldado, sin quitarle su honor, le robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueva, y se fue: suceso que denuevo puso en admiracion á todos. Dificil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dexado á su hija con la joya, que si una vez se pierde, no dexa esperanza de que jamas se cobre. El mismo dia que parecio

Leandra, la desparecio su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, alomenos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala, ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, alomenos sin tener cosa qué mirar que contento les diese; los mios en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocabase nuestra paciencia, maldeciamos las galas del soldado, y abominabamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente Anselmo y yo nos concertamos de dexar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la vida entre los arboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas, ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos y á solas, comunicando con el cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos asperos montes, usando el mismo exercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores y de

apriscos, y no hay parte en él donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice, y la llama antojadiza, varia y deshonesta: aquel la condena por facil y ligera: tal la absuelve y perdona: y tal la justifica y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion: y enfin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se estiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamas hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dio á nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los ayres cuente: el eco repite el nombre de Leandra dondequiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados el que muestra que menos y mas juicio tiene es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de qué quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel, que admirablemente toca, con versos, donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas facil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones: y esta fue la ocasion, seño-

res, de las palabras y razones que dixe á esta cabra quando aqui llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometi contaros: si he sido en el contarla prolixo, no sere en serviros corto: cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosisimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables.

CAPITULO LII.

DE LA PENDENCIA QUE DON QUIXOTE TUBO CON EL CABRERO, CON LA RARA AVENTURA DE LOS DICIPLINANTES, A QUIEN DIO FELICE FIN A COSTA DE SU SUDOR.

General gusto causó el cuento del Cabrero á todos los que escuchadole habian, especialmente le recibio el Canonigo, que con estraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rustico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y asi dixo que habia dicho muy bien el Cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio; pero el que mas se mostro liberal en esto fue Don Quixote, que le dixo: por cierto, hermano Cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino, porque vos la tubierades buena, que yo sacara del monesterio [donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad] á Leandra apesar del abadesa y de quantos quisieran es-

torbarlo , y os la pusiera en vuestras manos para que hicierades della á toda vuestra voluntad y talante, guardando pero las leyes de caballeria, que mandan que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno : aunque yo espero en Dios nuestro Señor , que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda , como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Mirole el Cabrero , y como vio á Don Quixote de tan mal pelage y catadura , admirose , y preguntó al Barbero que cerca de sí tenia : señor, quién es este hombre que tal talle tiene , y de tal manera habla? Quién ha de ser , respondio el Barbero, sino el muy famoso Don Quixote de la Mancha, desfacedor de agravios y enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas , el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Eso me semeja , respondio el Cabrero , á lo que se lee en los libros de caballeros andantes , que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice , puesto que para mí tengo ó que vuestra merced se burla , ó que este gentil hombre debe de tener vacios los aposentos de la cabeza[1]. Sois un grandisimo

1 De la cabeza. *Este cabrero habia leido, ú oido leer, lo que la sabia Ipermea dixo de D. Olivante de Laura, que fue lo siguiente*: vos sereis luz de todos los caballeros andantes, espejo de toda bondad, favor de los necesitados, amparo de las viudas, defensor de las doncellas, deshacedor de los agravios, destruidor de los malhechores. [*Lib. I. cap. VII.*]

bellaco, dixo á esta sazon Don Quixote, y vos sois el vacio y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estubo la muy hideputa, puta que os pario: y diciendo y haciendo[1], arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dio con él al Cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el Cabrero, que no sabia de burlas, viendo con quantas veras le maltrataba, sin tener respeto á la alhombra, ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quixote, y asiendole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos y rompiendo tazas, y derramando y esparciendo quanto en ella estaba. Don Quixote, que se vio libre, acudio á subirse sobre el Cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando agatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbaronselo el Canonigo y el Cura: mas el Barbero hizo de suerte, que el Cabrero cogio debaxo de sí á Don Quixote, sobre el qual llovio tanto numero de moxicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre, como del suyo. Rebentaban de risa el Canonigo y el Cura, saltaban los quadrilleros de gozo, zuza-

1 Y diciendo y haciendo. *En las primeras ediciones y en otras se decia*: y diciendo y hablando: *se ha enmendado en esta por errata de imprenta conocida, pues este modismo de la lengua es invariable; y asi en la P. I. cap. XXII. p. 124. dixo el mismo Cervantes*: y diciendo y haciendo.

ban los unos y los otros, como hacen á los perros quando en pendencia estan trabados: solo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del Canonigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros acia donde les parecio que sonaba; pero el que mas se alboroto de oirle fue Don Quixote, el qual, aunque estaba debaxo del Cabrero, harto contra su voluntad y mas que medianamente molido, le dixo: hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruegote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta, que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El Cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dexó luego, y Don Quixote se puso en pie volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vio adeshora que por un recuesto baxaban muchos hombres, vestidos de blanco á modo de diciplinantes.

Era el caso, que aquel año habian las nubes negado su rocio á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia, y les lloviese: y para este efeto la gente de una aldea que alli junto estaba, venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quixote, que vio los estraños trages de los diciplinan-

tes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla: y confirmole mas esta imaginacion pensar que una imagen, que traian cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayo en las mientes, con gran ligereza arremetio á Rocinante que paciendo andaba, quitandole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subio sobre Rocinante, y embrazó su adarga, y dixo en alta voz á todos los que presentes estaban: ahora, valerosa compañia, veredes quanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la orden de la andante caballeria: ahora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora, que alli va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto, apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope [porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante] se fue á encontrar con los diciplinantes: bienque fueron el Cura, y el Canonigo, y Barbero á detenerle; mas no les fue posible, ni menos le detubieron las voces que Sancho le daba, diciendo: adónde va, señor Don Quixote? qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra Fe Catolica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana, es la imagen benditisima de la Virgen sin mancilla: mire, señor,

lo que hace que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigose envano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyo palabra; y aunque la oyera, no volviera, si el Rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dixo: vosotros, que quiza por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detubieron fueron los que la imagen llevaban, y uno de los quatro clerigos que cantaban las ledanias, viendo la estraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa, que notó y descubrio en Don Quixote, le respondio diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo digalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga. En una lo dire, replicó Don Quixote, y es esta: que luego al punto dexeis libre á esa hermosa señora, cuyas lagrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho, y yo, que naci en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentire que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron que Don Quixote debia de ser algun hombre loco, y tomaronse á reir muy de gana, cuya risa fue poner polvora á la colera de Don Quixote; porque sin de-

cir mas palabra, sacando la espada, arremetio á las andas[1]. Uno de aquellos que las llevaban, dexando la carga á sus compañeros, salio al encuentro de Don Quixote enarbolando una horquilla, ó baston con que sustentaba las andas entanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quixote, con que se la hizo dos partes, con el ultimo tercio que le quedó en la mano, dio tal golpe á Don Quixote encima de un hombro por el mismo lado de la espada [que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza] que el pobre Don Quixote vino al suelo muy malparado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viendole caido, dio voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no habia hecho mal

1 Arremetio á las andas. *Todo este pasage opina el caballero Jarvis en una nota á su traducion inglesa que es una fina satira contra la veneracion de las imagenes, admirandose de que la haya dexado correr el Santo Oficio. Ya en otra nota al cap. XIII. de esta misma Parte I. sobre reprobar Vivaldo que los caballeros andantes no se acordasen en los peligros de encomendarse á Dios, sino á sus damas, indica el referido Jarvis que en esto se conforma Cervantes con la doctrina de los heterodoxôs. Verdaderamente que es preciso tener los aposentos del celebro tan hueros y vacios casi como el mismo Don Quixote para deducir semejantes ilaciones de los mencionados testos, tan injuriosas á la piedad y catolicismo de Miguel de Cervantes, acreditado en la* Vida *y en sus* Obras; *y que tales deslumbramientos del entendimiento humano deben servir de grande exemplo y freno á los comentadores para no interpretar á los autores originales tan voluntaria y maliciosamente; pues por obligarlos á decir lo que jamas les pasó por la imaginacion, les pegan hasta las opiniones de sus sectas.*

á nadie en todos los dias de su vida ; mas lo que detubo al villano , no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quixote no bullia pie, ni mano ; y asi, creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la tunica á la cinta, y dio á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañia de Don Quixote adonde él estaba ; mas los de la procesion , que los vieron venir corriendo , y con ellos los quadrilleros con sus ballestas , temieron algun mal suceso, y hicieronse todos un remolino al rededor de la imagen, y alzados los capirotes , empuñando las diciplinas, y los clerigos los ciriales , esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores ; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba , porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor , haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fue conocido de otro Cura que en la procesion venia , cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos esquadrones. El primer Cura dio al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quixote , y asi él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero , y oyeron que Sancho Panza con lagrimas en los ojos decia : ó flor de la caballeria , que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ó honra de tu linage , honor y gloria de toda la Mancha , y aun de todo el mundo, el qual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores , sin temor de ser castigados de sus malas fechorias! ó liberal sobre

todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor insula que el mar ciñe y rodea! ó humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, enfin caballero andante, que es todo lo que decirse puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivio Don Quixote, y la primer palabra que dixo fue: el que de vos vive ausente, dulcisima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto: ayudame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso hare yo de muy buena gana, señor mio, respondio Sancho, y volvamos á mi aldea en compañia destos señores que su bien desean, y alli daremos orden de hacer otra salida, que nos sea de mas provecho y fama. Bien dices, Sancho, respondio Don Quixote, y sera gran prudencia dexar pasar el mal influxo de las estrellas que ahora corre[1]. El Canonigo, y el Cura y Barbero le dixeron que haria muy bien en hacer lo que decia: y asi, habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quixote en el carro, como

1 Que ahora corre. *En esta resolucion se conforma Don Quixote con la costumbre de otros caballeros andantes, como son Amadis de Gaula, y Esplandian, á quienes, juntamente con sus señoras, tenia por su bien encantados en la Insula-Firme su amiga la maga ó bruxa Urganda, hasta que pasase el mal influxo de las estrellas.* [*Amadis de Gaula*: *lib. 6. cap. 18.*]

antes venia: la procesion volvio á ordenarse y á proseguir su camino: el Cabrero se despidio de todos: los quadrilleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debia: el Canonigo pidio al Cura le avisase el suceso de Don Quixote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viage. Enfin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quixote y Panza, y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo.

El boyero unció sus bueyes, y acomodó á Don Quixote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguio el camino que el Cura quiso; y acabo de seis dias llegaron á la aldea de Don Quixote, adonde entraron en la mitad del dia, que acerto á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por la mitad de la qual atraveso el carro de Don Quixote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y quando conocieron á su compatrioto, quedaron marabillados, y un muchacho acudio corriendo á dar las nuevas á su Ama y á su Sobrina de que su tio y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lastima fue oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que denuevo echaron á los malditos libros de caballerias, todo lo qual se renovo quando vieron entrar á Don Quixote por sus puertas. A las nuevas de esta venida de Don Quixote acudio la muger de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él

sirviendole de escudero; y asi como vio á Sancho, lo primero que le preguntó fue que si venia bueno el asno. Sancho respondio que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, qué bien habeis sacado de vuestras escuderias? qué saboyana[1] me traeis á mí? qué zapaticos á vuestros hijos? No traigo nada deso, dixo Sancho, muger mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion. Deso recibo yo mucho gusto, respondio la muger: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver, paraque se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, muger, dixo Panza, y por ahora estad contenta que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una insula, y no de las de por ahi, sino la mejor que pueda hallarse. Quieralo asi el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester: mas decid-

1 Qué saboyana. *Era una gala de muger, introducida de Saboya en España. Blas de Aytona publicó en Cuenca año de 1603. varias coplas, y entre ellas un cantar sobre la saboyana, con este estribillo*:

Comprame una saboyana,
Marido, asi os guarde Dios:
Comprame una saboyana,
Pues las otras tienen dos.
Quando me paro á la puerta,
O me pongo á mi ventana,
Mas me querria ver muerta
Que verme sin saboyana &c.

me, qué es eso de insulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondio Sancho: á su tiempo lo verás, muger, y aun te admirarás de oirte llamar señoria de todos tus vasallos. Qué es lo que decis, Sancho, de señorias, insulas, y vasallos? respondio Juana Panza [que asi se llamaba la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos[1]]. No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad, y cose la boca: solo te sabre decir asi de paso que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, buscador de aventuras: bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan á gusto, como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas: selo yo de esperiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos, atravesando montes, es-

1 El apellido de sus maridos. *Esta costumbre de la Mancha se usaba tambien en Francia, de donde volvio y se adoptó modernamente por algunas en España segun la reprehendia un poeta de nuestros tiempos, entre otras costumbres que las españolas habian adoptado de las francesas*:

Amanecio contenta con su doña,
Y acostose madama de Borgoña;
Pues, aunque su apellido es de Velasco,
Comenzo á causarle asco
Quando supo que en Francia las casadas
Estan acostumbradas
A dexar para siempre su apellido,
Por casarse aun asi con su marido &c.

cudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedi. Todas estas platicas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su muger entanto que el Ama y Sobrina de Don Quixote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirabalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El Cura encargó á la Sobrina tubiese gran cuenta con regalar á su tio, y que estubiesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aqui alzaron las dos denuevo los gritos al cielo, alli se renovaron las maldiciones de los libros de caballerias, alli pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates: finalmente ellas quedaron confusas, y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tubiese alguna mejoria; y asi fue como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor desta Historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos, alomenos por escrituras autenticas: solo la fama ha guardado en las Memorias de la Mancha que Don Quixote la tercera vez que salio de su casa fue á Zaragoza, donde se halló en unas famosas Justas que en aquella ciudad se hicieron, y alli le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento[1]. Ni de su fin y

1 Buen entendimiento. *De estas Justas hacen mencion*

acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo medico que tenia en su poder una caxa de plomo, que segun él dixo se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba: en la qual caxa se habian hallado unos pergaminos escritos con letras goticas[1], pero en versos castellanos, que contenian mu-

los interlocutores, que introduce D. Geronimo Ximenez de Urrea en su Dialogo de la verdadera honra militar: *fol. 76.*

Franco. Hame dicho que si queremos ver Justas, salgamos presto, que en el Coso se justa, y él ha topado por la calle los mantenedores, que van á la plaza.

Altamirano. Por quién se hace la fiesta?

Franco. Es una de las ordinarias que celebran los caballeros de esta tierra.

Altamirano. Como ordinaria? que en pocas partes fuera de la Corte se acostumbra.

Franco. Sabed que los Caballeros de esta ciudad tienen una Cofradia en memoria de su patron S. Jorge, y es que son obligados á justar tres veces en el año, y á tornear á caballo otras tantas, y esta Justa de hoy es una dellas.

Estas se llamaban las Justas del arnes. [Vease P. II. cap. IV. y LIX.]

1 Con letras goticas. *En esta ficcion imitó Cervantes el estilo de otros autores de libros de caballerias, que fingian haberlos hallado en parages escondidos y por estraños modos, especialmente el del autor de Amadis de Gaula, donde hablando del lib. IV. y de las* Sergas de Esplandian, *dice Garci Ordoñez de Montalvo [como le llama D. Nic. Antonio*: Bibliot. Nova: *ó Garci Rodriguez, como se llama él en el prologo] que* parecio en una tumba de piedra que debaxo de la tierra en una ermita cerca de Constantinopla fue hallado, é traido por un ungaro mercader á estas partes de España en letra é pergamino tan antiguo, que con mucho trabajo se pudo leer por aquellos que la lengua sabian. *Es igualmente esta ficcion uno de los po-*

chas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo Don Quixote, con diferentes epitafios, y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer, y sacar en limpio, fueron los que aqui pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista Historia. El qual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo credito que suelen dar los discretos á los libros de caballerias que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendra por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, alomenos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras, que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caxa de plomo, eran estas:

cos lugares con que parece quiso Cervantes persuadir á los lectores que Don Quixote habia florecido en tiempos muy remotos, como lo acredita el caracter gotico y el pergamino en que dice estaban escritos estos versos; pero habiendose dexado de usar la letra gotica en tiempo del Rey D. Alonso VI. quando no se usaban todavia versos castellanos, no parece esta invencion de las mas verisimiles.

LOS ACADEMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA *HOC SCRIPSERUNT.*

EL MONICONGO ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA A LA SEPULTURA DE DON QUIXOTE

EPITAFIO.

El calvatrueno[1], que adornó á la Mancha
De mas despojos, que Jason de Creta:
El juicio, que tubo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha:
El brazo, que su fuerza tanto ensancha
Que llegó del Catay hasta Gaeta:
La musa mas horrenda y mas discreta
Que grabó versos en broncinea plancha:
El que á cola dexó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tubo,
Estribando en su amor y bizarria:
El que hizo callar los Belianises,
Aquel que en Rocinante errando andubo,
Yace debaxo desta losa fria.

1 El calvatrueno. *Se dice del que tiene la cabeza atronada, y es vocinglero y alocado.*

DEL PANIAGUADO ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA IN LAUDEM DULCINEÆ DEL TOBOSO

SONETO.

Esta, que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, Reyna del Toboso,
De quien fue el gran Quixote aficionado:
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel hasta el herboso
Llano de Aranjuez á pie y cansado,
Culpa de Rocinante. O dura estrella!
Que esta Manchega dama y este invito
Andante caballero, en tiernos años
Ella dexó muriendo de ser bella;
Y él, aunque queda en marmoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETISIMO ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenetico el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino:
Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte:
Nuevas proezas; pero inventa el arte

Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadís se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces y su fama ensancha,
Hoy á Quixote le corona el aula,
Do[1] Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia ni Gaula la Alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante en ser gallardo
Escede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR ACADEMICO ARGAMASILLESCO A SANCHO PANZA

SONETO.

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico,
Pero grande en valor. Milagro estraño!
Escudero el mas simple y sin engaño
Que tubo el mundo, os juro y certifico:
De ser Conde no estubo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico:
Sobre él andubo [con perdon se miente]
Este manso escudero tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.
¡O vanas esperanzas de la gente,
Como pasais con prometer descanso,
Y alfin parais en sombra, en humo, en sueño!

1 Do. *En las primeras ediciones se decia* de: *errata de imprenta conocida. El primero que la enmendo fue el editor de la impresion de Valencia del año de 1605.*

DEL CACHIDIABLO ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA EN LA SEPULTURA DE DON QUIXOTE

EPITAFIO.

Aqui yace el Caballero
Bien molido y mal andante,
A quien llevó Rocinante
Por uno y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
Yace tambien junto á él,
Escudero el mas fiel
Que vio el trato de escudero.

DEL TIQUITOC ACADEMICO DE LA ARGAMASILLA EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO

EPITAFIO.

Reposa aqui Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La volvio en polvo y ceniza
La muerte espantable y fea:
Fue de castiza ralea,
Y tubo asomos de dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer : los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un academico, paraque por conjeturas los declarase. Tienese noticia que lo ha hecho á costa

de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz con esperanza de la Tercera Salida de Don Quixote.

Forsi altro canterá con miglior plectro[1].

1 Plectro. *Este verso está tomado del* Orlando *de Ludovico Ariosto* [cant. XXX. estancia ú octava 16.]; *pero no está copiado fielmente, pues en su testo original se lee asi:*

Forse altri canterá con miglior pletro.

Al fin del cap. I. de la Parte II. vuelve á citar Cervantes este mismo pasage del Ariosto, diciendo:

Y cómo del Catay recibio el cetro
Quiza otro cantará con mejor plectro.

El segundo de estos dos versos contiene la traducion castellana del italiano puesto arriba : y con ellos, añade el mismo Cervantes, como que profetizó el Ariosto que otros poetas continuarian su obra; y asi se cumplió, pues Luis Barahona de Soto escribio las Lagrimas de Angelica, *y Lope de Vega su* Hermosura. *Asi parece tambien que Cervantes adivina aqui que otro autor continuaria su obra, escribiendo la historia de la Tercera Salida de Don Quixote, como se verificó en el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, de quien no tanto se ofendio nuestro autor, y se amohinó por su* Continuacion, *quanto porque lejos de escribirla con mejor* plectro *ó lira, la escribio con pluma mal templada, tosca y obscena.*



